

FREDERIK

POHL

Corrientes Alternas



se

¿Ha leído usted alguna vez una historia que le haya hecho sentirse como si estuviera loco? En éste libro se le ofrecen diez ocasiones de hacerlo.

Frederick Pohl es el Einstein de la ciencia ficción o, como dice Kingsley Amis, «el escritor más capaz y consistente que la ciencia ficción, en el sentido moderno del término, ha producido». Piense en algo que le parezca impensable: Frederick Pohl lo habrá creado ya.



Frederik Pohl

Corrientes alternas

ePub r1.0

Titivillus 16.11.15

Título original: *Alternating currents*
Frederik Pohl, 1956
Traducción: Marta Cerezales

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Títulos originales de los relatos

Los niños de la noche (*Happy Birthday, Dear Jesus; Alternating Currents, Ballantine 1956*)

El creador de fantasmas (*The Ghost Maker; Beyond Fantasy Fiction enero 1954*)

Demos una oportunidad a las hormigas (*Let the Ants Try; Planet Stories invierno 1949*)

Pythias (*Pythias; Galaxy febrero 1955*)

El atlas perdido (*The Mapmakers; Galaxy julio 1955*)

Las razones de Rafferty (*Rafferty's Reasons; Fantastic Universe octubre 1955*)

La ecuación de Einstein (*Target One; Galaxy abril 1955*)

El abuelo Orville (*Grandy Devil; Galaxy junio 1955*)

El túnel por debajo del mundo (*The Tunnel Under the World; Galaxy enero 1955*)

¿Qué haré hasta que vuelva el psicólogo? (*What to Do Until the Analyst Comes [«Everybody's Happy But Me!»] Imagination febrero 1956*)

Los niños de la noche

I

—Nos hemos visto antes —le dije a Haber—, en 1988, cuando llevabas el despacho de Des Moines.

Sonrió y levantó la mano: —¡Hombre, caramba; claro que sí! Ahora lo recuerdo, Odin.

—No me gusta que me llamen Odin.

—¿No? De acuerdo. Señor Gunnarsen...

—No. Señor Gunnarsen tampoco. Sólo Gunner.

—Es verdad, Gunner. Casi me había olvidado.

Le dije:

—No, no te habías olvidado. Nunca supiste mi nombre en Des Moines. Ni siquiera sabías que yo existía, porque estabas demasiado ocupado haciendo que nuestro cliente perdiera las elecciones. Te saqué de aquélla lo mismo que te voy a sacar ahora de ésta.

Su sonrisa era un poco torcida, pero Haber había trabajado en la compañía durante mucho tiempo y no estaba dispuesto a darme facilidades para despedirle.

—¿Qué quieres que te diga, Gunner? Te lo agradezco. Créeme, chico. Sé que necesito ayuda.

—No soy un chico. Haber, eras un holgazán entonces y sigues siendo un holgazán ahora. Para lo único que te necesito es, primero, para hacer una rápida visita a la oficina, y luego, para una reunión de todos los jefes de departamento, incluyéndote a ti, dentro de treinta minutos. Así que pide a tu secretaria que los reúna y empecemos la inspección.

Viniendo a Belport en el «Scatjet» había anotado en un cuadernito todo lo que tenía que hacer. El punto principal era:

1. Despedir a Haber.

De todos modos, la experiencia me ha enseñado que éste no es siempre el remedio más eficaz de apagar un fuego. Algunas verrugas se extirpan, otras se dejan secar en la oscuridad. M. & B. no me paga para hacer cirugía estética en sus Habers, sólo para cuidar de que el trabajo que deben hacer los Habers se cumpla.

Como encargado de una rama de relaciones públicas, Haber era una verruga, pero como guía de turismo no estaba mal, aunque le costaba sudores. Me condujo por toda la planta. Había cogido un local en uno de los principales centros comerciales, con puerta de cortina de aire y ventanas con bonitas

colgaduras de seda gris. Parecía el mejor de los cuatro salones de una agencia de pompas fúnebres en un barrio bajo. En una ventana aparecía en letras doradas el nombre de la entidad:

MOULTRIE Y BIGELOW

Relaciones públicas División del Estado

Northen Lake

T. Wilson Haber, Encargado de la División

—Las relaciones públicas —me informó— empiezan en casa. Saben que estamos aquí, ¿eh, Gunner?

—Me recuerda el despacho de Iowa —le dije. Y tropezó donde ni siquiera había un escalón.

Me refería a la campaña presidencial de 1988, en la cual Haber intentó que el candidato que había contratado nuestros servicios ganara las elecciones. Obtuvimos doce votos electorales en el último minuto porque habíamos enviado a Haber a descansar a Nassau y yo ocupé su puesto. Creo que la mujer de Haber había tenido acciones en la compañía.

Sin embargo, su plan en Belport era bastante bueno. Tenía cuatro cabinas de encuestas, cada una equipada con un Simplex 9.090 y un recepcionista en

la sala de espera de los sujetos de encuesta. No se puede juzgar por las apariencias, pero los sujetos de encuesta que esperaban para ser interrogados daban la impresión de ser una buena muestra representativa —una buena muestra de sexos, edades y procedencias—, y con un poco de inteligencia se debería conseguir un estudio de opiniones aceptable.

El resultado del material obtenido en las encuestas era estudiado en una habitación al fondo. Reconocí a uno de los programadores y le saludé con un movimiento de cabeza: un buen hombre, iba siempre con el equipo de Telefax a las grandes fuentes de investigación, la británica, la biblioteca del Congreso, los servicios de noticias telegráficas, etcétera. Desde esta instalación el recepcionista podía componer un discurso, un anuncio 3-V, un programa o cualquier otra cosa, teniendo a su disposición líneas que le proveían de cualquier dato que necesitase; podía también comprobar la atracción en los sujetos. En la parte delantera del edificio había una cabina para grabar y un estudio. Todo era pequeño y manejable, pero de buena calidad; aquí se podía componer o editar una interviú 3-V tan bien como en la oficina central.

—Una instalación de primera clase, ¿eh, Gunner?
—dijo Haber—, lo instalé yo mismo para hacer el trabajo.

—Entonces, ¿por qué no lo estás haciendo?

Haber se puso rígido. Sus ojos se volvieron más pequeños y más inteligentes, pero no dijo nada directamente. Me tomó del brazo y me llevó al cuarto de datos.

—Quiero presentarte a alguien —dijo.

Abrió la puerta, me condujo al interior y salió.

Una joven delgada y alta alzó la vista de la máquina de escribir.

—Hola, Gunner —dijo—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Hola, Candace.

Aparentemente Haber no era tan estúpido como yo creía, ya que había descubierto algo sobre mi vida privada antes de venir a esta oficina. El resto de la lista que había escrito en el «Scatjet» era: Necesito «gran mentira».

Investigar sobre los niños.

Investigar la proposición de los oponentes.

¿Casarme con Candace Harmon?

Era un trabajo relativamente pequeño para Moultry & Bigelow, pero de una importancia enorme. Era necesario ganar. El cliente era la Confederación Arcturiana.

En la oficina se decía que los arcturianos habían sido rechazados por dos o tres oficinas de relaciones públicas antes de que nosotros les aceptáramos.

Nadie decía el porqué, pero la razón era perfectamente clara: eran la Confederación Arcturiana. No es en modo alguno ilegal o inmoral que una agencia de relaciones públicas represente una causa extranjera. Es cuestión de estatutos, cosa que la mayoría de la gente no se molesta en averiguar: el Acta de Smith-Macchibni de 1971. Y el tribunal decidió en 1985 que esto se aplicara tanto a los «extranjeros» extraplanetarios como a los terrestres, claro que entonces los únicos «extraños inteligentes» eran las momias de Marte. Desde luego, las momias no han contratado nunca a nadie en la Tierra para ningún trabajo. Pero fue precisamente el departamento de leyes de Moultry & Bigelow el que recurrió al tribunal para obtener la sentencia de 1985. Así es como trabaja M. & B. Algunas personas juzgan al hombre de relaciones públicas por su cliente. Así es la naturaleza humana.

A estas mismas personas no se les ocurrirá nunca criticar a un cirujano por extirpar un tumor maligno al enemigo público número uno, ni siquiera a un abogado por defenderle. Pero si estás encargado de presentar ante el público la imagen emotiva de un cliente, y esa imagen no gusta, parte de los disgustos recae sobre ti.

En M. & B. cobramos al final de cada mes una cantidad suficiente para que esto no nos importe. M.

& B. tiene fama de encargarse de los casos difíciles —el único cigarrillo americano que sobrevive es nuestro. También nos ocupamos del gobierno castrista de Cuba en el exilio, que todavía espera conseguir algún día que el Departamento de Estado apoye su demanda de pagar los bonos que imprimió para subsistir. De todos modos, por dos razones, para que las cosas nos resulten más fáciles y porque es un método mejor, no divulgamos nuestra relación con los clientes impopulares. Especialmente cuando el trabajo va mal. Uno de los métodos más seguros para obtener una mala respuesta a una campaña es que el público sepa que una importante firma de relaciones públicas está trabajando en ella.

Por eso todas las cosas que Haber había hecho eran desacertadas. En esta ciudad era demasiado tarde para establecer cabinas de encuestas y M/R.

Me quedaban cinco minutos antes de la conferencia, y, a pesar de todo, los pasé en la sección de cabinas de encuestas. Me fijé en una maqueta tridimensional del planeta de nuestros clientes en la sala de recepción, donde los donantes estaban sentados esperando turno. Era muy seductora: mares anchos y tranquilos con montes de aire verticales sobresaliendo a intervalos.

Di media vuelta y salí de prisa, hirviendo de indignación.

Un hombre de la calle podría no darse cuenta de la cantidad de errores cometidos por Haber. El mismo proyecto de encuestas era probablemente un error. En primer lugar, para obtener algún resultado de las encuestas se necesitan entrevistas a fondo y personal muy preparado. Y para eso se necesitan sujetos de encuesta pagados, y muchos. Para obtenerlos hay que tener de dónde escoger.

Eso implica poner anuncios en los periódicos y contratar a una de cada veinte personas entrevistadas. Para conseguir una muestra satisfactoria en una ciudad del tamaño de Belport se necesita contratar alrededor de quinientos sujetos de encuesta. Para ello hay que hablar con un millar de personas, cada una de las cuales volverá a su casa y hablará con su mujer o con su madre o con sus vecinos.

En una ciudad como Chicago o Saskatoon se puede hacer eso. Con una buena técnica el sujeto de encuesta nunca sabe exactamente para qué está siendo entrevistado, aunque desde luego un buen periodista puede entrevistar un par de sujetos y trabajar empezando desde el estímulo y obtener resultados bastante exactos. Pero todo esto no era posible en Belport, donde no había habido una sucursal hasta ahora y donde todo el mundo sabía lo que estábamos haciendo, porque la campaña era el tópico número uno en todas las tertulias. Resumiendo: habíamos

metido la pata.

Como dije, un aficionado podría no haberse dado cuenta. Pero Haber no tenía derecho a actuar como un aficionado.

Acababa de ver los gráficos de las tendencias también. El referéndum para ver si se concedían privilegios a nuestros clientes iba a ser votado dos semanas más tarde. Cuando Haber abrió la sucursal las pruebas demostraron que íbamos a perder por cuatro votos contra tres. Ahora, mes y medio después, el porcentaje había bajado de tres a dos y marchaba cada vez peor.

Creo que nuestro cliente se sentiría muy desgraciado, y probablemente se sentía desgraciado ya, si había conseguido descifrar los extraños informes terrestres que les habíamos ido enviando.

Y ésta era la clase de cliente que una agencia quiere tener contento. Quiero decir que cualquier otro cliente era poco importante en comparación. La Confederación Arcturiana es una cultura tan rica y poderosa como todos los países de la tierra juntos, y como los arcturianos no se molestan en tener divisiones sin sentido, como naciones o empresas privadas este cliente era... ¡Tan importante como todos los posibles clientes combinados!

Ellos decidieron que necesitaban tener una base en Belport, y M. & B., y especialmente yo, Odin

Gunnarsen, estábamos encargados de que lo consiguiese.

Era una pena que hubieran estado en guerra con la Tierra hacía seis meses. En realidad, estábamos aún en guerra. Era sólo un armisticio, no una paz, lo que había hecho que cesaran los bombardeos de bombas H y que se retiraran las flotas espaciales.

Como ya dije, ¡M. & B. se ocupa de los casos difíciles!

Aparte de Haber, otras cuatro personas parecían estar al tanto de lo que ocurría: Candace Harmon, el programador de las encuestas y dos jóvenes T. A. Me senté a la cabecera de la mesa de conferencias sin preocuparme en dónde quería sentarse Haber, y dije:

—Tenemos que darnos prisa, porque estamos en una situación difícil y no tenemos tiempo de presentaciones ni preámbulos. Tú eres Percy, ¿verdad?

El programador asintió con la cabeza.

—¿Cómo dijo usted que se llamaba? —pregunté volviéndome al siguiente en la mesa.

Era el jefe de copias, un vejete calvo y larguirucho, llamado Tracy Spockman. Su asistente, uno de los T. A. en quien me había fijado, resultó llamarse Manny Brock.

Había escogido trabajos fáciles para los tontos, reservando a los inteligentes para lo que pudiera

salir, así que empecé con el jefe de copias:

—Spockman, vamos a abrir una agencia que se encargue de los asuntos arcturianos. Usted debe ser capaz de llevarla: si no me equivoco, dirigió el despacho de Duluth durante un año.

Dio una chupada a la pipa y me miró sin expresión.

—Bien, gracias, señor Gun...,

—Sólo Gunner.

—Bien, gracias; pero como jefe de copias...

—Aquí hay muchos que pueden ocuparse de eso. Si recuerdo bien la manera en que usted llevó la operación Duluth, tiene ya una buena parte del trabajo hecha.

Probablemente era verdad. De todos modos no creo que hiciera ningún daño el dar oportunidad a otro de enredar un poco más las cosas. Entregué a Spockman la página de las «posiciones requeridas» del cuadernito que había cogido en el aeropuerto con una lista de notas que había preparado durante el viaje.

—Contraté a estas chicas que He señalado, alquilé una oficina y mandé algunas cartas. En la lista verá lo que quiero. Cartas a los agentes de la ciudad preguntándoles si pueden reunir una parcela de cinco mil acres en la zona cubierta por el referéndum. Una carta a todos los contratistas pidiéndoles

presupuestos de edificios. Que hagan presupuestos separados de cada uno. Creo que son cinco edificios. Uno de ellos exoclimatizado, así que pida presupuestos también a los contratistas de calefacción y de tuberías. Otra carta a todos los proveedores para preguntarles si les interesaría abastecer de alimentos a la base arcturiana. Póngase en contacto con Chicago y entérese de lo que necesitan los arcturianos. No recuerdo bien, creo que no comen carne, pero sí muchas verduras. De todos modos, entérese bien e incluya los datos en las cartas. Póngase en contacto con las manufacturas electrónicas, los vendedores de muebles de oficina, las agencias de coches y camiones, etcétera. La lista completa está en este papel. Quiero que todos los hombres de negocios de Belport empiecen a calcular desde mañana por la mañana los beneficios que pueden obtener si se instala una base arcturiana. ¿De acuerdo?

—Creo que sí, señor... Gunner, estaba pensando. ¿Qué hay de los proveedores de papel, de los procuradores, de los C. P. A.?

—No pregunte, actúe. Ahora, el que está al final... —Henry Dañe, Gunner.

—Henry, ¿qué hay de los clubs a las afueras de Belport? Me refiero a los grupos especializados. A los arcturianos les gusta mucho navegar y cosas de

ese estilo. Mira a ver qué se puede hacer en los clubs de lanchas de motor, etcétera. Ví en el periódico que hay una exposición de flores en Armoury el sábado próximo. Es tarde, pero mete a alguien para que hable sobre los hongos arcturianos. Mandaremos una muestra. Me han dicho que los arcturianos son buenos jardineros cuando están en casa, les gustan las ciencias biológicas. Buenos chicos —dudé un momento y consulté mis notas—. Tengo algo apuntado sobre los grupos veteranos, pero nada concreto; si se les ocurre algo, díganmelo... ¿Qué pasa?

Henry parecía dudoso:

—No me gustaría enfrentarme con Candy, Gunner.

Entonces tuve que hacer un esfuerzo y volverme hacia Candace Harmon.

—¿Qué ocurre, querida?

—Creo que Henry se refiere a mi Liga de la Amistad Arcturoamericana.

Resultó ser una de las ideas de las que Haber estaba más orgulloso. No me sorprendió. Después de varias semanas y de tres mil dólares habían conseguido cuarenta y un miembros. ¿Cuántos de éstos eran empleados de M. & B.?

—Bueno, todos menos ocho —admitió Candace rápidamente.

No sonreía, pero parecía divertida.

—No te preocupes —aconsejé a Henry Dañe—. Vamos a dejar de lado la Liga de la Amistad Arcturoamericana. Candace no va a tener tiempo para eso. Va a trabajar conmigo.

—Estupendo, Gunner —dijo—. ¿Qué tengo que hacer?

Una vez estuve a punto de casarme con Candace, y desde entonces me he arrepentido a menudo de no haberlo hecho. ¡Candace Harmon era maravillosa!

—Tienes que hacer lo que Gunner te mande hacer. Veamos. Primero, mañana recibiré quinientos animales domésticos arcturianos. No los he visto, pero me han dicho que son muy graciosos, parecen gatitos y duran mucho. Piensa en algún modo de distribuirlos rápidamente. Quizá una tienda de animales pueda venderlos a cincuenta centavos cada uno.

Haber protestó: —¡Mi querido Gunner! El transporte solamente...

—Claro, Haber; traerlos hasta aquí nos ha costado cuarenta dólares cada uno. ¿Alguna otra pregunta? Muy bien. Quiero que al final de la semana haya quinientas familias que tengan uno, y si tuviera que pagar cien dólares a cada cliente para que se lo llevara, lo pagaría. Segundo, quiero que alguien encuentre un veterano, preferiblemente incapacitado y que actualmente esté envuelto en el bombardeo del

planeta.

Tracé una docena más de planes de trabajo: una exposición de arte de bajos relieves arcturianos, que eran en parte para ser mirados y en parte para ser tocados; un cuadro 3-V sobre Arcturus que podríamos instalar en... la rutina de siempre. Ninguna de estas cosas serviría para nada, pero todas juntas ayudarían bastante hasta que consiguiera realizar mis planes. Luego pasé a los asuntos serios: —¿Cuál es el nombre de este tipo que se presenta a consejero? ¿Connick?

—Eso es —dijo Haber.

—¿Qué sabéis de él? —pregunté.

Me volví a Candace, que dijo rápidamente:

—Tiene cuarenta y un años, metodista, casado, tres hijos propios y uno adoptado. Se presentó para senador el año pasado y perdió, pero Belport le votó. Se presenta este año en contra del referéndum. Es muy importante en la Cámara de Comercio y en el V. F. W.

—No pregunto eso. ¿Qué sabéis de él? —insistí.

Candace dijo lentamente:

—Mira, Gunner, es una buena persona.

—Bueno, querida; eso ya lo sé. Leí su artículo en el periódico de hoy. Pero ahora dime todas las cosas sucias que no le convendría que se supiesen.

—¡No sería justo destrozarlo para nada!

Dejé de lado la cuestión de si era justo o no.
—¿Qué quieres decir con «para nada»?
—Sabes que no vamos a ganar el referéndum.
—Querida, tengo que darte una noticia; éste es el negocio mayor que se nos ha presentado nunca y me interesa. Ganaremos. ¿Qué sabes de Connick?
—Nada; realmente, nada —dijo en voz baja.
—Pero puedes enterarte.
Candace dijo, visiblemente molesta:
—Desde luego, probablemente habrá algo...
—Desde luego. Entérate. Hoy mismo.

II

Pero no confiaba plenamente en nadie, ni siquiera en Candace. Puesto que Connick era la figura central de la oposición, tomé un taxi y fui a verle.

Era ya de noche, una noche fría y clara, y sobre las torres redondas del distrito comercial empezaba a asomar una media luna. La miré casi con afecto a pesar de lo que la había odiado cuando estuve allí. Al bajar del taxi dos niños equipados para la nieve

se acercaron patinando para inspeccionarme. Dije:

—Hola. ¿Está vuestro papá en casa?

Uno tenía alrededor de cinco años, pecas y brillantes ojos azules; el otro era más moreno, con ojos castaños y cojeaba. El de los ojos azules dijo:

—Papá está abajo en el sótano. Mamá le dejará entrar si llama a la puerta. Apriete ese botón.

—¡Ah! Así es como funciona, ¿eh? ¡Gracias!

La mujer de Connick resultó ser una rubia agradable y delgada, de unos treinta años, y los niños debían de haber corrido por la puerta de atrás y avisado al viejo, porque mientras que ella me quitaba el abrigo él apareció por el pasillo.

Le di la mano y dije:

—Me doy cuenta por el olor que viene de su cocina que es la hora de cenar. No me quedará mucho rato. Me llamo Gunnarsen, y...

—Y pertenece a la Moultry & Bigelow. Siéntese, Gunnarsen. Así que quiere usted saber por qué no pienso dos veces el asunto de la base arcturiana. No, señor Gunnarsen, no lo voy a hacer. Pero ¿por qué no toma una copa conmigo antes de la cena? ¿Por qué no se queda a cenar con nosotros?

Este Connick era un hombre directo. Tuve que admitir que me pillaba de sorpresa.

—Bueno, está bien —dije al cabo de un momento—; veo que sabe para lo que estoy aquí.

Connick preparaba las bebidas.

—Bueno, no exactamente. Señor Gunnarsen, no espera usted realmente convencerme, ¿verdad?

—No lo sé, hasta que usted me explique por qué se opone a la base. Eso es lo primero que quiero averiguar, Connick.

Me tendió una copa, se sentó enfrente de mí y bebió pensativamente. Era escocés bueno. Luego miró a ver si los niños podían oírle, y me dijo:

—El caso es éste, Gunnarsen: si pudiera mataría a todos los arcturianos que existen, y si para eso tuvieran que morir unos cuantos millones de terrestres no me parecería un precio demasiado elevado. No quiero una base aquí, porque no quiero tener nada que ver con esos criminales.

—Bueno, es usted muy ingenuo —dije.

Terminé mi copa y añadí:

—Si sigue en pie su invitación a cenar creo que la voy a aceptar.

Debo decir que era una familia muy agradable. He trabajado muchas veces en elecciones: Connick era un buen candidato porque era una buena persona. El comportamiento de los niños con él lo demostraba, y su comportamiento conmigo lo confirmaba. No le asustaba en absoluto.

Claro que esto no era necesariamente un inconveniente para mí. Connick cambió la

conversación durante la cena, lo que me pareció bien, pero tan pronto como terminó y estuvimos solos, dijo:

—Muy bien, puede empezar su jugada, Gunnarsen. Aunque no comprendo por qué está usted aquí en vez de estar en casa de Tom Schlith.

Schlith era el rival de Connick en las elecciones. Dije:

—Me parece que no conoce usted estos asuntos. ¿Para qué le necesitamos? Ya está de nuestra parte.

—Y yo estoy ya en contra suya, pero parece que espera usted que cambie. Bien. ¿Cuál es su oferta?

Iba demasiado de prisa para mí. Fingí no entender.

—Realmente, señor Connick, yo no le insultaría ofreciéndole...

—No, ya sé que no lo haría. Porque es usted demasiado inteligente para saber que yo no aceptaría dinero. Así que no es dinero. ¿Qué es entonces?... ¿Que Moultry & Bigelow trabajase para mí en vez de para Schlith en la campaña electoral? Es una buena oferta, pero el precio es demasiado elevado. No lo pagaré.

—Bien —dije—, realmente nos gustaría...

—Sí, eso pensé. No sirve. De todos modos, ¿cree usted realmente que necesito ayuda para ganar las elecciones?

Eso era un buen punto, y tuve que admitirlo. Lo reconocí.

—No, no lo necesitaría si estuvieran en igualdad de condiciones. Ya ahora lleva usted ventaja, como puede verse en sus encuestas y en las muestras, pero lo que pasa es que no estarán en igualdad de condiciones.

—Con eso quiere usted decir que van a ayudar al viejo Schlith. Bien, así esto se convierte en una carrera de caballos.

Levanté mi vaso y lo volví a llenar. Le dije:

—Señor Connick, hace un rato le dije que no entendía usted esos asuntos, y ahora se lo vuelvo a repetir. No es una carrera de caballos, porque usted no puede ganarnos.

—Pero, desde luego, puedo intentarlo. De todos modos —terminó su bebida pensativamente—, sus lavadores de cerebro van a tener mucho trabajo, creo yo. Todo el mundo sabe lo poderosos que son ustedes, y no han tenido que demostrarlo mucho últimamente. Me pregunto si el emperador va a ir por ahí desnudo.

—¡Oh, no, señor Connick! Nunca se ha visto un emperador mejor vestido que éste, se lo juro.

Connick frunció el ceño, y dijo:

—Creo que tendré que averiguarlo yo mismo. A pesar de todo, creo francamente que la gente tiene ya

su opinión formada y que no van a poder cambiarla.

—No tenemos por qué cambiarla —dije—. ¿Sabe usted por qué la gente vota de la manera que lo hace, Connick? No votan según sus ideas. Votan llevados por actitudes e impulsos. Francamente, preferiría trabajar para usted que contra usted. A Schlith se le puede derrotar fácilmente. Es judío.

Connick me contestó enfadado: —¡No hay nada de eso en Belport!

—¿Que no hay antisemitismo quiere usted decir? Desde luego que no. Pero si un candidato es judío y resulta que hace quince años no pagó una multa de aparcamiento —y siempre se puede encontrar algo, créame, Connick—, entonces votarán contra él por no haber pagado las multas. Eso es lo que llamo votar llevados por actitudes. El votante —¡oh!, no todos, pero sí los suficientes para cambiar el rumbo de una elección— entra en la cabina de votar influido. No tenemos que cambiar sus ideas. Sólo tenemos que ayudarle a pulsar uno de los dos botones.

Le dejé llenarme el vaso de nuevo y bebí un poco. Me daba cuenta de que empezaba a hacerme efecto.

—Por ejemplo, usted, Connick —dije—, suponga que es usted demócrata y que va a votar. Sabemos a quién va a votar para presidente: va a votar al candidato demócrata.

Connick dijo, no muy convencido:

—No necesariamente, pero sí probablemente.

—No necesariamente, de acuerdo. Y ¿por qué no necesariamente? Porque a lo mejor conoce usted a ese tipo que se presenta en el partido demócrata, o quizá alguien que usted conoce tiene algo en contra de él: no pudo obtener el puesto de jefe de correos que quería o se presentó a la convención en contra de sus delegados. El caso es que usted tiene algo en contra de él, porque su primer movimiento fue en favor de él. Entonces, ¿qué va a votar? Va usted a votar lo que sienta en el momento de votar. No lo que haya sentido en otro momento ni lo que le dicte un principio. Votará lo que sienta en ese momento preciso. No, no tenemos que cambiar las ideas de nadie, porque ¡casi nadie tiene ideas!

Se levantó y llenó distraídamente su propio vaso. No era yo el único que empezaba a sentir los efectos de la bebida.

—Odiaría estar en su puesto —dijo casi para sí mismo—. No crea usted que es tan malo.

Movió la cabeza y luego dijo recobrándose:

—Bueno, gracias por la lección, no lo sabía. Pero le voy a decir algo que no podrá conseguir nunca. Nunca conseguirá que yo vote en favor de los arcturianos en ningún asunto.

Sonreí desdeñosamente.

—¡He aquí una mente abierta! ¡Un jefe del pueblo! ¡Resuelve todos los problemas objetivamente!

—De acuerdo. No soy objetivo. Apestan.

—¿Prejuicio racial, Connick?

—¡Oh! No sea tonto.

—Hay —dije— un aroma arcturiano. No pueden evitarlo.

—No dije «huelen», dije «apestan». No los quiero ver en esta ciudad, y nadie los quiere aquí. Ni siquiera Schlith.

—No tienen por qué verlos. No les gusta el clima de la Tierra, ¿sabe?, demasiado calor para ellos. Demasiado oxígeno. Vaya, Connick —le dije—, le apuesto cien dólares a que no ve un solo arcturiano durante un año. No lo verá hasta que la base esté construida y preparada. Y luego no creo que se molesten... ¿Qué ocurre?

Me miraba como si yo fuese un idiota, y casi empecé a sentir que lo era.

—Bien —dijo de nuevo en un tono que parecía más para sí mismo que para mí—, me parece que le he estado sobreestimando. Usted se cree Dios y yo he estado aceptando su propia calificación.

—¿Qué quiere usted decir?

—Un trabajo de equipo inexplicablemente malo, Gunnarsen —dijo moviendo la cabeza—; debería

estar contento. Pero no lo estoy. Me asusta. Con tanto poder como usted tiene no debería equivocarse nunca.

—¡Suéltelo de una vez!

—Ha perdido usted su apuesta. ¿No sabía usted que ya hay un arcturiano en la ciudad?

III

Cuando volví al coche el teléfono estaba sonando y la luz de «mensaje registrado» se encendía y se apagaba. El mensaje era de Candace:

—Una comisión del armisticio ha estado investigando las leyes del Estado para supervisar la elección, y escucha bien: ¡Uno de ellos es arcturiano!

El trabajo de la oficina no era tan malo después de todo. Sólo imperdonablemente lento. Pero eso no me consolaba mucho. Llamé al hotel y me pusieron con un miembro de la comisión. Esto fue lo máximo que pude obtener de los del hotel. El miembro resultó ser un coronel, que me dijo:

—Sí, el señor Knafti está al tanto de su trabajo

aquí, y específicamente no desea verle a usted. Esto es una comisión del armisticio, señor Gunnarsen. ¿Sabe usted exactamente lo que significa?

Me colgó. Bien, yo sí sabía lo que significaba: no meterse en nada. Sencillamente, no sabía que lo iban a interpretar de una manera tan rígida.

Era un golpe duro, lo mirase por donde lo mirase. Me había hecho quedar como un tonto delante de Connick, cuando me hubiera gustado asustarle. Porque, después de todo, los arcturianos apestan, y cuando el cliente apesta a ajos podridos a un kilómetro de distancia no se obtienen buenos resultados en relaciones públicas. Tenía que evitar que los votantes les oliesen. Sobre todo, por la conclusión a que llegaría cualquier tozudo votante de mente confusa: —¡Eh! Sam, ¿has oído que tenemos a un arcturiano espiándonos?

—Sí, Charley; los muy asquerosos están prácticamente acusándonos de disfrazar la elección.

—Tienes razón, Sam. ¿Sabes otra cosa? Apestan, Sam.

Media hora más tarde recibí una llamada directa de Haber: —¡Gunner, hijo! ¡Santo Dios! ¡Oh, esto es el maldito final!

Dije:

—Parece ser que has averiguado que hay un arcturiano en la comisión.

—¿Lo sabes? ¿Y no me lo habías dicho?

Bueno, había estado a punto de estrangularle por no habérmelo dicho él a mí. Pero estaba claro que no iba a servir de nada. Lo intenté de todos modos, pero él se refugió en su estúpida ignorancia: —¡No me lo habían comunicado desde Chicago! ¿Cómo lo iba a saber? ¡Trata de ser justo, Gunner, hijo!

Gunner colgó con toda justicia.

Empezaba a tener sueño.

Durante un rato dudé en tomarme una píldora para despejarme, pero el atontamiento que me había dejado el licor de Connick era bastante agradable, y además se estaba haciendo tarde. Fui al hotel que Candace me había reservado y me arrastré hasta la cama.

Sólo tardé unos minutos en dormirme, pero estaba ligeramente consciente de un olor. Era el mismo hotel en el que se alojaba la comisión del armisticio. Realmente, no podía estar oliendo a ese arcturiano Knafti; era sólo mi imaginación, es lo que me dije, tratando de dormirme, y el olor se evaporó. El teléfono de la almohada zumbó, y la voz de Candace salió de él:

—Despiértate y ponte decente, Gunner, voy a subir.

Conseguí sentarme, sacudí la cabeza y tomé unas cuantas bocanadas de amphetamine. Como siempre,

me despertaron instantáneamente, pagando el usual precio de sentir que no había dormido bastante. Luego me puse una bata y estaba preparándome el desayuno en el cuarto de baño cuando Candace llamó a la puerta.

—Está abierta —grité—. ¿Quieres café?

—Claro que sí, Gunner.

Vino y se paró a la puerta, mirando cómo ponía a hervir el agua y llenaba dos tazas. Eché café en polvo y apagué la cafetera.

—¿Zumos de naranja?

Cogió el café y movió la cabeza, así que sólo mezclé un vaso, me lo bebí de un trago, tiré el vaso a la papelera y me llevé el café al otro cuarto. La cama se había doblado automáticamente; ahora era un sofá, y me senté cómodamente en él.

—Muy bien, querida —dije—. ¿Qué has averiguado en contra de Connick?

Dudó un momento, luego abrió su bolso, sacó una fotocopia y me la tendió. Era la reproducción de una vieja placa de acero, encabezada: La Armada de los

Estados Unidos, en caracteres antiguos, y que seguía:

Se hace saber que:

DANIEL T. CONNICK ASÍN AJ-

32880515

ha sido en esta fecha separado del servicio de los Estados Unidos para la conveniencia del Gobierno, y sépase que el calificativo de su expulsión es

DESHONORABLE.

—Bueno, ¿qué te parece? —Dije—. ¿Ves, querida? Siempre se encuentra algo.

Candace terminó su café. Puso cuidadosamente su taza en el antepecho de la ventana y sacó un cigarrillo. Eso era muy propio de ella: nunca hacía dos cosas a la vez, tenía una mente muy ordenada que yo no podía seguir..., ni aguantar tampoco. Sin duda, sabía lo que yo estaba pensando, porque probablemente ella pensaba lo mismo, pero no había nostalgia en su voz cuando dijo:

—Fuiste a verle anoche, ¿verdad? ¿Y todavía quieres apuñalarle?

Le dije:

—Voy a intentar que pierda las elecciones, sí. Para eso me pagan a mí y a algunos otros.

—No, Gunner —dijo—; a mí no me paga M. & B. para eso, si es lo que quieres decir, porque no hay tanto dinero.

Me puse de pie y me acerqué a ella.

—¿Más café? ¿No? Bueno, yo tampoco tomaré más. Querida...

Candace se levantó y cruzó el cuarto, sentándose en una silla de respaldo recto.

—Te has despertado de repente, ¿verdad? No cambies de tema. Estábamos hablando de...

—Estábamos hablando —le expliqué— de que nos pagan por hacer un trabajo. Muy bien, tú me has ayudado en parte porque has averiguado lo que yo quería saber sobre Connick.

Me interrumpí porque ella movía la cabeza.

—No estoy tan segura de haberte ayudado.

—¿Por qué?

—Bueno, no está en el documento, pero sé por que le despidieron. «Deserción de un deber peligroso». En la Luna, en la Fuerza Espacial de las Naciones Unidas. En 1998.

Asentí porque comprendía a qué se estaba refiriendo. Connick no fue el único. La mitad de la Fuerza Espacial se había hundido aquel año. Un fuerte alud de meteoritos proviniendo de Leonid y una llamarada solar al mismo tiempo. Los altos mandos de la Fuerza Espacial decidieron que había que ser severos, y pidieron que el Ejército de los Estados Unidos formara consejo de guerra a todos los soldados que hubieran corrido a un refugio bajo tierra; el Ejército se sintió obligado a aceptar.

—Pero la mayoría obtuvo clemencia del presidente —dije—. ¿El no?

Candace negó con la cabeza.

—No la solicitó.

—¡Hum! Bien, entonces aún sirve —cambié de tema—. Otra cosa, ¿qué hay de los niños?

Candace apagó su cigarrillo y se puso de pie.

—Para eso estoy aquí, Gunner. Estaba en tu lista. Así que... Vístete.

—¿Para qué?

Sonrió.

—Para tranquilizarme la conciencia en primer lugar, y también para investigar sobre los niños, como tú dices. Tenemos una cita en el hospital dentro de cincuenta y cinco minutos.

Yo no sabía nada de los niños, sólo rumores. El bendito Haber no había creído necesario explicármelo. Y Candace dijo solamente:

—Espera que lleguemos al hospital. Lo verás tú mismo.

El hospital general Donnegan tenía siete pisos de ladrillo de cerámica color crema, aire acondicionado, luz a través de las paredes y pequeñas lámparas azules en las aberturas de los conductos de la ventilación. Candace aparcó el coche en un garaje subterráneo, me condujo a un ascensor y luego a una sala de espera. Parecía conocer muy bien

el camino. Miró al reloj y me dijo que aún faltaban unos minutos, luego me señaló un mapa que ocupaba toda la pared y que indicaba al visitante con luces de colores cualquier punto al que quisiera ir. En él se podía apreciar el impresionante tamaño del hospital general Donnegan. Tenía veintidós salas de operaciones totalmente ocupadas, un banco de trasplantes, departamento de rayos X y de radioquímicos, una sala de «cryogenics», la más completa instalación de prótesis de la Tierra, una sección de geriatría, incontables salas de O. T.

Y, sobre todo, un ala de pediatría, completamente equipada y llena.

—Aquí viene nuestro amigo.

Un oficial de Marina entraba en ese momento, con la sonrisa y la mano tendidas hacia Candace.

—Hola, me alegro de verte. Usted debe ser Gunnarsen.

Candace nos presentó, nos estrechamos la mano. Se llamaba comandante Whitling; ella le llamaba Tom.

—Tenemos que darnos prisa —dijo—; después de haber hablado con Candace ha habido un cambio en el horario. Tenemos una inspección de altos mandos a las once. No quiero meteros prisa, pero me gustaría terminar a esa hora... Esto es un poco irregular.

—Muy amable de haberlo arreglado —le dije—.
Vamos.

Nos dirigimos a un ascensor y salimos en el último piso del edificio a un pasillo lleno de dibujos de Disney y de Mamá Oca. De una terraza salía el tintineo de una caja de música.

Tres niños que se perseguían a lo largo del pasillo nos adelantaron chillando. Corrían bastante, si se tiene en cuenta que dos de ellos usaban muletas.

—¿Qué diablos haces aquí? —preguntó el comandante Whitling ásperamente.

Miré sorprendido, pero no se dirigía a los niños. Se dirigía a un hombre de cara joven, pero con una abundante barba negra que estaba de pie detrás de un pato Donald, con una expresión atontada y culpable.

—Hola, señor Whitling —dijo el hombre—. Caramba, debo haberme perdido otra vez buscando el P. X.

—Carhart —dijo el comandante amenazadoramente—, si vuelvo a pillarte en este ala no vas a tener que ocuparte del P. X. durante un año. ¿Me oyes?

—Muy bien, muy bien, señor Whitling.

El hombre saludó y se dio la vuelta, parecía ofendido. Noté que la manga izquierda de su bata estaba metida, vacía, dentro de un bolsillo:

—No se les puede dejar salir explicó Whitling

extendiendo las manos—. Bueno, Gunnarsen, aquí estamos. Está usted viendo todo.

Miré cuidadosamente alrededor. Estaba lleno de niños, niños cojos, niños que se tambaleaban, niños pálidos, niños cansados.

—Pero ¿qué estoy viendo exactamente? —pregunté.

—Está usted viendo los niños, Gunnarsen. Los que libertamos. Los que los arcturianos capturaron en Marte.

Entonces comprendí. Me acordé de la captura de la colonia terrestre en Marte.

La guerra espacial va siempre a paso de tortuga, porque se tarda mucho en ir de una estrella a otra. Las principales batallas de nuestra guerra contra los arcturianos se habían desarrollado en la superficie de Marte, y las flotas espaciales habían combatido en la órbita de Saturno. A pesar de todo, la guerra había durado once años, desde el ataque sorpresa a la colonia de Marte hasta la tregua firmada en Washington.

Recordé que había visto una película de la reconstrucción de ese ataque a Marte. Era un día de verano, muy caluroso, al mediodía, el hielo se deshacía en agua. El lugar era la colonia próxima a Southern Springs. Detrás del pequeño sol descendiente apareció una nave.

Era un cohete. Era de metal brillante y dorado, y bajaba con una aureola de radiaciones doradas alrededor de la punta. Aterrizó con un chasquido eléctrico en la fina arena anaranjada, y de él salieron los arcturianos.

Claro que entonces nadie sabía que eran arcturianos. Habían dado vueltas alrededor del Sol, describiendo una enorme órbita aneclíptica, observando y estudiando, y por fin habían escogido el pequeño puesto de Marte para dar el golpe. En la gravedad de Marte sólo tenían necesidad de usar dos de sus flácidos miembros para sostenerse, y, por tanto, daban la impresión de ser bípedos, eran de la talla de un hombre y llevaban trajes dorados. Los colonos salieron a darles la bienvenida y fueron asesinados. Todos. Todos los adultos.

Los niños, sin embargo, no fueron asesinados, por lo menos no tan de prisa ni tan fácilmente. Algunos no habían muerto y estaban aquí, en el hospital general Donnegan.

Pero no todos.

Dije, empezando a comprender:

—Entonces éstos son los supervivientes.

Candace, que estaba muy cerca de mí, dijo.

—Casi todos, Gunner. Los que no, están lo bastante bien para llevar una vida normal.

—¿Y los otros?

—La mayoría no tienen familias. Los mataron, ¿sabes? Han sido adoptados por familias de Belport. Ciento ocho, creo. ¿No es eso, Tom? Y ahora quizá te des cuenta contra lo que tienes que luchar.

Había alrededor de cien niños en ese ala, y eso que no vi a todos. Algunos no podían verse. Whitling me habló de ellos, pero no pudo enseñarme el cuarto a temperatura de cuerpo humano donde vivían los casos más jóvenes y más desesperados. Tenían una atmósfera gnotobiótica, rica en oxígeno, un poco más húmeda que el aire del ambiente, más presión para ayudar a que sus débiles metabolismos repartiesen el oxígeno por las diferentes partes. A la derecha, un poco más lejos, estaban las pequeñas habitaciones individuales, donde se encontraban los casos peores. Los contagiosos. Los incurables. Aquellos cuya sola presencia era peligrosa para los demás. Whitling fue lo bastante amable como para abrir unas ventanillas polarizadas y dejarme mirar en algunos de esos cuartos donde estaban extendidos (o retorcidos, o de pie como palos) en soledad permanente. El más joven tenía tres años; el mayor, menos de veinte.

Formaban un grupo impresionante, y si no he explicado con más detalle mis sentimientos es porque lo que sentía es obvio.

¡Criaturas desgraciadas! Desde luego, los que habían sido enviados a la ciudad no impresionarían

tanto como éstos. Pero a la gente se le encogería el corazón al verlos. ¡Hasta a mí se me había encogido! Y cada vez que un padre adoptivo, o el vecino de un padre adoptivo, o un señor de la calle sintiera su corazón encogerse, pensaría una sola cosa: ¡los arcturianos hicieron esto!

Porque después de haber matado a los peligrosos adultos habían encerrado a los pequeños y se los habían llevado para utilizarlos como valiosos conejos de Indias.

¡Y yo pensaba contrarrestar esto con quinientos animalitos arcturianos!

Whitling me conducía a través del ala y yo escuchaba en su voz el tono que tendría que combatir, porque él quería y compadecía a estos niños.

—Hola, Terry —dijo al llegar a la terraza, inclinándose sobre una cuna y acariciando la cabeza blanca como la nieve de su ocupante.

Terry le sonrió.

—No nos oye —dijo Whitling—. Le trasplantamos nervios auditivos hace cuatro semanas. Lo hice yo mismo, pero no han sobrevivido. Es el tercer intento, y, desde luego, cada intento es más peligroso: anticuerpos.

Dije:

—No parece tener más de cinco años.

Whitling asintió.

—Pero el ataque a la colonia fue en...

—Ya entiendo lo que quiere decir —dijo Whitling—, pero es que a los arcturianos les interesaba también la reproducción. Ellen nos dejó hace un par de semanas, sólo tenía trece años, pero ya había tenido seis hijos. ¡Ah! Esta es Nancy.

Nancy tendría unos doce años, pero su paso y la coordinación de sus movimientos eran los de un bebé.

Venía tambaleándose detrás de una pelota. Se paró y me miró con desagrado y temor.

—Nancy es una de nuestras curas —dijo Whitling con orgullo. Siguió la dirección de mi mirada.

—¡Oh! No le pasa nada —dijo—. Se crió en Marte y aún no se ha acostumbrado a la gravedad de la Tierra. No es que sea lenta, es que la pelota va demasiado de prisa para ella. Aquí tenemos a Sam.

Sam también tendría unos doce años y se reía en su cama al intentar lo que para él era un ejercicio extremadamente difícil: levantar la cabeza del colchón. Una enfermera voluntaria le marcaba el compás cada vez que tocaba la barbilla con el pecho. Uno, dos, uno, dos... Lo hizo cinco veces, y luego se dejó caer sonriente.

—El sistema nervioso de Sam es casi nulo —dijo Whitling cariñosamente—, pero estamos progresando. Regeneración de los tejidos nerviosos,

aunque es muy difícil, y... —Pero yo no le escuchaba. Estaba mirando la sonrisa de Sam, que dejaba ver unos dientes negros y partidos.

—Alimentación deficiente —dijo Whitling, que había vuelto a seguir la dirección de mi mirada.

—Muy bien —dije—. Ya he visto bastante, ahora quiero salir de aquí antes de que me pongan a cambiar pañales. Se lo agradezco, comandante Whitling. Creo que se lo agradezco. ¿Dónde está la salida?

IV

No quise volver a la oficina de Haber. Tenía miedo de lo que podría resultar una conversación. Pero tenía que meditar en lo que había quedado el trabajo y además necesitaba comer. Así que llevé a Candace a mi cuarto y pedí que nos subieran la comida.

Me paré delante de la ventana térmica, mirando a la ciudad, mientras Candace hablaba con la oficina. Ni siquiera escuché, porque Candace sabía lo que yo

deseaba preguntar. Contemplé Belport a mis pies en un lunes medianamente aburrido. Belport era una ciudad radial con un centro compuesto por el núcleo de los edificios en forma de hongos que estaban de moda hace veinte años. El hotel donde estábamos era precisamente uno de ellos, y desde mi ventana podía ver otros tres destacándose por encima y por debajo de mí. A la derecha y a la izquierda. Y detrás surgían las espirales del distrito residencial. Veía la serpiente rampante que formaban los coches de alegres colores moviéndose en una de las autopistas, salpicada por el brillo de uno de nuestros desfiles en favor del referéndum. O de los de la oposición. Desde una altura de cien pies eso no parecía tener importancia.

—Sabes, cariño —le dijo cuando terminó de hablar—, todo esto no tiene sentido. Reconozco que el caso de estos niños es muy triste. ¿Quién puede soportar ver sufrir a unos niños? Pero no tienen nada que ver con el problema de si los arcturianos deben o no instalar una base telemétrica en el lago.

Candace dijo: —¿No eres tú el que me decía que la lógica no tiene nada que ver con las relaciones públicas?

Se acercó a la ventana y se sentó a mi lado, luego leyó las notas que acababa de tomar:

—La encuesta muestra que hemos perdido otro

medio punto. Haber me recomienda que te explique que eso es una victoria, porque hubiéramos perdido por lo menos dos puntos si no fuera por los gatitos arcturianos. Las cartas a los comerciantes han sido enviadas. Chicago aprueba el presupuesto espacial. Y eso es todo.

—Gracias.

Llamaron a la puerta y Candace me dejó para ir a abrir al botones que nos traía la comida. No tenía ganas de nada, excepto de una cosa que no estaba en el menú: la propia Candace. Pero intenté comer.

Candace no parecía estar ayudándome mucho a comer. En realidad, estaba haciendo algo que no iba nada con su manera de ser: durante toda la comida no paró de hablar, y el único tema que tocó fue el de los niños. Me habló de Nina, que tenía quince años cuando entró en el hospital Donnegan, después de haber soportado toda la ocupación, y que no quería hablar con nadie y que pesaba veinticinco kilos, y que chillaba si no la dejaban esconderse debajo de una cama.

—Y después de seis meses —dijo Candace— le dieron una marioneta, y finalmente aceptó a hablar a través del muñeco.

—¿Cómo sabes todo eso? —le pregunté.

—Me lo contó Tom. También hay niños que no tienen gérmenes... Y me habló de ellos y de la serie

de inyecciones y trasplantes de medulas que habían sido necesarios para restituir la reacción inmune del cuerpo sin matar al paciente. También me habló de los que tenían destruidos los nervios auditivos y vocales, porque los arcturianos habían estado investigando el problema de si los seres humanos podían pensar en ausencia de sonidos articulados o no. De los que habían sido criados con glucosa puramente química para estudios de dietas; de los niños que no tenían sentido del tacto y de los que no tenían la musculatura desarrollada.

—¿Tom te contó todo esto?

—Y mucho más, Gunner. Recuerda que éstos sólo son los supervivientes. Algunos de los niños fueron deliberadamente...

—¿Cuánto tiempo hace que conoces a Tom?

Dejó el tenedor, puso azúcar al café y bebió un trago mirándome por encima de la taza.

—¡Oh! Desde que llegué aquí. Hace dos años, antes de que llegaran los niños.

—Le conoces muy bien por lo visto.

—Sí, desde luego.

—Se ve que realmente le gustan estos niños. Y a ti también.

Bebí un poco más de mi café, que sabía a rayos, y encendí un cigarrillo, luego dije:

—Puede que haya descuidado demasiado tiempo

la situación aquí. ¿No crees?

—Bueno, Gunner —dijo ella lentamente—; quizá perdiste una oportunidad.

—Te diré lo que me parece, querida. Me parece que estás tratando de decirme algo, y que ese algo no tiene nada que ver con la proposición cuarta que va a votarse la semana próxima.

Ella dijo casualmente:

—A propósito, Gunner, voy a casarme con Whitling el día de Navidad.

La envié a la oficina y me tendí en la cama, fumando y mirando cómo el humo era absorbido por los ventiladores. Todo estaba tranquilo y silencioso, porque había pedido que no me molestaran. No sentía nada en absoluto.

La perfección es tan difícil de obtener que es interesante encontrar un caso de perfecta equivocación a lo largo de todo un día.

Si hubiera sacado mi pequeña lista podría haber comprobado que no había hecho nada de lo que me había propuesto. En un sentido o en otro. No había despedido a Haber y ahora ya no quería despedirle, porque resultaba que no era peor que yo en este trabajo; los hechos lo demostraban. Había investigado sobre los niños —muy bien—, desgraciadamente un poco tarde. Había investigado sobre Connick, el oponente número uno a la

proposición, y había encontrado algo que podía perjudicarle, de acuerdo, pero no veía para qué podía servirnos ya. Y ciertamente no iba a casarme con Candace Harmon.

Mirándolo bien, pensé, encendiendo otro cigarrillo con la colilla del anterior, había un quinto punto, y también éste lo había fallado.

Los clásicos de las relaciones públicas demuestran claramente lo poco que tiene que ver la razón con las relaciones públicas, y, sin embargo, yo había caído en la más vieja y más estúpida de las trampas. No hay más que recordar los golpes maestros de publicidad en la historia: «¡Los judíos apuñalaron a Alemania por la espalda!» «¡Setenta y ocho (o cincuenta y nueve o ciento tres) comunistas en el Departamento de Estado!» «¡Iré a Corea!» No basta que un tema sea racional, sino que el ser racional es una equivocación si se quiere remover las glándulas humanas. Porque, sobre todo, debe parecer fresco y de una simplicidad tan revolucionaria que ilumine un enorme, confuso y desagradable problema con una luz fresca y esperanzadora, o por lo menos eso debe creer el hombre medio.

Ya que desde el momento en que ha pasado duras horas de preocupación buscando alguna clase de salvación personal frente a la bancarrota de Alemania o frente a una amenaza de subversión o

frente a una guerra que no conduce a ninguna parte, ninguna solución racional puede convencerle..., puesto que él ya ha considerado todas las soluciones racionales posibles y ha llegado a la conclusión de que o no sirven para nada o cuestan más de lo que él está dispuesto a pagar.

Así que lo que yo tenía que haberme esforzado en encontrar en Belport era una salida brillante, irracional, diferente. La gran mentira, si se quiere. Y no había hecho más que apuntar una pequeña insinuación.

Era interesante reflexionar sobre la cantidad de equivocaciones que había cometido. Incluso la mayor equivocación de todas: haber perdido a Candace Harmon. Y estando envuelto en estos pensamientos, casi despreciándome a mí mismo, sonó el timbre de la puerta, la abrí, y allí estaba un tipo vestido con uniforme verde oliva de las Fuerzas Espaciales, diciéndome:

—Venga usted, señor Gunnarsen. La comisión del armisticio quiere hablar con usted.

Durante un instante me hizo evocar la época de mis diecinueve años. Yo era entonces un hombre cohete 3/C, que guardaba en la Luna la base Aristarchus contra los invasores del espacio.

El tipo era un coronel llamado Peyroles, y me condujo por un pasillo a un ascensor privado que no

había visto nunca, y que nos subió a una «suite» en la cúpula del hongo, que hacía que la mía pudiera compararse a una perrera en Old Levittown. El olor era muy fuerte. Por entonces ya me había librado de mi instintivo respeto a los galones, y saqué un pañuelo para taparme la nariz. El coronel ni siquiera me miró.

—¡Siéntese! —rugió el coronel, y me dejó enfrente de una chimenea apagada. Algo ocurría. Oía voces que provenían del cuarto vecino—: ... Quemamos la efigie de uno, y juro que quemaremos a uno de verdad... —... ¡Huele que apesta!...— ¡Me revuelve el estómago! Y este último, quienquiera que fuese, tenía mucha razón, aunque unos segundos después de haber entrado en la «suite» casi me había olvidado del olor. Es curioso cómo se acostumbra uno a todo. Pasa como con el queso fermentado: las primeras vaharadas de olor te ponen enfermo, pero pronto los nervios olfatorios cogen el truco y preparan una defensa.

—... De acuerdo, la guerra ha terminado y tenemos que convivir con ellos, pero en la propia ciudad de uno...

Lo que se estuviese debatiendo en la otra habitación se discutía acaloradamente. Todo el mundo se irrita cuando hay arcturianos cerca, porque su olor pone los nervios de punta. A nadie le gustan

los malos olores, no son agradables. Nos recuerdan el sudor y los excrementos, cosas contra las cuales hemos afianzado nuestras dudas, admitiéndolas como hechos personales y reales. Luego se oyó un fuerte grito militar llamando al orden —reconocí al coronel Peyroles—, y luego se oyó una voz apenas humana, aunque hablaba inglés. ¿Un arcturiano? ¿Cómo se llamaba? ¿Knafti? Yo tenía entendido que los arcturianos no podían emitir sonidos humanos.

Quienquiera que fuese, puso fin a la reunión. La puerta se abrió.

Por ella pude ver unas dos docenas de espaldas hostiles que salían por otra puerta. Hacia mí venían el coronel de las Fuerzas Espaciales, un joven de cara pálida y angelical que arrastraba una pierna e iba vestido de paisano... y, sí, también el arcturiano. Era el primer arcturiano que había visto de cerca, en un grupo tan pequeño. Se balanceó hacia mí, sosteniéndose sobre cuatro de sus seis miembros en forma de percha. Su tórax, jadeante, estaba encasillado en una coraza dorada, su cara de mantis religiosa y sus brillantes ojos negros me miraban fijamente.

Peyroles cerró la puerta detrás de ellos.

Se volvió hacia mí y dijo:

—Gunnarsen..., Knafti..., Timmy Brown.

No tenía la menor idea de qué ofrecerle para

estrechar y no sabía qué hacer. Knafti, sin embargo, se contentó con mirarme gravemente. El joven me saludó con un movimiento de cabeza. Dije:

—Me alegro de conocerles, señores. Como ustedes probablemente sabrán, intenté obtener una cita antes, pero su gente me rechazó. Me alegro que las cosas hayan cambiado.

El coronel Peyroles frunció el ceño mirando hacia la puerta que acababa de cerrar —aún se oían ruidos—, pero me dijo: —Tiene usted razón. Esto era una reunión de los jefes del comité civil...

La puerta se abrió bruscamente y un hombre se asomó y gritó: —¡Peyroles! ¿Puede esa cosa entender el idioma de los hombres blancos? Espero que sí. Espero que me oiga decir que me he propuesto descuartizarlo personalmente si sigue en Belport mañana a esta hora. Y si algún ser humano o alguien llamado ser humano, como tú, se pone en mi camino, le descuartizaré también.

Dio un portazo sin aguardar la respuesta.

—¿Ve usted? —dijo Peyroles de mal humor—, cosas de éstas no debían de ocurrir nunca en las tropas bien entrenadas. Esto es de lo que quería hablarle.

—Ya veo.

Lo veía todo muy claramente, porque daba la casualidad de que el tipo que se había asomado a la

puerta era el mismo con el que habíamos contado que llevase la bandera arcturiana. Era el viejo, ¿cómo se llamaba? El viejo Schilth, el hombre que intentábamos que fuese elegido para poder conseguir nuestro propósito.

A juzgar por el ruido que hacía la delegación ciudadana, se respiraba un ambiente de linchamiento. Ahora sabía por qué habían cambiado de actitud y me habían llamado antes de que las cosas se controlasen totalmente y terminasen en asesinato, si es que el matar a un arcturiano puede llamarse asesinato...

...Aunque, pensándolo bien, el linchar a Knafti podía no ser el peor sistema; quizá este hecho cambiaría la opinión pública.

Me quité ese pensamiento de la cabeza y empecé a hablar de negocios.

—¿Qué desean exactamente? —pregunté—. Me imagino que quieren que me ocupe de su popularidad.

Knafti se sentó, si eso es lo que hacen los arcturianos, retorciéndose y entrelazándose. El joven pálido le murmuró algo y luego vino hacia mí.

—Señor Gunnarsen. Soy Knafti.

Hablaba marcando mucho las vocales y arrastrando el final de las frases, como si hubiese aprendido el inglés en un manual. No me costaba nada entenderle. Por lo menos no me costó entender lo que dijo, pero tardé un momento en comprender lo

que quería decir. Entonces Peyroles me ayudó:

—Quiere decir que en este momento habla por Knafti— dijo el coronel—. Intérprete, ¿comprende?

El joven movió los labios durante un momento — parecía que cambiase de marcha—, y dijo: —Eso es, yo soy Timmy Brown, el traductor y ayudante de Knafti.

—Entonces pregunta a Knafti qué es lo que desea de mí.

Intenté pronunciar Knafti de la manera que él lo había hecho: una especie de estornudo en la «k» y un indescriptible silbido en la «f».

Timmy Brown volvió a mover los labios y dijo:

—Yo, Knafti, deseo que pare..., que se vaya..., que no continúe su trabajo en Belport.

Desde su asiento, retorcido, el arcuriano balanceó sus miembros flácidos y chilló como una ardilla. El joven chirrió una respuesta, y dijo:

—Yo, Knafti, le felicito por su efectivo trabajo, pero suspéndalo.

—Con lo cual quiere decir —rugió el coronel Peyroles—, ¡que pare todo!

—Váyase a combatir en el espacio, Peyroles. Timmy, quiero decir, Knafti, a mí me pagan por hacer este trabajo. La propia Confederación Arcuriana nos contrató. Recibo órdenes de Arthur S. Begelow Jr., y las obedeceré, me guste o no, Knafti.

Chillidos y chirridos entre Knafti y el joven cojo y pálido. El arcturiano dejó su asiento retorcido y se fue a la ventana, mirando al cielo y al intenso tráfico. Timmy Brown dijo:

—No importan las órdenes recibidas. Yo, Knafti, le digo que su trabajo es perjudicial —dudó un momento hablando entre dientes, luego continuó—. No deseamos obtener nuestra base aquí a costa de la verdad —y miró implorantemente al arcturiano—, y es indudable que usted está tratando de cambiar la verdad. Dirigió unos chirridos al arcturiano, que desvió sus negros y ciegos ojos de la ventana y vino hacia nosotros. Los arcturianos no andan exactamente. Se arrastran con la parte inferior del tórax. Sus miembros son flexibles y finos, y los que no utilizan como soporte los utilizan para gesticular. Knafti estaba utilizando entonces un cierto número de los suyos mientras lanzaba una corta serie de chillidos al joven.

—Si no se hace así —concluyó Timmy Brown—, yo, Knafti, le digo que entraremos de nuevo en guerra. Tan pronto como estuve de vuelta en mi habitación mandé un mensaje a Chicago pidiendo órdenes y aclaraciones. Recibí la respuesta que deseaba: «Pare todo. Consultamos el asunto con A. S. B. Jr. Espere instrucciones».

Así que esperé. Mi manera de esperar fue llamar

a Candace a la oficina y conseguir las últimas noticias. Le conté el alboroto en la «suite» de la comisión del armisticio y le pregunté qué sabía de ello. Candace movió la cabeza.

—Sabemos las citas que tienen, Gunner. Sólo pone: «Reunión con los jefes del comité civil», pero uno de los jefes del comité tiene una secretaria que va a comer con una chica que trabaja aquí, y...

—Y te vas a enterar. Muy bien. Hazlo. Y ahora, ¿cuál es la opinión general?

Empezó leyendo breves resúmenes e informes de campaña. Eran un poco confusos, pero no estaban mal del todo. Las encuestas de opinión mostraban una pequeña subida en favor de los arcturianos. No era mucho, pero era el primer cambio positivo que veía, y resultaba doblemente sorprendente después de la actitud de Knafti y de la reyerta con el comité civil. Pregunté: —¿Por qué, querida?

La expresión de Candace en la pantalla era tan de asombro como la mía.

—Estamos todavía investigando.

—Muy bien. Sigue.

Había más puntos en favor. La exposición de flores había producido resultados sorprendentes entre aquellos que asistieron. Desde luego, no era más que una pequeñísima fracción de la población de Belport. Los gatos arcturianos nos estaban ayudando también.

Donde estábamos perdiendo era en las decisiones tomadas en las reuniones de la Asociación de Padres y Profesores. También se habían producido dimisiones en la Liga de la Amistad Arcturoamericana de Candace. La asistencia a nuestras reuniones de café entre vecinos era muy pobre.

Ahora que ya sabía lo que buscaba veía claramente lo que nos habían hecho los niños. En todas las entrevistas realizadas en un ambiente familiar, las actitudes eran muchísimo peores que las realizadas en un ambiente no familiar: en el trabajo, parados en la calle, en un teatro.

La importancia de esto era lo que yo le había explicado a Connick. Ningún hombre es una entidad simple. Se comporta de un modo cuando se ve a sí mismo como cabeza de familia, de otro modo cuando está en un cóctel, de otro en el trabajo, y de otro cuando una chica guapa está sentada a su lado. Verdades elementales. Pero los chicos de M./R. habían tardado medio siglo en aprender a utilizarlas.

En este caso, la utilización era muy sencilla: rebajar las actividades familiares y aumentar las demás. Encargué más carrozas, más desfiles con antorchas y un concurso juvenil de belleza. Suprimí las catorce fiestas campestres que habíamos planeado y ordené que las reuniones de café cesaran por el

momento.

Esto no era exactamente obedecer las órdenes de Chicago. Pero no importaba. Todo esto podría suprimirse con una sola palabra, y de todos modos no eran más que simples detalles.

La gran idea todavía se me escapaba.

Encendí un cigarrillo, pensé durante un momento, y dije:

—Querida, búscame algunos extractos de las encuestas con los cabezas de familia, y especialmente con los de familias que tengan uno de los niños. No quiero las interpretaciones ni los análisis. Sólo me interesan las entrevistas.

Tan pronto como acabé con ella apareció un mensaje en el circuito de Chicago: «Pregunta de parte de A. S. B. Jr.: Si no ponemos límite al presupuesto y le damos entera libertad de acción, ¿puede usted garantizar, repetimos, garantizar que ganará el referéndum?».

No era la respuesta que había esperado de ellos.

De todos modos era una pregunta legítima. Me tomé unos minutos para pensarla.

Júnior Begelow ya me había dado bastante libertad de acción, siempre me la daba. ¿De qué otro modo iba a trabajar un agitador? Si ahora recalcaba que me daba libertad de acción no era porque pensase que yo no lo sabía ya. Ni tampoco porque

sospechase que podían estar reduciendo los salarios de las secretarías. Quería decir una sola cosa: Gane, sea como sea.

En esas condiciones, ¿podía hacerlo? Bien, desde luego que podía ganar. Sí. Con la condición de encontrar la gran idea. Siempre se puede ganar una elección, cualquier elección, en cualquier parte si se desea pagar el precio exacto.

Lo difícil era averiguar cuál era el precio. No hablo sólo de dinero. A veces el precio que hay que pagar es el de un ser humano, y hasta ahora yo había asignado ese papel a Connick. Ofrece un sacrificio humano a los dioses y tu ruego será escuchado...

Pero ¿era Connick el sacrificio deseado por los dioses? ¿Sería de alguna utilidad derrotarlo, sabiendo que su contrincante era uno de los hombres que había estado chillando a Knafti en la reunión con la comisión del armisticio? Y si así fuera, ¿estaba mi navaja bastante afilada para sacarle la sangre?

Bueno, siempre lo había estado antes. Y si Connick no era la víctima indicada, yo encontraría al que lo fuese. Contesté con un mensaje corto y decisivo: «Sí».

Y en menos de un minuto, como si Júnior hubiera estado esperando al lado del receptor telefax aguardando mi respuesta, y ¡quizá lo había estado!, me llegó la respuesta: «Gunner, hemos perdido el

trabajo para la Confederación Arcturiana. Van a comunicarnos la cancelación de nuestro contrato y hay rumores de que van a cancelar también el tratado de armisticio. No tengo que explicarle que los necesitamos. Puede ser que haya alguna posibilidad de que si obtenemos resultados fuertes en Belport se vuelvan atrás. Esta es la carta que tenemos que jugar. No economice ningún esfuerzo, Gunner. Gane la elección».

El circuito de la oficina se puso a zumbar. Probablemente era Candace, pero no tenía ganas de hablar con ella en aquel momento. Desconecté todas las comunicaciones, me metí en la ducha, la gradué para ponerla a toda potencia y dejé que el agua me golpeará. No quería pensar en ese momento. Necesitaba tiempo.

No quería pensar en: d) Si la guerra iba a volver a estallar o no, y si estallaba en qué medida tenía yo la culpa, b) ¿Qué iba a hacer con el simpático Connick? c) Si todo esto merecía la pena, d) ¡Cuánto me iba a odiar el día de Navidad! Sólo debía dejar que el chorro de agua espumosa y perfumada me anestesiará. Cuando mi piel empezó a ponerse pálida y arrugada, aunque no había llegado a ninguna conclusión ni encontrado ninguna solución, salí, me vestí y abrí los circuitos de comunicaciones, dejándoles sonar y encenderse todos a la vez.

Empecé con Candace. Dijo: —¡Gunner! Dios mío. ¿Sabes lo de la comisión del armisticio? Acaban de tomar una nueva decisión...

—Ya lo sé. ¿Qué más, querida? —Buena chica, tenía una rapidez mental asombrosa.

—Luego tuvo lugar aquella reunión de los jefes del comité civil de la «suite» de la comisión del armisticio.

—Ya. Estaba informado de la decisión de la comisión de armisticio. ¿Qué más?

Miró los papeles que tenía en la mano, dudó, y luego dijo:

—Nada importante. Gunner, ¡ah!..., aquel 3/V que tenías planeado para esta noche...

—Sí, querida.

—¿Quieres que lo cancele?

—No. Tienes razón, no gastaremos el tiempo con la Liga de la Amistad Arcturoamericana o cualquier otra cosa que habíamos planeado; pero estás equivocada, lo usaremos de otra manera. Aún no sé cómo.

—Pero Júnior dijo...

—Querida —le dije—, Júnior dice muchas cosas. ¿Hay alguien que quiera desollarme vivo?

—Bueno —dijo ella—. Está Mr. Connick, pero no creía que quisieses verle.

—Le veré. Veré a todo el mundo.

—¿A todo el mundo? —Le había sorprendido. Volvió a mirar atentamente la lista—. Hay alguien de la comisión del armisticio...

—Recibiré al de la comisión del armisticio.

—... Y el comandante Whitling, del...

—Del hospital. Claro que sí, dile que traiga unos cuantos niños.

—Y... —Se detuvo y me miró—, Gunner, ¿estás tomándome el pelo? Realmente no quieres ver a toda esa gente.

Sonreí, alcancé el teléfono-visión y acaricié la pantalla. Desde su puesto ella debió ver una enorme mano que tapaba toda la pantalla, pero sabía lo que yo quería decir. Le dije:

—Te equivocas completamente, sí que quiero. Quiero verlos, cuantos más, mejor, y además quiero verlos en mi oficina a todos a la vez. Así que arréglalo, querida, porque voy a estar muy ocupado durante un rato.

—Ocupado, ¿con qué, Gunner?

—Ocupado tratando de averiguar para qué quiero verlos.

Cerré el teléfono-visión, me levanté y salí, dejando que las demás llamadas sonasen en el cuarto vacío. Lo que necesitaba era un largo paseo, y lo di.

Cuando me cansé de andar fui a la oficina y saqué a Haber de sus dominios. Le hice esperar de pie

delante de lo que fuera su propia mesa mientras yo hablaba con Candace y me enteraba de que todas las citas estaban ya concertadas. Luego le dije que se marchase.

—Gracias.

Se detuvo en su camino hacia la puerta.

—¿Gracias por qué, Gunner?

—Por tener un despacho agradable en el que matar el tiempo —señalé los muebles con un amplio ademán—; me estuve preguntando en qué te habías gastado el dinero cuando vi los recibos en la oficina de Chicago, y admito que pensé que podía haber alguna pequeña sisa. Estaba equivocado. Haber me contestó, herido: —¡Gunner, hijo! Yo no haría nada así—. Te creo.

Pensé durante un segundo y le dije que me enviara algunos técnicos y que no dejara que nadie, recalqué el nadie, me molestara bajo ningún concepto. Le asusté bastante. Se fue tembloroso, un poco enfadado, un poco admirado, un poco anhelante por ver, creo, cómo el gran hombre saldría de esta situación. Mientras tanto, el gran hombre habló un momento con los técnicos, se echó una siestecita de diez minutos, se bebió los martinis de la bandeja y tiró el resto de la cena por los basureros automáticos.

Luego, como aún me quedaba una hora antes de acudir a las citas que Candace me había concertado,

di vueltas alrededor del despacho del cerdo de Haber, buscando alguna diversión.

Había estado en sus archivos. Le eché un vistazo y los dejé. No había nada en ellos que me interesara, ni siquiera para comentar. Había libros en su estantería. Pero no me tomé la molestia de desembarazarlos de su capa de polvo que ni siquiera las máquinas de limpieza habían sido capaces de quitar. Había un mueble-bar y una colección de fotografías en el último compartimiento en el cajón de su mesa.

La espera se presentaba muy aburrida, hasta que el encargado del estudio me comunicó que había terminado los arreglos que había pedido y que el receptor de efectos de cintas magnetofónicas 3/V podía ahora ser controlado desde mi mesa de instancia. Entonces supe que tenía a mi alcance una manera agradable de matar el tiempo.

¿Ha jugado usted alguna vez con un receptor 3/V escondido detrás de una biblioteca llena de cintas magnetofónicas? Se siente uno casi tan poderoso como Dios.

Lo único que hace la máquina es coger las «video-tapes» almacenadas en sus estanterías y hacerlas funcionar. Pero también se puede manipular con el tamaño y la perspectiva o superponer unos a otros. Así que se puede, y de hecho yo lo he probado,

poner la imagen de alguien a quien no se tiene simpatía en una posición embarazosa para él y proyectarla en una pantalla de montaje de tal modo que únicamente un técnico de estudio es capaz de encontrar los puntos de la muestra donde la parte sobrepuesta delata su presencia.

Esto era una clara salida para casi cualquier dificultad de propaganda, ya que es un juego de niños construir cualquier acontecimiento que se desee y darle la apariencia de realidad.

Desde luego, todo el mundo sabe que esto puede hacerse; así que la evidencia de lo que se ve ya no es suficiente, ni siquiera para un votante. La ley lo persigue también. Se me había ocurrido componer alguna espeluznante película sobre Connick, por ejemplo. Pero no hubiera dado resultado; hiciese lo que hiciese, el otro partido tendría tiempo de correr la voz de que había habido un fraude electoral, que siendo de tal magnitud llegaría en seguida a la primera página de los periódicos. Así que utilicé la máquina para algo mucho más interesante para mí: la utilicé como juguete.

Empecé conectando la base lunar de Aristarchus como fondo, luego encontré una escuadrilla de hombres cohetes, andando con el largo paso lunar, y superpuse mi propia cara en una de las figuras con casco, y la subí y la bajé con la cámara imaginaria,

contemplando a Odin Gunnarsen R 3/C como a un chico de diecinueve años, un tonto asustado, pero que cumplía con su deber. Era un buen chico, pensé objetivamente. Me pregunté qué le había ocurrido para haberse estropeado tanto más tarde. Abandoné esto y busqué nuevas diversiones. Encontré algunas imágenes de Candace en las cintas de las estanterías y pasé un buen rato contemplando su cara. Su expresión, abierta y amistosa, prestaba una cierta dignidad a los fantásticos esqueletos de media docena de estantes 3/V. Pero también abandoné este juego de niños.

Busqué un campo de acción mayor. Extendí todo el panorama celeste en la pantalla de la máquina. Busqué el gancho de la punta de la Osa Mayor, tracé su arco a través de medio cielo, hasta que encontré el anaranjado Arcturus. Luego enfoqué la estrella, y al hacerlo, las otras estrellas más pequeñas aumentaban de tamaño y desaparecían del campo de visión. Busqué sus siete planetas de color gris verdoso y encontré cinco de ellos. Arcturus, el mundo acuático de donde procedía Knafti. Ordené al cerebro electrónico del interior de la máquina que reconstruyera los acontecimientos de un bombardeo en la órbita, y contemplé cómo las bombas infernales salpicaban el cielo arcturiano con la espuma venenosa de los enormes hongos, azotando las

ciudades de las islas con olas que las iban cubriendo y ahogando a todos.

Luego destruí todo el planeta. Contemplé cómo salían los gases calientes de la esfera y rodeaban todo el planeta, cómo cocían sus mares, cómo sus ciudades se convertían en escoria..., y me encontré sudando.

Pedí otra bebida y desconecté la máquina. Entonces me di cuenta de que la luz azul pálida sobre la puerta del despacho de Haber brillaba insistentemente. Ya era la hora. Mis visitantes habían llegado.

Connick había traído a sus hijos, a tres de ellos. El enamorado del hospital Donnegan había traído a dos más. Knafti y el coronel Peyroles traían a Timmy Brown.

—Bien venidos al cuarto de jugar —les dije—. Este año, por lo visto, tenemos que linchar a gente joven.

Todos empezaron a gritarme al mismo tiempo, todos excepto Knafti, cuyos chillidos no alcanzaban el volumen necesario para competir con los demás. Les escuché, y cuando dieron muestras de irse calmando me acerqué al mueble bar del cerdo de Haber y me serví un whisky doble. Luego dije:

—Muy bien, ¿cuál de vuestros terrores quiere manifestarse primero?

Volvieron todos a indignarse, mientras que yo bebía tranquilamente. Todos, menos Candace Harmon, que estaba de pie junto a la puerta y me miraba.

Así que añadí:

—Muy bien. Usted primero, Connick. ¿Va usted a obligarme a difundir por todas partes que tuvo un despido deshonorables?... Y a propósito, ¿le gustaría conocer a mi ayudante chantajista? La señorita Harmon buscó algo que pudiera desacreditarle.

Su novio rugió, pero Candace siguió mirándome sin decir nada. No me volví hacia ella y continué mirando a Connick. Este achicó los ojos, se metió las manos en los bolsillos y dijo conteniéndose considerablemente:

—Usted sabe que yo tenía diecisiete años cuando ocurrió aquello.

—Claro que sí. También sé más cosas. Usted sufrió una depresión nerviosa el año siguiente a su despido, una depresión espacial como lo llaman allí. En la Luna lo llamábamos fiebre amarilla.

Miró rápidamente a sus hijos, a los dos que eran suyos y al otro que no lo era, y dijo muy de prisa:

—Usted sabe que podía haber pedido la clemencia presidencial.

—Pero no la pidió. El hecho significativo es que usted desertó. El hecho significativo es que usted

estuvo loco. Y le aseguro que todavía lo está.

Timmy Brown tartamudeó:

—Un momento. Yo, Knafti, le he pedido que cese...

Pero Connick le apartó: —¿Por qué, Gunnarsen?

—Porque tengo la intención de ganar esta elección. No me importa el precio..., especialmente si el precio es usted.

—Pero yo, Knafti, le he dado instrucciones...

Este era Timmy Brown otra vez.

—La comisión del armisticio dio órdenes... —
Éste era Peyroles.

—No sé quiénes son peores, si ustedes o las moscas.

Este era el amiguito de Candace del hospital. De nuevo hablaban todos a la vez. Hasta Knafti vino arrastrándose hacia mí, en su burbuja babosa y dorada, chirriando y gritando. Timmy Brown sollozaba al tratar de explicarme que estaba equivocado; tenía que parar, decía, todo lo que estaba haciendo era en contra de las órdenes. ¿Por qué no desistía?

Grité: —¡Cállense todos!

No lo hicieron, pero el volumen bajó considerablemente, y pude hacerme oír.

—¿Qué diablos me importa a mí lo que cualquiera de ustedes quiera? Me pagan por hacer un

trabajo. Mi trabajo consiste en hacer que la gente actúe de una manera determinada, y yo lo cumplo. Quizá mañana me paguen por hacer que actúen del modo contrario, y yo lo cumpliré. De todos modos, ¿qué diablo se creen ustedes que son para venir dándome órdenes a mí? Un insecto apestoso como usted, Knafti; un vulgar charlatán como usted, Whitling, o usted, Connick, un...

—Un candidato para un cargo público —dijo claramente. En vez de callarse me hablaba de frente —, y como tal tengo la obligación...

Pero yo le grité, más fuerte: —¿Candidato? Será usted un candidato hasta el momento que yo le diga a los votantes que usted es un imbécil, Connick. Entonces se acabó. Y se lo diré, se lo juro. Si...

No tuve ocasión de terminar la frase, porque los tres hijos de Connick me atacaron, los dos propios y el otro. Empujaron los papeles de la mesa de Haber y rompieron un jarrón de cristal de roca, pero no me alcanzaron en la garganta, que era donde iban claramente dirigidos, porque Connick y Timmy Brown, les sujetaron con dificultad.

Me permití una burla: —¿Qué prueba esto? Sus niños le admiran, lo admito..., aún el de Marte. El que los compatriotas de Knafti usaron para vivisección... Es más que probable que el propio Knafti trabajara en ello. Bonito cuadro, ¿eh?, su

camarada, allí, destruyendo bebés, matando niños... ¿O no sabía usted que el propio Knafti fue uno de los jefazos en el proyecto de matar niños?

Timmy Brown chilló desesperado: —¡No sabe usted lo que está diciendo! ¡Knafti no tuvo nada que ver!

Su faz cenicienta estaba ansiosa, sus dientes picados se descubrían en una mueca y estaba sollozando.

Si se calienta una sola molécula, saldrá pitando como un gato con una chispa debajo de la cola, pero no se sabe adonde va. Si se calienta una docena de moléculas, saldrán volando en todas las direcciones, pero tampoco se puede saber adonde irán. Sin embargo, si se calientan unos cuantos billones de moléculas, más o menos las que contiene un dedal de gas diluido, se puede saber exactamente adonde irán: se dilatarán. Acción de masa. No se puede saber lo que hará una sola molécula —llamémoslo el libre albedrío de la molécula, si se quiere—, pero las masas obedecen a leyes de masas. Masas de lo que sea, aunque sea una masa tan pequeña como el irritado grupo que se me enfrentaba en el despacho de Haber. Hasta Candace estaba frunciendo el ceño, oscureciendo la mirada y plegando los labios, aunque me miraba tan inmóvil y silenciosa como antes.

Connick fue el primero que reaccionó: —¡Muy

bien!— gritó—. ¡Escúchenme todos! Vamos a arreglar esto ahora mismo.

Se levantó con un niño agarrado a cada brazo, y el tercero, el más pequeño, atrapado entre él y la puerta. Me miró con tal agresividad que pude sentir su mirada... No me gustó, aunque no expresaba más odio del que yo esperaba. Dijo:

—Es verdad. Sammy fue uno de los niños de Marte, quizá eso me ha hecho pensar cosas que no debía de haber creído... Es mi Hijo ahora, y cuando pienso que esos insectos apestosos cortaron...— se contuvo y se volvió hacia Knafti—; ahora me doy cuenta de una cosa: un hombre capaz de hacer una cosa así sería un demonio. Podría arrancarle el corazón con mis propias manos. Pero usted no es un hombre.

Ceñudo soltó a los niños y avanzó hacia Knafti.

—No puedo perdonarle. Que Dios me ayude, pero no es posible. Pero reprochárselo sería lo mismo que reprochar a un rayo el haber provocado un incendio. Creo que me equivoqué. Quizá me equivoco ahora. No sé sus costumbres, pero me gustaría estrecharle la mano, o como se llame lo que usted tiene ahí. He estado pensando en usted como un criminal pervertido y un asqueroso animal, pero ahora quiero decirle que prefiero mil veces trabajar con usted, para su base, para la paz o para cualquier

otra cosa que podamos arreglar juntos que con algunos seres humanos que están en esta habitación.

No me quedé a observar la conmovedora escena que siguió. No me hacía falta, ya que las cámaras y las cintas magnetofónicas que todos los encargados del estudio habían preparado detrás de todos los espejos en la habitación la estarían observando por mí. Deseé tan sólo que no hubieran perdido una sola palabra ni un solo grito, porque no me encontraba capaz de repetir una escena como ésta.

Abrí la puerta suavemente y me fui. Al salir pillé al más pequeño de los Connick escurriéndose detrás de mí, me dirigí hacia la instalación 3/V de la sala de espera y alargué un brazo para detenerle.

—¡Asqueroso! —Silbó—. ¡Rata podrida!

—Puede que tengas razón —le contesté—, pero ahora vete a hacer compañía a tu padre. Sois personajes históricos hoy.

—¡Porras! Siempre veo el «Doctor Zhivago» los lunes por la noche, y va a empezar dentro de cinco minutos, y...

—Esta noche, no, hijo mío. Otra cosa que puedes tener en contra mía. Esta noche hemos reservado el espacio para un programa totalmente diferente.

Le acompañé al despacho, cerré la puerta, recogí mi abrigo y me fui.

Candace me esperaba en el coche. Conducía ella.

—¿Llegaré al vuelo de las nueve y media? — pregunté.

—Claro, Gunner.

Se metió por la línea del auto-tráfico, puso el conductor automático y marcó la dirección del «scat-puerto». Luego se echó para atrás y encendió dos cigarrillos. Tomé el mío y miré por la ventanilla de mal humor.

Debajo de nosotros, por la línea del tráfico lento, pasaba un desfile de antorchas, luces y cerveza gratis en los pasos de peatones. Abrí la guantera, saqué unos gemelos y miré a través de ellos.

—Oh, no hace falta que lo compruebes, Gunner. Me ocupé de todo. Están proyectando el programa. —Ya lo veo.

No sólo llevaban pancartas anunciando nuestro programa, que empezaba ya a oírse, sino que también había carrozas con pantallas de proyección y amplificadores. No se podía mirar el desfile sin ver a Knafti, enorme y repugnante en su caparazón dorado, agarrando a los niños y protegiéndolos de ese monstruo de otro planeta: yo. Los del estudio habían hecho un trabajo maravilloso en muy poco tiempo. Toda la escena estaba en la cámara tan real como yo la había vivido.

—¿Quieres oír?

Candace se inclinó y me pasó un auricular

hiperboloide de larga distancia, pero yo no lo necesitaba. Me acordaba de lo que las voces estarían diciendo: Connick me estaría acusando, Timmy Brown me estaría acusando, los niños me acusarían, todos. El coronel

Peyroles me acusaría, el comandante Whitling me acusaría, hasta Knafti me estaría acusando. Toda esa cantidad de odio apuntaba a un solo blanco: Yo.

—Seguramente Júnior te despedirá. Tendrá que hacerlo, Gunner.

Dije:

—Necesito unas vacaciones. No tiene importancia. Tarde o temprano, cuando todo esto se calme, Júnior encontrará la manera de volverme a admitir. Cuando los pleitos se hayan resuelto. Cuando la comisión de armisticio haya terminado su trabajo. Cuando pueda ponerme en nómina con discreción y darme un trabajo discreto en un puesto discreto de la firma, con un futuro discreto.

Nos habíamos deslizado hasta la cumbre de la rampa en espiral y bajamos a los aparcamientos del «scat-puerto».

—Adiós, querida —le dije—, y feliz Navidad a los dos. —¡Oh, Gunner! Desearía...

Pero yo sabía lo que realmente deseaba y no la dejé terminar.

Dije:

—Es un buen chico, Whitling, ¿sabes? Yo no lo soy.

No le di un beso de despedida.

El «scat-jet» estaba preparado. Metí mi billete en la máquina controladora, se encendió una luz verde al abrirse la puerta giratoria, entré en el avión y me instalé atrás, cerca de la ventanilla.

Se puede ganar cualquier causa si se paga el precio justo. Lo único que se necesita es una víctima humana.

Cuando el «scat-jet» empezó a rugir, trepidar y a dar vueltas sobre sí mismo había llegado a la conclusión de que esta causa estaba total y definitivamente pagada.

Ví a Candace de pie en la terraza, con la falda pegada por el viento. No me saludó, pero mientras pude verla permaneció de pie en la plataforma, sin moverse.

Luego, claro, se iría a su trabajo, y, más tarde, el día de Navidad, con ese simpático joven del hospital. Haber conservaría su puesto en esa rama de la oficina, que ya no sería importante. Connick ganaría la elección. Knafti despacharía su incomprensible negocio con la Tierra. Y si alguna vez alguno de ellos pensaba en mí, sería con odio, desprecio y aversión.

Pero ésta era la manera de ganar una elección. Hay que pagar el precio. Fue una jugarreta del

destino que el precio fuese yo.

El creador de fantasmas

Mr. Guinn era un hombre amable, pero astuto. Sin embargo, no me costó demasiado obtener de él lo que andaba buscando. Nunca me había considerado como un sagaz hombre de negocios, capaz de emplear trucos y obtener todo lo que desease, pero seguramente el injusto trato que me habían dado en el Museo había agudizado mi ingenio, capacitándome para ganar cualquier batalla. Mis credenciales del Museo —para él efectivamente válidas— me ayudaron mucho y supongo que lo que finalmente le decidió fue mi promesa de proporcionarle la lista de correspondencia del Museo a cambio de la suya. Naturalmente no tuve ningún inconveniente en hacerle esa promesa. Le hubiera prometido también darle Walter, la ballena disecada de noventa pies de largo, o los catorce meteoritos del hall de entrada, si me lo hubiera pedido. Después de todo, no me costaba nada.

Por fin tenía la lista de suscripciones de «Más Allá».

Revistas como «Más Allá» no tienen las enormes listas de suscriptores de los periódicos gigantes del mundo de la prensa; la lista que Guinn me dio era lo suficientemente pequeña para poder trabajar con ella.

Y cuando terminé de eliminar —taché todos los nombres de santos, las direcciones con Iglesia de Cristo o plaza de la Trinidad, etc..., todos los nombres como Gottesman, Dorothy y sus sagrados equivalentes etimológicos—, me quedé con una sola página. Guardé mi cepillo de dientes, el agua bendita y otras cosas de esas que me eran absolutamente necesarias y empecé el trabajo.

Los tres o cuatro primeros nombres de la lista no tenían ningún interés. Perdí toda una tarde en la parte baja del East Side y la mayor parte de un día en Bensonhunt, sin que apareciera nadie de más de catorce años. Estaba ya dudando de la validez de mi teoría cuando empecé a acercarme a la meta: el número cinco resultó ser una bruja de agua en Chelsea; el número ocho un viejo nigromante de barba roja que vivía en una monstruosa casa vieja a orillas del Jersey; el número diez, un profanador de cadáveres en sus ratos libres, que daba clases de bioquímica en la universidad de New England... Era el ídolo de las mujeres de limpieza porque nunca dejaba desperdicios de cadáveres en su laboratorio. Parecía, le decían bromeando, como si se comiese los cadáveres. Tan cuidadoso era.

Creo que para éstos ni siquiera necesité la cruz o el agua bendita; el susto de la confrontación y el darse cuenta de que habían sido descubiertos allí

donde ellos pensaban estar seguros, fueron suficientes. Cada uno me dio una cosa, como mandan sus leyes: la bruja, un amuleto, el profanador de cadáveres, una receta repugnante, el nigromante una curiosa variación de la bola de cristal, una esfera opaca que contestaba preguntas... opacamente. Ninguna de estas cosas tenía valor alguno, pero mi teoría se había confirmado y además había aprendido mucho al ver sus reacciones. Estaba seguro de que cuando apareciese el que yo andaba buscando, podría cogerle.

El viernes por la tarde me fui a doscientas millas de la ciudad, más allá de la línea de Pennsylvania, sintiéndome completamente seguro de que iba a tener éxito. El siguiente nombre de mi lista era el número trece. ¡Feliz pronóstico! Había estado esperando con ilusión este número y cuando vi la casa me sentí doblemente animado. Pagué al conductor y dando patadas a latas oxidadas y a trozos de ejemplares de «The Nation», llegué a la puerta principal cuando anocheceía.

Nadie contestó a mi llamada. Insistí, sin dar importancia al hecho de que la puerta estaba a punto de caerse a pedazos, y la aporreé con todas mis fuerzas. Ninguna respuesta. Esto no me decepcionó en absoluto; había descubierto anteriormente, en mi reciente ocupación, que es mejor saber todo lo

posible de estos personajes antes de encontrarse con ellos cara a cara.

Saqué la bola de mi bolsillo y le pregunté si la persona que vivía en la casa iba a volver antes de diez minutos. La respuesta de la bola fue: «Según mi información, no». Lo cual me satisfizo enormemente, pues era evidente que la profecía de la bola estaba impedida por poderosas fuerzas de oposición.

Para mayor seguridad, me di cinco minutos para inspeccionar la casa. Era de construcción antigua, tenía una estufa panzuda en cada habitación, la luz del atardecer se filtraba a través de las grietas de las paredes. La bodega estaba cubierta de hongos y parecía que el ocupante de la casa había estado sistemáticamente abriendo socavones en los cimientos. Las indicaciones eran de lo más prometedoras.

Creo, aún hoy, que es mejor si no revelo el nombre de este hombre. Estaba tan claro que él era el que yo buscaba que me puse a pasear nerviosamente por la habitación esperando su llegada. Me parecieron horas, pero todavía quedaba un rayo de sol en el cielo cuando le oí abrir la puerta.

Se quedó estupefacto al verme sentado en su sala, pero inmediatamente comprendió lo que quería. El maletín con su frasco de agua bendita y otros objetos útiles estaban a mi lado; pretendió ignorarlo, pero

observé que se paró en seco en la puerta.

—¡Caramba! —dijo amargamente—. ¡Hasta en mi casa!

Me reí entre dientes:

—Sí, hasta aquí— dije—. Podemos empezar a hablar de negocios, ¿o va usted a pretender que no sabe a qué he venido?

Sonrió débilmente. Era curioso observar sus dientes agudos en la cara redonda y suave.

—Tanto me da confesar de plano —dijo—. Me ha cogido usted. Sólo puede haber dos razones para que esté usted aquí con todas esas cosas en su maletín. Una de ellas está claramente descartada: si tuviera usted intención de reformarme, no estaría perdiendo el tiempo en charlas. Por tanto, usted quiere algo. Muy bien. Sin embargo, me gustaría hacerle una pregunta. ¿Cómo me ha localizado usted?

Me permití el lujo de no darme importancia.

—Muy sencillo —le dije—, por una deducción elemental. Los granjeros leen «Country Gentlemen», los banqueros el «Wall Street Journal». No hay muchas revistas que traten de magias y brujerías. Hubiera sido difícil creer que los magos y los hijos del demonio no estuvieran suscritos a «Más Allá». Todo lo que tuve que hacer es eliminar a los lectores casuales. Me quedé con usted y sus amigos.

—No me llame hijo del demonio —dijo

ásperamente—. Tiene usted suerte de que no lo sea. Si se cruza con uno, joven, le comerá. Le rociará con su romero y ajo sacado de su maletín y le lavará con el jugo del agua bendita. Lo único que yo hago es sencillamente magia.

¿Sí? Posiblemente decía la verdad, pero no podía estar seguro. Me invadió un pensamiento inquietante: quizá estaba al borde de un peligro, pero después de todo no había nada que temer. El mismo había asegurado que no era peligroso. Me encogí de hombros.

—No importa —le dije—, le tengo cogido. No voy a amenazarle, pero por las leyes y los poderes tengo derecho a pedirle una cosa.

Me sorprendió que se riera un poco y los músculos de su cuero cabelludo se contrajeron sacudiendo su pelo negro y lanudo de una forma alarmante.

—Claro que tiene usted derecho. Puede obtener uno de mis hechizos. Bien, ¿por qué no? ¿Cuál le gusta más? ¿Echar las cartas? ¿Brebajes amorosos? ¿El regalo de las lenguas? ¿El poder de transformarse en un animal? Sólo puede obtener uno. Nómbrelo. ¿Cuál quiere?

Dije claramente:

—Venganza.

Me miró alarmado.

—¿Venganza sería? Usted quiere decir matar. No, no puedo hacerlo. Me traería problemas.

Hice ademán de coger el maletín, pero aunque tragaba saliva y tenía la frente perlada de sudor, movió la cabeza:

—No hay nada que hacer— dijo—. No me importa lo que usted tenga en ese maletín, no puede usted obligarme por ningún medio a usar mis poderes para hacer daño a nadie. No.

—¡Pero me han humillado! —grité—. Soy un científico, uno de los mejores antropólogos de la época, un miembro del Museo, el autor de tres libros de texto fundamentales. Y, porque tuve la agudeza de ver las cosas claras, porque dije públicamente que la magia no es superstición ni tonterías, me han privado de todo lo que me había ganado en treinta años. Tengo que vengarme.

Chasqueó los dedos: —¡Claro!— dijo, reconociendo—. Ya sé quién es usted. Se llama Erlicle o algo así, ¿verdad? Leí el caso en los periódicos. Bien, no puedo decir que siento que haya tenido disgustos. Tengo bastantes quebraderos de cabeza ya, y no necesito en absoluto que la gente empiece a sospechar que realmente existimos.

Le miré sorprendido. La sensibilidad de los profanos hacia la acumulación de pruebas y su propagación me ha horrorizado siempre..., aunque

supongo que en este tema en particular él era un iniciado. Pero esto era significativo. Le dije:

—Lo que usted quiera me trae sin cuidado. Quiero vengarme. Le conjuro a que me provea de medios para ello.

Movió la cabeza.

Le dije enfadado: —¿Está usted tratando de decirme que no conoce ningún hechizo dañino?

—Claro que conozco, algunos muy peligrosos; pero no puedo utilizarlos. Eso es magia negra. Tampoco puedo enseñárselos. Por la ley de la equivalencia. Si se los enseño a usted sería lo mismo que si los hiciera yo mismo.

Pensé rápidamente, preguntándome si me estaría mintiendo. Me costaba trabajo admitir que después de haber llegado tan lejos, éste fuera el final de mis planes.

Dije:

—Puedo seguir hasta encontrar a un hijo del demonio.

Se rió.

—Bien —dije, desesperado—. ¿Qué puedo hacer si no? No soy el tipo de hombre que se toma estas cosas con calma. He sufrido. Branden debe sufrir también. Se han reído de mí; me han despojado de mi puesto en el Museo; he visto el trabajo de toda mi vida tirado por la borda. Brandon lo hizo. No puedo

dejar que disfrute de la vida.

—¡Oh! —dijo tranquilamente—. No tiene por qué dejarle que disfrute de la vida. Nada mortal, desde luego. Pero ¿qué me dice usted de las urticarias, por ejemplo? Tres frases y una pasada de mano y se producen urticarias. O hacer que se levante una plaga de insectos por dondequiera que vaya. O puede asustarle mortalmente, si quiere. Tengo un hechizo muy bueno para evocar fantasmas. Una palabra y un amuleto. Hasta tengo el amuleto aquí mismo. O puede hacer que se enamore de la primera persona que pase. escoja.

No era eso lo que yo había planeado, desde luego. De todas formas...

—Dígame más —le pedí.

Asintió con la cabeza y enlazó las manos.

—Me alegro que sea razonable —dijo—. ¿Qué tal si se separa de todas esas cosas?

Saqué el maletín fuera del cuarto. Cuando volví me di cuenta de que se había recostado despreocupadamente en el sofá y estaba descorchando una botella de vino de California.

—La magia es un trabajo que produce sed —me explicó—. Creo que nos vendría bien tomar un vasito.

Desde mi punto de vista esto era un buen programa. Y además, yo podía mejorarlo. Le mandé a

buscar un cubo de agua de manantial y le mostré el truco que me había enseñado la bruja para transformar el agua en licor. Desde ese momento las cosas marcharon bien aunque aún tengo escrúpulos de conciencia al pensar en los pequeños fantasmas azules de insectos muertos hace mucho tiempo y de ratones, que conjuramos para practicar y que luego soltamos en el campo. Pero me aseguró que no harían daño alguno.

Tuvo que volver al manantial a buscar otro cubo antes de terminar; después de todo el agua es barata.

Quizá se emborrachó más de lo que había planeado, porque se le escapó una información que creo que tenía la intención de mantener secreta: el hechizo de evocar fantasmas era infalible. Con él se podía tocar un hueso polvoriento y crear al instante el espectro del ser al cual había pertenecido. También se podía tocar una criatura viva y evocar su fantasma. Pero una vez evocado el fantasma, esa criatura moría automáticamente. Desde luego el asesinato no era exactamente lo que yo planeaba para Brandon. La ofensa había sido muy grande, pero en mi largo viaje de vuelta a la ciudad tuve tiempo de meditar en el miedo que mi amigo tenía a las consecuencias de la magia negra y decidí que no necesitaba llegar tan lejos. Brandon era un timador pomposo, pero yo podía conseguir por medio de la persecución que su

propia vida fuera su castigo. No necesitaba arriesgarme a sufrir consecuencias desconocidas.

Además, ahora que tenía en mi mano medios de venganza, empecé a experimentar un vago cariño por Branden. Me sentía muy alegre y tranquilizado; lo que iba a hacer era más una broma práctica que un despiadado castigo.

Llegué a la ciudad el domingo por la noche, pero no fui al Museo hasta el lunes por la tarde. Conocía muy bien las costumbres de Branden y sabía que el primer día de la semana permanecería sin duda en su despacho después de la hora de cierre.

Entré por la entrada subterránea donde había más gente. El guarda no me vio y así evité el tener que contarle una mentira. Me dirigí directamente a la sala de los mamíferos africanos y esperé en la sombra hasta que el guardián del piso se hubo alejado. Había una sala de exposiciones que yo siempre había conocido como «temporalmente cerrada» y todavía conservaba la llave que abría la puerta.

A las cinco y media el Museo estaba desierto. Sólo quedábamos el guardián, algún que otro miembro cansado como Branden, bostezando sobre su periódico y yo. Cuando abrí la puerta de mi escondite, estaba todo oscuro. Sólo se veían las luces de las escaleras.

El despacho de Branden está en el ala de

Paleontología, en el tercer piso. Me deslicé fuera de la sala de exposiciones hacia la escalera, pero antes de llegar se me ocurrió una idea que me apresuré a poner en práctica.

Quien haya estado en el Museo se acordará de Leo. No es el león africano más grande que se conozca, pero mide nueve pies desde la nariz a la enorme cola y nadie pasa cerca de su pedestal en la sala de los mamíferos africanos sin sentir un estremecimiento en la espina dorsal.

Tan silenciosamente como pude arrastré la silla del guardián de noche hacia el pedestal de Leo. Me subí a ella y me dispuse a utilizar el hechizo. Mi amigo me había dado el amuleto necesario: una araña de mimbre trenzado del tamaño de una manzana. Toqué el flanco relleno de Leo y pronuncié la palabra que había aprendido.

Se produjo una llamita y repentinamente, como una crisálida que abandona su capullo, la forma azul pálida de un león salió y se deslizó sin ruido por el suelo. El fantasma de Leo se inmovilizó durante un largo segundo, olfateando con sus enormes fosas nasales. Dios sabe qué impalpable esencia. Sus fauces se abrieron y con un sentido que no tenía nada que ver con mi oído, oí o creí oír su majestuoso rugido.

Debo confesar que durante un momento se me

cortó la respiración. Mi amigo me había asegurado que los espectros no podían tocar o hacer daño a nadie..., pero cuando el fantasma del león me vio y se dirigió a mí con las garras dispuestas y las fauces llenas de espuma incorpórea, me costó un enorme esfuerzo no echarme a correr. Leo me atravesó sin causarme más efecto que un estremecimiento probablemente imaginario. Dio una vuelta, intentó arañarme con una de sus garras insustanciales, emitió otro de sus rugidos sin sonido, luego parpadeó y agachó las orejas como un gato doméstico a quien han pillado escondido debajo de una cama.

Respiré y me dirigí a la escalera ignorándole. El grupo de elefantes Akely me tentó por un momento, pero pasé de largo.

Pero la tercera tentación fue más fuerte. Al terminar la escalera entré en las salas que yo había ayudado a preparar: recias cajas de cristal con tablas y piedras que evocaban los tiempos que el mundo había olvidado. Dirigí un saludo al fragmento de Jonás, porque fue su clara historia de brujerías Nilóticas, que yo había traducido y de la que Brandon se había burlado, lo que produjo el choque. Era una pena, me dije, que la piedra no hubiera nunca tenido vida para poder evocar una refutación indiscutible a todo lo que había dicho.

Me di cuenta de que aunque la piedra no ofrecía

esperanzas, la sala estaba llena de objetos que sí la ofrecían. Detrás de la caja de la piedra, por ejemplo, se encontraba el sarcófago del Niño Faraón, destapado, con la momia delgada y rígida en el interior. Se le distinguía perfectamente en la penumbra, aunque el cristal de la caja estaba cerrado.

Yo tenía aún en mi llavero los medios para abrirlos.

Merecía la pena detenerse un momento, pensé. Miré alrededor cuidadosamente, pero aunque vi algo que se movió cerca de mí, resultó que no era más que el fantasma del león que huía rápidamente arrastrando su cola. Casi me reí fuerte al pensar en lo que dirían los periódicos y las explicaciones que las «autoridades» tendrían que dar a la Prensa.

Pero por el momento tenía otras cosas en que pensar. Saqué la momia, la despoje de un hombro postizo, del color de tiza y de los tejidos de lona, le toqué con el mimbre entrelazado y susurré la palabra.

Se oyó un débil y suave crujido y sentí que no me encontraba solo. La figura azulada del niño tardó unos segundos en aparecer..., pero allí estaba, con ojos de gato, nariz aguileña. Los ojos estaban abiertos y me miraban. Había un vacío en ellos, una vacuidad donde debiera haber habido expresión. Lo encontré espeluznante; no creo que ese vacío se debiera a que el fantasma fuera un fantasma, sino a la

cantidad de siglos que habían pasado desde el momento en que su carne se fue Dios sabe dónde, hasta el instante en que yo lo evoqué con el hechizo.

El niño abrió sus labios delgados y habló imperiosamente; en mi mente oí sus palabras, que, desde luego, no significaron nada para mí. Conozco bastante bien el egipcio moderno pero no reconocí ni un solo sonido en todo lo que dijo el Faraón; y claro es que no había fonemas en el alfabeto antiguo que yo había aprendido a traducir.

Me volvió a decir algo, luego gruñó, me escupió, dio media vuelta y se fue. Le dejé irse. Cuando este niño gobernaba Egipto tenía once años. La suerte mayor que los egipcios tuvieron nunca fue que no llegara a los doce.

Contemplé cómo la figurilla rígida se alejaba imperiosamente. Luego abrí la puerta del despacho de Branden.

Me miró de la misma manera que Joan habría mirado a la Dama Blanca.

—¡Ehrlich! —balbució.

Encima de su mesa estaba un anillo de conjura de la Costa Dorada. Lo quité de allí, aparté las hierbas y las rocas y cogí unos huesos usados para profecías.

—La magia —dije a Branden haciendo eco de sus propias palabras— es un noventa por ciento de mentiras y un diez por ciento de ciencia mal

entendida. No hay ninguna verdad en las supersticiones. No existen fantasmas. Sin embargo, mira.

Debo decir a su favor que no estaba asustado. Ahora, recordando la escena creo que debí parecer una figurilla peligrosa que se presentó a él amenazadoramente a una hora sospechosa; pero se limitó a quedarse sentado observando con la calma de un estudiante de primer año que contempla una demostración de la precisión del péndulo. Toqué los huesos rescos con el amuleto y murmuré, casi susurré, la palabra mágica.

Hubo un movimiento fuerte y ante nosotros, en el cuarto, se presentó la figurilla seca de un negro de aspecto irritable que me llegaba por debajo del hombro. Era el espectro más feo que he visto. Me volví hacia Brandon.

—¿Qué tienes que decir a esto? —pregunté seriamente.

A Branden le temblaban las manos, pero frunció los labios y entrelazó los dedos antes de empezar a hablar:

—Estas no son condiciones controladas— dijo —; pero, de todos modos..., sí, Ehrlich, confieso que me he apresurado. Te debo una explicación y te la daré. Me gustaría oír cualquier cosa que quieras decirme.

Se sirvió un vaso de agua de la jarra que estaba en su mesa y lo único que delató su temor fue que el vaso se desbordó y el agua corrió por la mesa y le mojó los pantalones antes de que fuera capaz de apartar la mirada del espectro del furioso bantú.

—Lo siento —dijo distraídamente—. ¿Qué vas a hacer con él?

—Olvídalo —dije—, ahora se va. Escucha. ¿Le oyes hablar?

En mi mente resonaba una especie de charla, un canto de furia que seguía el ritmo de gesticulaciones del pequeño espectro. Saltaba en torno nuestro, danzando con los brazos extendidos.

—Interesante espectáculo —comenté—. Supongo que está tratando de exorcizarnos, lo cual es muy curioso si se tienen en cuenta las circunstancias.

—¿No puedes librarte de él? Este ruido me está volviendo loco —se quejó Branden—. ¿No? Entonces salgamos fuera y dejémosle aquí. Quiero enterarme de todo esto.

Me encogí de hombros y le seguí fuera. El pequeño bantú nos gritó sin sonidos, pero no nos siguió. Recorrimos algunos metros por el pasillo hasta llegar a la puerta de la sala de los reptiles antes de que nuestros oídos interiores dejaran de escuchar los gritos guturales. Por entonces Branden había recobrado completamente la calma y yo estaba

empezando a perder la mía. El sabor de la venganza no era tan dulce en la realidad como había sido en la imaginación. Contesté a sus preguntas con poco entusiasmo, le conté lo que había hecho después de que él, con su obstinación, me obligara a tirarle a la cara mi dimisión escrita. Le hablé de mi certeza de que existían brujos por todo el mundo, y de cómo había deducido que leerían revistas de brujerías y de ciencias ocultas, y finalmente cómo había encontrado después de mil trabajos a un adepto, cuyos hechizos no podían ser divulgados.

—He vuelto —terminé de mal humor— para hacerte tragar tus palabras, Branden. Pero ahora ya no sé cómo seguir. Supongo que escribiré un artículo para el «Journal».

—Y este hechizo —insistió Brandon—, ¿actúa en todo? ¿En cualquier cadáver o fragmento de esqueleto o en cualquier cosa que tuvo alguna vez vida? ¿No falla nunca?

—Nunca. Ven, te lo voy a demostrar.

Le hice seguirme a la sala de los reptiles, a nuestro alrededor estaban los recuerdos de la época sauriana, antes de la aparición del hombre. Huesos de lagartos gigantes, espesas mandíbulas de criaturas que poblaban los antiguos océanos de agua fría, los monstruosos carniceros que cazaban en los pantanos cubiertos de helechos hace cien millones de años.

—Vamos a ver —dije pensativo—, intentemos con algo pequeño. —Este, por ejemplo.

Cuidadosamente levanté la tapa de un pequeño esqueleto de lagarto del tamaño de un conejo y lo toqué con el amuleto. Susurré la palabra mágica de manera que Brandon no pudiese oírme; bajo mis manos apareció una nube azulada que tomó la forma de un desmañado cachorro de reptil. Destellos de miedo brillaban en sus ojos de ágata. Esta cosilla sin mente se estremeció y retrocedió al vernos, luego se escurrió entre las sombras.

Brandon estaba asustado de nuevo: —¡Buen Dios!— dijo—. ¿Ehrlich, te das cuenta de lo que tienes ahí? ¡Qué arma para los paleontólogos! Han estado adivinando, deduciendo e imaginando cuál sería la forma de estos bichos... y probablemente se habrán equivocado. ¡Ahora puedes mostrársela!

Tenía razón, desde luego. Ya no había necesidad de adivinar cómo habría sido la envoltura desaparecida de los esqueletos que tanto trabajo les había costado desenterrar. Ahora, con un toque y una palabra podían tenerlos delante de los ojos. Pero...

—Claro —dije fríamente—, quizá lo haga, desde luego. Pero realmente, Brandon, ¿crees que me quedan ganas de ayudar a los paleontólogos en sus problemas?

Balbuceó: —¡Ehrlich! ¿Qué dices? ¡Acuérdate de

la búsqueda de la verdad científica!

Me reí en su cara, aunque debo confesar que aún no estaba saboreando mi triunfo. Sonreí sarcásticamente.

—La búsqueda de la verdad científica te tomó un día, la primera vez que vine a discutir este proyecto contigo. No estoy tan seguro de que me apetezca cooperar ahora que estoy en posición de dictar condiciones.

—Quieres volver a tu puesto. Volverás.

—No, Branden —le contesté—, el soborno no te servirá de nada. Este trabajo no significa nada para mí. ¿Sabes? Después de todo estoy seguro de poder ganarme la vida de otro modo si me lo propongo. Quizá en la televisión o en un teatro de variedades, si es que aún existen los teatros de variedades... ¡El profesor Ehrlich y sus encantadores fantasmas! ¡Cleopatra, Helena y Astarté resucitadas ante sus ojos! Puedo hacer algo así. Si me dan un pequeño fragmento de cuerpo puedo evocar su fantasma tan fácilmente como evoco el de éste.

Creo que en este momento no estaba en mi sano juicio, estaba en un estado muy cercano a la histeria, me parece. Apoyé el amuleto en la caja torácica del mejor brontosauro del Museo y contemplé cómo el espíritu azulado de la bestia se arrastraba perezosamente hacia el pasillo.

Brandon me dijo agudamente:

—Ehrlich, ¡piénsalo bien!

Pero era mi momento y me reí de él.

Brandon y yo oímos los pasos del guardián de noche al mismo tiempo; Brandon le llamó y por un segundo me asusté instintivamente. Pero casi en seguida me di cuenta de que no tenía nada que temer. Quizá era culpable de algún acto ilegal menor, vagabundo o infracción, o una de esas acusaciones que sirven para todos y que tiene la jurisprudencia policial: conducta revoltosa; pero nada más. Y una reprimenda de un magistrado era un precio poco elevado.

Me alejé despreocupadamente de Branden y del guardián que corrió chillando. El estegosauro estaba delante de mí. Le toqué un hueso pequeño y llamé a Brandon por encima del hombro.

—Cuéntaselo a los paleontólogos, Brandon. ¿Quieres ver más?

El monstruoso fantasma apareció retorciéndose y contorsionándose; esta bestia debía haber tenido una muerte difícil porque estaba chorreando una sangre espectral de una profunda herida en su flanco. Se escapaba torpemente de algún atacante pesado, se abalanzó a través de la pared y desapareció.

Estaba temblando, pero delante de mí tenía la enorme masa del tiranosauro, el rey de los lagartos,

el gigantesco carnicero de poderosa mandíbula, de la primera época, que era el producto más muerto de la evolución; fue una tentación que no pude resistir. Apoyé el amuleto en un segmento de la cola de la bestia, medio vuelto hacia Brandon y hacia el guardián mientras pronunciaba la palabra mágica. Empecé a gritarles una expresión de mofa. Pero las palabras murieron en mis labios porque de repente me di cuenta de que algo marchaba muy mal.

Miré otra vez al tiranosauro. No había ninguna luz azulada ni ningún movimiento en los viejos huesos. Me quedé estupefacto durante una fracción de segundo, y luego oí un golpe a mis pies. Miré y me quedé helado.

Allí, en el suelo, a mis pies, visible a través de la parte baja de mis azuladas y transparentes piernas, estaba mi propio cuerpo sin vida.

No deduje inmediatamente lo que me había pasado y tardé mucho en calmarme lo bastante para darme cuenta de cuál era mi situación actual, pero debí haberlo hecho inmediatamente pues era obvio. Todo el mundo sabe que ningún esqueleto muy antiguo está completo. Los pequeños huesos periféricos casi siempre se han perdido, disuelto o han sido devorados por el tiempo cuando los excavadores encuentran la parte principal. Los museos entonces contratan escultores para fabricar

las piezas que faltan con escayola, escayola vulgar cuyo sílice químico no ha tenido nunca vida y por tanto es incapaz de evocar un fantasma... Pero tal como me había asegurado mi amigo, con ese brillo malicioso en los ojos que ahora puedo comprender, el mimbre entrelazado no fallaba nunca y ya que no podía conjurar ningún fantasma en el trozo de escayola moldeada, hizo lo único que podía hacer y conjuró mi propio fantasma.

Después de todo no tengo más remedio que admitir que mi nuevo modo de vida (quizá debiera decir de muerte) tiene sus compensaciones. No necesito comer o dormir y tengo al pequeño antiguo bantú, N'Ginga, para hacerme compañía durante las largas horas nocturnas en que Brandon no está. No desea que nuestra existencia se haga pública todavía, aunque la mayoría de los altos jefes del museo ya la conocen. Me prometió buscar a mi amigo del norte del Estado de Nueva York para ver si puede deshacer la parte del hechizo que nos obliga a permanecer en el lugar en el cual hemos sido conjurados. Espero esto con impaciencia: una vez librados de esta imposición, N'Ginga y yo podremos conocer a otros de nuestra especie.

Mientras tanto, tengo mucho trabajo. Cuento a Branden y a sus ayudantes todo lo que puedo recordar de la magia que aprendí. Tanto N'Ginga

como yo estamos deseando complacer a Brandon, para eso N'Ginga está aprendiendo inglés. Esto es en parte porque queremos ayudar a la causa científica y en parte también porque estamos deseando que nos liberen; ya que esto es un poco triste y solitario. No lo era tanto cuando éramos tres, aunque el Niño Faraón era un acompañante poco ameno. Pero cuando dejó de estar con nosotros (no encuentro las palabras exactas para describir el proceso) fue cuando por primera vez nos dimos cuenta de que también los fantasmas somos en cierta parte vulnerables.

Fue completamente culpa mía y de mi inconsciencia; me gustaría no haber sido tan pródigo al conjurar los fantasmas de leones y sauros. Lo he deseado cada vez más desde el día en que N'Ginga vino corriendo hacia mí con el rostro casi pálido, para enseñarme lo que los dientes de un sauro habían hecho con el espectro del Niño.

Demos una oportunidad a las hormigas

Gordy sobrevivió a la guerra de Tres Horas, aunque Detroit quedó destruido. Iba de viaje hacia Washington con las heliografías y los planos dentro de la maleta, cuando estallaron las bombas.

Había dejado a su mujer en la ciudad y no se volvió a encontrar rastro de ella. Los niños, sin embargo, no tuvieron tanta suerte. Su campamento de verano se encontraba a menos de veinte millas y desgraciadamente en la dirección del viento dominante. Pero no sufrieron hasta los últimos días del mes que tuvieron de vida. Gordy se las arregló para volver a través de los complicados y frenéticos controles de aviación y encontrarlos. Aunque sabía que seguramente iban a morir a causa de las radiaciones y que ellos lo sospechaban, tuvieron una inolvidable semana de amistad y compañerismo antes de que los dolores se volvieran demasiado agudos.

Esta fue la única amistad que Gordy conoció durante todo el año de 1960.

Volvió a Detroit tan pronto como desapareció la radiactividad; no tenía ningún otro sitio adonde ir. Encontró una casa a las afueras de la ciudad e intentó localizar al dueño para comprarla. Pero la

administración de Emergencia se rió de él:

—Instálese si está usted tan loco como para quedarse aquí.

Cuando Gordy reflexionó sobre todo el asunto, se dio cuenta de que estaba en un estado de postración. Su cerebro tan inteligente y entrenado casi había dejado de funcionar. Comía, dormía y cuando hacía frío y tiritaba, encendía fuego. Y eso era todo. El Departamento de Guerra mandó dos o tres cartas; finalmente, un funcionario del Gobierno vino a preguntarle qué pasaba con las cosas que Gordy había prometido llevar a Washington. Pero miró de una manera extraña al ratón rosa y pelado que comía tranquilamente en la cocina sucia y se mantuvo a una prudente distancia de la cara barbuda y de las ropas destrozadas de Gordy.

Le dijo:

—El secretario me envía aquí, señor Gordy. Toma un interés especial en su descubrimiento.

Gordy movió la cabeza.

—El secretario ha muerto —dijo—. Todos murieron cuando le llegó el turno a Washington.

—Pero ahora hay un nuevo secretario —le explicó el funcionario. Dio una chupada a su cigarrillo y lo apagó en el trozo de terreno que Gordy estaba transformando en una huerta. Arnold Cavanagh. Sabe mucho de usted y me ha dicho: «Si

Gordy tiene un arma, nosotros debemos conseguirla. Debemos recuperar nuestras fuerzas. Diga a Gordy que necesitamos su ayuda».

Gordy cruzó las manos como un buda flaco.

—No tengo arma alguna —dijo.

—Pero tiene algo que puede ser usado como arma. Usted escribió a Washington antes de la guerra, y dijo...

—La guerra ha terminado —dijo Gordy.

El funcionario del Gobierno suspiró y volvió a intentar, pero por fin se marchó. Nunca más volvió. Ese hombre —pensó Gordy— describiría seguramente el asunto en su informe como una idea de loco. De todos modos eso es lo que era.

Fue en mayo cuando hizo su aparición John de Terry. Gordy trabajaba en su jardín.

—¡Dame algo de comer! —dijo una voz detrás de Gordy.

Salva Gordy se volvió y vio que el que hablaba era un hombrecillo sucio. Se limpió la boca con el dorso de la mano y dijo:

—Tendrá que trabajar para ganarlo.

—Muy bien —el recién llegado soltó su paquete—. Me llamo John de Terry, vivía aquí, en Detroit.

—Yo también —dijo Salva Gordy.

Dio de comer al hombre y aceptó un cigarrillo después de la comida. Hacía tanto tiempo que no

había fumado, que las primeras chupadas le marearon un poco. Contempló a John de Terry a través del humo con bastante simpatía.

Tener compañía resultaría agradable —pensó—. El ratón rosa le había hecho compañía en cierto modo, pero resultó que el efecto producido por las radiaciones que le había hecho perder el pelo también le había convertido en carnívoro. Y cuando una mañana se dio cuenta de que tenía una pierna llena de pequeñas marcas de dientes, tuvo que deshacerse de él. No había tenido ningún otro animal desde entonces, excepto las hormigas.

—¿Va usted a quedarse? —preguntó Gordy.

De Terry dijo:

—Sí puedo, sí. ¿Cómo se llama usted?

Cuando Gordy se lo dijo, algo de su expresión animal desapareció por un momento de sus ojos y apareció una duda.

—¿El doctor Salva Gordy? —preguntó—. ¿Daba usted clases de matemáticas y física en Pasadena?

—Sí, di clases allí.

—Y yo estudié allí. —John de Terry pasó distraídamente la mano por sus estropeadas ropas—. Hace mucho tiempo. Usted no me conocía; yo me licencié en biología. Pero yo le conocía a usted.

Gordy se puso en pie y apagó cuidadosamente la colilla de su cigarrillo.

—Hace demasiado tiempo de todo eso —dijo—. Ya casi no me acuerdo. ¿Qué le parece si trabajamos en el jardín?

Juntos sudaron bajo la luz primaveral de aquella tarde, y Gordy descubrió que lo que había sido un trabajo muy duro para una sola persona, se hacía rápidamente entre dos. Llegaron hasta el borde de la parcela antes de que el sol alcanzara el horizonte. John de Terry se paró y se apoyó en la pala, jadeando.

Señaló la maleza que crecía al lado del terreno de Gordy.

—Podemos hacer este jardín mayor —dijo—. Arrancar esas hierbas y plantar más comida. Hasta podemos...

Se interrumpió porque Gordy estaba moviendo la cabeza.

—No podemos arrancarlas —dijo Gordy—; son muy espesas, una especie de hierbas salvajes pero con una raíz particularmente dura. No puedo ni siquiera cortarlas. Están por todos los alrededores, y cada vez se extienden más.

De Terry hizo una mueca.

—¿Más mutaciones?

—Creo que sí. Y mire...

,Gordy hizo señas al otro hombre y le condujo al borde del área cultivada. Se agachó y cogió algo rojo

y contorsionado entre el pulgar y su índice.

De Terry lo tomó en su mano.

—¿Otra mutación? —Acercó el bicho a sus ojos—. Es casi como una hormiga —dijo— excepto el tórax, que es completamente diferente. Y tiene el cuerpo blando.

Se quedó silencioso examinando el bicho. Murmuró algo en voz baja y arrojó el insecto lejos de sí.

—No tendrá usted un microscopio, ¿verdad? No... y, sin embargo, esto es difícil de creer. Es una hormiga, pero no parece que tenga tráqueas. Es algo diferente.

—Todo es diferente —dijo Gordy. Señaló un par de parcelas abandonadas—. Planté zanahorias allí. Por lo menos pensé que eran zanahorias, pero cuando intenté comerlas me puse enfermo —suspiró profundamente—. La humanidad tuvo su oportunidad, John —dijo—. No se conformó con la bomba atómica, quisimos transformar todo en armas. Hasta yo hice un arma de algo que no tenía nada que ver con la guerra. Y nuestras propias armas nos han destruido.

De Terry sonrió amargamente.

—Quizá las hormigas lo hagan todo mejor. Es su turno.

—Ojalá lo fuera.

Gordy arrojó un puñado de tierra a la hirviente entrada de un hormiguero y observó el desconcierto de los insectos.

—Me temo que sean demasiado pequeñas.

—Bueno, no. Estas hormigas son diferentes, doctor Gordy. Los insectos han sido siempre pequeños porque su sistema respiratorio era muy pobre. Pero éstos han sufrido una metamorfosis. Creo..., creo que actualmente poseen pulmones. Pueden crecer, doctor Gordy. Si las hormigas tuvieran el tamaño de los hombres..., entonces gobernarían el mundo.

—¡Hormigas con pulmones! —Los ojos de Gordy brillaron—. Quizá gobernarían el mundo, John. Quizá cuando la raza humana se destruya de una vez para siempre...

De Terry movió la cabeza y volvió a mirarse la ropa desgarrada y sucia.

—La próxima explosión será la última —dijo—. Las hormigas llegan muy tarde. Llevan un retraso de millones de años.

Agarró su pala.

—Tengo hambre de nuevo, doctor Gordy —dijo.

Volvieron a la casa y comieron sin hablar. Gordy estaba preocupado y De Terry llevaba demasiado poco tiempo como para forzar la conversación.

Anocheceía cuando terminaron de comer y Gordy

se levantó trabajosamente para ir a encender una vela. Luego se detuvo.

—Esta es su primera noche, John —dijo—. Venga conmigo al sótano. Haremos funcionar el generador y esta noche habrá luz eléctrica en honor suyo.

De Terry le siguió por las escaleras, tanteando en la oscuridad. A la luz de una vela trataron de poner en marcha un generador; estaba duro porque no había sido usado desde hacía mucho tiempo. Pero una vez que consiguieron hacerlo funcionar no tuvieron ningún problema.

—Es una de las pocas cosas que recuperé —explicó Gordy—. El generador... y eso.

Señaló con el dedo un rincón del sótano.

—Le dije que había inventado un arma —añadió—. Es esto.

De Terry miró. Parecía más una jaula que otra cosa, pensó. Tenía la altura de un hombre y era casi cúbica.

—¿Para qué sirve? —preguntó.

Por primera vez en muchos meses Gordy sonrió.

—No puedo explicárselo en inglés —dijo—, y dudo que usted hable el lenguaje de las matemáticas. Lo más aproximado que le puedo decir es que desplaza las coordenadas temporales. ¿Tiene esto algún sentido para usted?

—No —dijo De Terry—. ¿Qué es lo que hace?

—Bien, el Departamento de Guerra le daba un nombre, un nombre que había tomado de H. G. Wells. Lo llamaba la Máquina del Tiempo.

Afrontó tranquilamente la mirada estupefacta y asustada de De Terry.

—¿Ve usted, John? Podemos dar una oportunidad a las hormigas si queremos.

Catorce horas más tarde entraron en la jaula. Las baterías estaban cargadas y el extraño motor trepidaba...

Y después de retroceder catorce millones de años se bajaron en un terreno húmedo y gelatinoso.

Gordy se dio cuenta de que estaba temblando y tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse.

—No hay dinosaurios ni tigres de dientes afilados a la vista —informó.

—No, aún les falta mucho tiempo para aparecer —agregó De Terry.

Luego exclamó: —¡Dios mío!

Miró a su alrededor con la boca abierta. No corría el más mínimo aire y la atmósfera era templada y húmeda. Alrededor de ellos estaban apiñados grandes árboles... O algo que podía ser comparado con árboles. De Terry decidió que eran más bien una especie de helechos de tronco blando o de hongos gigantes.

El cielo estaba completamente cubierto de nubes.

Gordy se estremeció.

—Deme las hormigas —ordenó.

Silenciosamente, De Terry se las alargó. Gordy hizo un agujero con los dedos en la tierra blanda, abrió el frasco cuidadosamente y sacó una de las hormigas-reinas que había desterrado de su jardín. De su cola colgaba una delgada masa de huevos.

Unos metros más lejos hubiera sido mejor, pensó. Pero le asustaba separarse de De Terry y de la máquina. Hizo otro agujero y repitió el proceso.

Había ocho hormigas reinas. Cuando enterró la octava tiró el frasco y volvió con De Terry.

—Ya está —dijo.

De Terry suspiró. Su cara solemne se abrió en una avergonzada sonrisa.

—Creo..., creo que me siento como si fuera Dios —dijo—. ¡Señor! Doctor Gordy, esto es más importante que todos los acontecimientos de la historia juntos. He estado pensando en ello y creo que lo único que se le puede comparar es el Diluvio. Ni siquiera. ¡Hemos creado una raza!

—Si sobreviven, sí.

Gordy limpió una gota de humedad condensada a un lado de su máquina del tiempo y resopló.

—Me pregunto qué tal se llevarán con el género humano —dijo.

Se quedaron silenciosos durante un momento pensando. Desde el interior de la jungla de helechos les llegó el grito ronco de un animal. Los dos se miraron asustados, pero pasó el tiempo y el animal no apareció.

Finalmente, De Terry dijo:

—Será mejor que volvamos.

—Muy bien.

Subieron con rigidez a la pequeña cabina interior de la máquina del tiempo.

Gordy se quedó con la mano en el volante de control, pensando en las hormigas. Suponiendo que sobreviviesen, suponiendo que dentro de cuarenta millones de años crecieran y desarrollaran un cerebro, ¿qué pasaría? ¿Serían los hombres capaces de vivir en paz con ellas? O, por lo menos, ¿sería posible que los hombres se sintiesen hermanos, unidos contra una raza extraña?

Ojalá este hecho pudiera evitar la guerra humana y —sus pensamientos dieron un salto loco— ojalá hubiera podido evitar la guerra que destruyó a la familia Gordy.

A su lado De Terry se agitaba desasosegado. Gordy dio un salto y giró el volante. Pasaron al negro torbellino de las matemáticas, que podía haber sido una cuarta dimensión.

Pararon la máquina en medio de una ciudad, pero

la ciudad no era Detroit. No tenía ninguna característica humana.

La máquina se quedó quieta en una calle estrecha, casi bloqueándola. Alrededor de ellos se alzaban estructuras cónicas de metal. Algunos vehículos circulaban por la calle. Uno de ellos se acercó y se paró delante de ellos.

—Doctor Gordy —susurró De Terry—. ¿Las ve usted?

Salva Gordy tragó saliva.

—Las veo.

Se bajó de la máquina del tiempo y se quedó de pie esperando para saludar a la raza que él había creado.

Porque los que estaban dentro del vehículo de tres ruedas eran los descendientes de las hormigas. Las veía claramente a través del parabrisas transparente.

De Terry estaba de pie muy cerca de él, y Gordy podía sentir el temblor del cuerpo del hombre más joven.

—¡Qué cosas más feas! —dijo Gordy suavemente.

—¡Feas! ¡Son asquerosas!

Las desagradables criaturas eran de tamaño humano, pero duras y tan repugnantes como escarabajos negros.

Los ojos, descubrió Gordy con sorpresa, habían sufrido mayor transformación que el cuerpo. Porque en vez de los ojos con facetas de los insectos, poseían ojos con iris, córnea y pupila. No eran redondos, ni verticales como los de los gatos, ni horizontales como los de los caballos, sino irregulares y llenos de manchas. Pero parecían ojos de vertebrado y resultaban extraños y poco naturales en la negrura apergaminada de la protuberante cabeza de una hormiga.

Gordy dio un paso al frente y simultáneamente las hormigas salieron de su vehículo. Durante un momento se miraron los hombres y las hormigas en silencio.

—¿Qué hago ahora? —preguntó Gordy a De Terry por encima del hombro.

De Terry se rió o carraspeó. Gordy no estaba seguro.

—Hábleles —dijo—. ¿Qué otra cosa puede hacer?

Gordy tragó saliva. Decidió no intentar hablar en inglés a esas criaturas porque sabía con tanta seguridad como su propio nombre que el inglés, y probablemente cualquier otro lenguaje de sonidos, sería incomprendible para ellas. Pero se encontró sonriendo pacíficamente y eso, claro, fue tan ineficaz como lo otro... Los bichos no tenían ninguna

expresión por lo visto, y ciertamente no había habido ningún precedente que les hubiera ayudado a interpretar una sonrisa humana.

Gordy levantó la mano y esperó la reacción de los insectos.

Estos no hicieron nada.

Gordy se mordió los labios y sintiéndose ridículo saludó rígidamente a las hormigas.

Las hormigas no hicieron nada. De Terry le dijo desde detrás:

—Trate de hablar con ellas, doctor Gordy.

—Es una tontería —dijo Gordy.

Sin embargo, no era más tonto que cualquier otra cosa. Con irritación, pero pronunciando las palabras cuidadosamente, dijo:

—So...mos... a...mi...gos...

Las hormigas no hicieron nada. Se quedaron allí, mirando a Gordy sin parpadear. No cambiaban de postura como haría un ser humano, ni se rascaban ni siquiera daban señales de hacer el más mínimo movimiento respiratorio. Simplemente se quedaban allí sin moverse.

—¡Por lo que más quiera! —dijo De Terry—. Vamos, déjeme intentarlo.

Se puso delante de Gordy y enfrente de las hormigas. Se señaló a sí mismo.

—Yo soy un ser humano —dijo—, un mamífero.

Señaló a las hormigas.

—Vosotros sois insectos. Esto —señaló la máquina del tiempo— nos llevó al pasado, donde hicimos que fuera posible vuestra existencia.

Esperó a que reaccionasen, pero no lo hicieron. De Terry chasqueó la lengua y volvió a intentar. Señaló las estructuras metálicas y dijo:

—Esta es vuestra ciudad.

Gordy, que le estaba escuchando, sintió la ineficacia del esfuerzo. Algo le molestaba en los pelos de la nuca y distraídamente se llevó la mano para alisarlos. Su mano tropezó con algo duro e inanimado; no era frío, pero tenía la temperatura de una madera, por ejemplo, es decir, sin temperatura. Se dio la vuelta. Detrás de él estaban media docena de hormigas de mayor tamaño. Zánganos, pensó. ¿Tenían las hormigas zánganos?

—John —dijo suavemente.

La pinza eficiente y de aspecto frágil que le había tocado se agarró a su hombro. No tienen fuerza — pensó rápidamente..., hasta que se movió instintivamente para escaparse. Entonces fue como si mil presiones agudas se metiesen a través de su abrigo y penetraran en su piel. Era como estar cogido por un enjambre de pequeñas pinzas de cangrejo.

Gritó: —¡John, tenga cuidado!

De Terry, que se había agachado para señalar las

huellas del vehículo de las hormigas, se puso de pie sorprendido. Se dio la vuelta para escapar, pero le cogieron en seguida. Gordy le oyó gritar, pero tenía sus propias dificultades y no podía ocuparse de las de De Terry.

Cuando dos de las hormigas se apoderaron de él, Gordy dejó de forcejear. Sintió que le corría la sangre caliente por el brazo y el dolor era como si le desollasen. Desde donde le tenían cogido las hormigas podía ver a las dos primeras que seguían paradas delante de su vehículo, sin moverse.

Olfateó un olor agrio y descubrió que procedía de las que le tenían cogido. Se preguntó si para ellas él olería tan mal. Las dos hormigas más pequeñas se movieron de una manera automática y se pusieron rápidamente en marcha sobre sus ocho delgadas patas hacia la máquina del tiempo.

Los capturadores de Gordy se dieron la vuelta y las siguieron y por primera vez desde la pelea vio a De Terry. El joven colgaba fláccidamente de las patas delanteras de una sola hormiga; dos más estaban de guardia a los lados. Salía sangre de una herida del cuello de De Terry.

Está inconsciente, pensó Gordy automáticamente. Volvió la cabeza para observar lo que hacían las hormigas con la máquina.

Lo que vio le decepcionó. Estaban de pie delante

de la máquina y ninguna se movía. Luego Gordy oyó gruñidos e imprecaciones que procedían de De Terry.

—¿Cómo estás, John?

De Terry hizo una mueca.

—No muy bien. ¿Qué ha pasado?

Gordy movió la cabeza y buscó palabras para contestar. Pero las dos hormigas se dieron la vuelta al mismo tiempo y se dirigieron decididamente hacia De Terry... Las palabras murieron en la garganta de Gordy. Delicadamente, una de ellas extendió una pata delantera para tocar el pecho de De Terry.

Gordy la vio venir: —¡John!— chilló.

...Luego todo terminó. El grito desgarrado de De Terry resonó en su oído y volvió la cabeza. Confusamente vio cómo las pinzas en forma de sierra subían y bajaban. Pero a De Terry no le quedaba vida para protestar.

Salva Gordy estaba ocupado en una pared y miraba a las hormigas que le estaban mirando. Si no fuera por lo que habían hecho a De Terry, pensó, no habría de qué quejarse.

Era verdad que las hormigas no le habían dado ni siquiera el poco de confort que la humanidad concede a sus criminales..., pero le daban de comer y le dejaban dormir, cuando les parecía bien, desde luego, y daban pequeñas muestras de que les

interesaba que estuviera cómodo a su manera. Cuando la papilla pulposa que le ofrecían al principio llegó con media hora de retraso, sus miriápodos anfitriones le presentaron comidas variadas entre las cuales pudo tragar algunas frutas medianamente sabrosas. Estaba alojado en un cuarto caliente. Y si no tenía ni sillas ni ventanas era porque las hormigas no las necesitaban. No podía pedir las.

Este era el mayor inconveniente, pensó. Esto... y el recuerdo de John de Terry.

Se retorció en el suelo duro hasta que sus hombros encontraron un nuevo punto en qué apoyarse. Luego contempló el nuevo comité de hormigas que había venido a verle.

Estaban manipulando un objeto angular que parecía una cámara... o por lo menos tenía algo brillante que podía ser una lente. Gordy las observó de mal humor. Le volvía a molestar aquel olor agrio...

Gordy tuvo que admitir que las cosas no habían salido como él había planeado. Dentro de su mente había mantenido una pequeña esperanza que ahora estaba a punto de desaparecer. Había esperado que el crecimiento de las hormigas con la ayuda que él les había dado pudiera acelerar y contribuir al mejoramiento de la raza humana. Porque el odio, como Gordy sabía, empieza allí donde empiezan las

diferencias. Los primeros enemigos del hombre son los miembros de su familia porque son los primeros con los que tiene contacto. Pero se une con ellos contra la familia de enfrente, pero también se unen los vecinos contra los Ghettos, los Harlem de su propia ciudad... y para él su ciudad es el corazón de la nación... y su nación la que decide la vida y la muerte en la guerra.

Gordy había alimentado la esperanza, ya muerta, de que una raza diferente fuera un estímulo para las pasiones humanas. Y si aún había lucha, de que ésta no fuera entre hombre y hombre, sino entre los hombres y las hormigas.

Había tenido esa secreta esperanza, pero la esperanza no se había realizado. Las hormigas no habían dejado que el hombre se desarrollara.

Las hormigas levantaron su especie de cámara y Gordy las miró expectante. Unas seis se fueron y se quedaron dos. Una de ellas era la pequeña criatura con la banda en la pata delantera que parecía ser su carcelero privado; la otra era desconocida para Gordy, por lo menos eso le pareció.

Las dos hormigas se quedaron inmóviles durante un período de tiempo que a Gordy le pareció tedioso. Cambió de postura, se tumbó en el suelo y decidió dormir. Pero el sueño no venía. No podía deshacerse de la idea de que había destruido a su propia raza, la

había aniquilado evitándola nacer, cuarenta millones de años antes de su tiempo. No había habido ningún otro asesino de su talla desde Caín, pensó

Gordy. Se preguntó por qué no tenía las manos llenas de sangre.

Hubo una señal que él no pudo distinguir y su hormiga guardián se acercó a él y le empujó separándole de la pared. Le condujeron a un pequeño túnel de salida (tenía que ir a gatas por él), luego le empujaron por un pasillo y por fin salió a la brillante luz del día.

La luz hizo parpadear a Gordy. Medio cegado, siguió a la hormiga de la banda, atravesaron una plazoleta y llegaron a un cobertizo cónico.

Allí estaban esperando más hormigas, rodeando un revoltijo de piezas de metal. Gordy las reconoció en seguida. Era su máquina del tiempo desmontada pieza por pieza.

Al cabo de un momento la hormiga volvió a empujarlo, esta vez con impaciencia, y Gordy comprendió lo que querían. Habían desmontado la máquina para estudiarla y ahora querían que la volviese a montar.

Comió cuatro veces y durmió una, sin moverse de los alrededores del cobertizo cónico. Luego terminó.

Gordy dio un paso atrás.

—Es vuestra —dijo con orgullo—. Os llevará

donde queráis. Es un regalo de la humanidad.

Las hormigas estaban silenciosas. Gordy las miró y vio que había hormigas zánganos en el grupo. Todas estaban como estatuas.

—¡En! —dijo asombrado, sin pensar.

La pinza aguda de una de las hormigas le agarró por la espalda. Gordy sintió náuseas... Luego el terror y el aborrecimiento las hicieron desaparecer.

Sin tener en cuenta las agujas que atravesaban su piel, luchó y dio patadas a las criaturas que le tenían preso. Se soltó un brazo desgarrándose y su pesada bota se hundió en un ojo pulposo. La hormiga emitió un sonido silbeante y entrecortado y se irguió sobre sus cuatro patas peludas.

Gordy se sintió lanzado a doce pies de altura y cayó sobre la hormiga que agonizaba salvaje y silenciosamente. Se estrelló contra el suelo, protegiéndose del tambaleante monstruo. Sollozando se puso de pie; la máquina estaba detrás de él; se dio la vuelta, se metió rápidamente en la máquina adelantándose un paso a las otras hormigas e hizo girar el volante.

Una pata hueca de insecto arrancada de la hormiga que había estado más cerca de él se retorció en el suelo de la máquina; tan cerca había estado.

Gordy paró la máquina donde había empezado, en el pantano gelatinoso primitivo, y permaneció

tumbado sobre los controles durante un buen rato.

Habían cometido un error él y De Terry; no había ninguna duda. Y había..., debía haber una manera de corregirlo.

Miró al bosque. Los helechos no eran los mismos helechos que había visto antes; la máquina había sido movida en el espacio. Pero el tiempo era idéntico. La máquina no se equivocaba. Pensó: «Di el mundo a las hormigas aquí mismo. Puedo quitárselo. Puedo encontrar las hormigas que enterré y aplastarlas con el pie... o interceptarme antes de enterrarlas».

Salió de la máquina, asustado de pronto. Miró rápidamente a su alrededor guiñando los ojos.

Había estado muy cerca de la muerte en la ciudad de las hormigas. Estaba aún débil a consecuencia de ello. ¿Estaba aquí a salvo? Recordó el violento grito de un animal que había oído antes y se estremeció al pensar que podía servir de comida a algún dinosaurio... mientras que las hormigas se desarrollaban para producir sus horribles descendientes.

Un brillo metálico a través de los helechos le sobresaltó. Había una sola cosa aquí que pudiera ser de metal pulido. ¡La máquina!

Corrió y vio la máquina rodeada de helechos que tenían las bases cubiertas de musgo. Corrió hacia ella, pero de repente se paró resbalándose en la

tierra húmeda. Había dos máquinas a la vista.

La del fondo era la suya y entre los musgos pudo ver que había dos figuras dentro de ella, la suya propia y la de De Terry.

Pero la más cercana era una máquina más grande y de una forma extraña. Y de ella salió un apresurado grupo, no un grupo de hombres, sino de figuras en forma de insectos negros que corrían hacia él.

Desde luego, pensó Gordy al darse la vuelta para huir sin esperanzas, desde luego las hormigas habían tenido infinito tiempo para trabajar en ello. El tiempo suficiente para construir una máquina a partir de la suya y el tiempo suficiente para darse cuenta de lo que tenían que hacerle si querían salvar su propia raza.

Gordy tropezó y el bicho negro que iba delante se echó encima de él.

Y al llenar por última vez de aire sus pulmones aterrorizados, Gordy supo cuál era el animal gritando en las profundidades del bosque.

Pythias

Estoy sentado en el borde de lo que llaman una cama. Está hecha de alambres trenzados y no hay colchón, sólo una manta fina de color pardusco. No estoy cómodo, pero esperan que esté más incómodo todavía. Esperan trasladarme de esta cárcel pequeña a la prisión del distrito y eventualmente a la casa de la muerte.

Claro que habrá antes un juicio, pero solamente por pura fórmula. No sólo me cogieron con la pistola humeante en la mano y Connaught agonizando con un agujero en la garganta, sino que además lo admití. Yo, sabiendo lo que hacía y como ellos dicen premeditadamente, había pegado un tiro a Lawrence Connaught.

Matan a los asesinos. Por eso quieren matarme. Especialmente porque Lawrence Connaught me había salvado la vida.

Bien, hay circunstancias atenuantes. Sin embargo, no creo que convenzan a un jurado.

Connaught y yo fuimos muy amigos durante años. Perdimos contacto durante la guerra, luego nos volvimos a encontrar en Washington, unos años después de que la guerra terminara. Habíamos evolucionado de manera diferente. El era un hombre

con una misión en la vida. Trabajaba incansablemente en algo, pero no quería discutir sobre su trabajo; y esta era la única cosa en su vida que pudiera servir de base de comunicación. Y yo..., yo tenía también mi propia vida. Mi caso no era de búsqueda científica. Suspendí la carrera de medicina cuando empecé a estudiarla. No me avergüenzo de ello, no hay nada de qué avergonzarse. Sencillamente no me sentía capaz de soportar la desagradable tarea de trinchar cadáveres. No me gustaba, no quería hacerlo y cuando tuve que hacerlo lo hice mal. Así que lo abandoné.

No tengo ninguna clase de títulos, pero no se necesita ningún título para ser guardia del Senado.

¿No les parece a ustedes una carrera estupenda? Desde luego que no. Pero a mí me gustaba. Los senadores se encuentran en un estado amistoso y relajado cuando los guardias están alrededor y se puede aprender cosas maravillosas de lo que pasa detrás de las escenas del gobierno. Un guardia del Senado está en situación de hacer favores: a los periodistas que encuentran en él un introductor a alguna historia interesante, a los oficiales del gobierno que a veces basan una campaña entera en algún comentario descuidado que ha sido repetido, y a cualquiera que desee estar en la galería de los visitantes durante un acalorado debate.

Larry Connaught, por ejemplo, era uno de ellos. Me lo encontré un día en la calle, hablamos un momento y me preguntó si me sería posible introducirle en el próximo debate de relaciones internacionales. Me era posible. Le llamé al día siguiente y le dije que le había conseguido un pase. Y allí estaba, mirando todo ansiosamente con sus ojillos húmedos, cuando el secretario se levantó para hablar. De repente se oyó un grito y un puñado de fanáticos centroamericanos sacaron sus armas y empezaron a intentar cambiar la política americana con pólvora.

Me imagino que recordarán ustedes la historia. Eran sólo tres: dos con pistolas y el otro con una granada de mano. Los de las pistolas consiguieron herir a dos senadores y a un guardia. Yo estaba allí, hablando con Connaught: descubrí al tipo de la granada de mano y le agarré. Conseguí derribarle, pero la granada salió despedida, marcando los segundos. Me abalancé a por ella. Larry Connaught estaba delante de mí.

Las historias que contaron los periódicos nos convirtieron en héroes. Dijeron que era un milagro que Larry, que se había caído encima de la granada, hubiera conseguido alejarla de tal manera que cuando explotó nadie fuera herido.

Porque la granada estalló y el acero que saltó no

alcanzó a nadie. Los periódicos mencionaron que Larry se había desmayado. Es verdad que estuvo inconsciente. No volvió en sí hasta seis horas más tarde, y cuando se despertó pasó todo el día siguiente atontado.

Le fui a ver la noche siguiente. Se alegró de verme.

—Fue cuestión de suerte, Dick —me dijo—. Me recuerda a Tarawa.

Le dije:

—No estuve allí. Creo que me salvaste la vida, Larry.

—¡Ah, Dick! Sabes..., yo sólo salté. Con suerte, me imagino.

Le dije:

—Los periódicos dijeron que estuviste extraordinario. Dijeron que te moviste tan de prisa que nadie pudo ver exactamente lo que pasó.

Hizo un gesto de rechazo, pero sus pequeños ojos húmedos estaban alerta.

—Me imagino que nadie estaría mirando.

Suspiré.

—Yo sí estaba mirando.

Me miró en silencio durante un momento. Le dije:

—Yo estaba entre la granada y tú. Tú no pasaste ni sobre mí ni a través mío. Estabas encima de la granada.

Empezó a mover la cabeza. Continué:

—Además, Larry, te caíste sobre la granada. Explotó debajo tuyo. Lo sé porque yo estaba casi encima de ti, pero explotó al otro lado de la galería. ¿Tenías un chaleco a prueba de bombas?

Se aclaró la garganta.

—Bien, realmente yo...

—Abrevia, Larry —dije.

Se quitó las gafas y se frotó sus acuosos ojos. Gruñó: —¿No lees los periódicos? Se fue una yarda más lejos.

—Larry —dije pacientemente—. Yo estaba allí.

Parecía enfermo. Se recostó en su silla y me miró. Larry Connaught era un hombre pequeño, pero nunca me lo había parecido tanto como en aquella enorme silla, mirándome como si yo fuese el propio Mr. Némesis.

Luego se echó a reír. Me sorprendió que pareciera casi contento. Me dijo: —¡Caramba, Dick! Tenía que contárselo a alguien antes o después. ¿Por qué no a ti?

No les puedo decir todo lo que me contó. Les diré la memoria, pero no la parte más importante. Esa parte no se la contaré nunca nadie.

Larry dijo:

—Debía haber sabido que te acordarías— me sonrió tristemente, con afecto—. Nuestras

discusiones en las cafeterías, ¿eh? Hablando toda la noche de toda clase de temas. Pero te acordabas.

—Decías que la mente humana posee poderes de psicoquinesis —dije—. Decías que sólo con la mente, sin mover un dedo ni utilizar una máquina, el hombre podía trasladar su cuerpo a cualquier sitio, instantáneamente. Decías que no había nada imposible para la mente.

Me sentía tonto diciendo esas cosas, eran nociones completamente ridículas. ¡Imaginen a un hombre «pensándose» de un lugar a otro! Pero había estado en la galería. Me mojé los labios y miré a Larry Connaught esperando su confirmación.

—Estaba completamente mojado —dijo Larry. Se rió—. ¡Imagínate!

Creo que me mostré sorprendido de que me diera golpecitos en la espalda. Luego se repuso y dijo:

—Claro, Dick. Estás equivocado y tienes razón al mismo tiempo. La mente sola no puede hacer nada de eso..., eso era una noción infantil—. Sus ojos empezaron a brillar excitados y sus palabras empezaron a salir más rápidas y más fuertes—. Pero hay... bien, hay técnicas que unen la mente a fuerzas físicas, simples fuerzas físicas que todos usamos a diario y que pueden hacer todo eso. ¡Absolutamente todo! Todo lo que yo he estado buscando y todo lo que aún no he encontrado. ¿Quieres volar sobre el

océano? ¡En un segundo, Dick! ¿Evitar el estallido de una bomba? ¡Muy fácil! Me viste hacerlo. Claro que cuesta trabajo. Consume energía, uno no puede escapar a las leyes naturales. Me dejó hecho polvo durante un día entero. Pero es que ésta fue una prueba difícil, es mucho más fácil desviar una bala del blanco. Y es mucho más fácil hacer que el cartucho pase del cargador a mi bolsillo y así el arma no podrá ser disparada.

—¿Quieres las joyas de la corona de Inglaterra? Puedo conseguirlas, Dick.

Le pregunté: —¿Puedes predecir el futuro?

—No —frunció el ceño—. Dick, no digas tonterías. Esto no son supersticiones...

—¿Puedes leer en las mentes?

Su expresión se tranquilizó.

—Ya veo. Te acuerdas de lo que te contaba hace años. No, no puedo hacer eso, Dick. Quizá algún día, si sigo trabajando en este asunto, pero por ahora no. Sin embargo, hay cosas aún más difíciles que he conseguido. Puedo oír cualquier cosa que se diga en cualquier parte, puedo ver lo que quiera en cualquier parte del mundo. Y hasta fuera del mundo, Dick. ¡Es difícil, pero lo he conseguido algunas veces! ¿Marte? Lo he visto..., parece un peñón resbaladizo.

Me aclaré la garganta.

—Hazme una demostración de lo que puedes

hacer —le pedí.

Sonrió. Larry lo estaba pensando bien y yo me aproveché de ello. Se había callado durante años, desde el primer día en que encontró el primer eslabón; durante diez años de pruebas y experimentos, equivocándose casi siempre, pero acercándose cada vez más... Necesitaba contárselo a alguien. Creo que estaba realmente contento de que por fin alguien le hubiera descubierto.

Me dijo: —¿Quieres que te haga una demostración? Bueno, veamos, Dick— miró por el cuarto, luego me guiñó el ojo—. ¿Ves esa ventana?

Miré. Se abrió sola, con un chirrido de madera y un estruendo de goznes. Se volvió a cerrar.

—La radio —dijo Larry.

Se oyó un «clic» y el pequeño receptor se encendió solo.

—Ahora fíjate bien.

La radio desapareció y volvió a aparecer.

—Estuvo en la cima del monte Everest —dijo Larry jadeando.

El cable eléctrico de la radio se alzó y se estiró hacia el enchufe, luego se dejó caer en el suelo.

—No... —dijo Larry, su voz temblaba—. Ahora voy a hacer algo más difícil. Mira la radio, Dick. La haré funcionar sin enchufarla. Los electrones sólo...

Miraba al receptor con intensidad. Ví cómo se

encendió la luz, la aguja se movió y luego se quedó quieta: el locutor empezó a emitir ruidos rasposos. Me puse de pie justo detrás de Larry.

Utilicé el teléfono que estaba en la mesa de al lado. Estaba jugándome el todo por el todo y lo sabía. Salió bien. Le golpeé justo detrás de la oreja y se derrumbó sin una palabra. Metódicamente le golpeé dos veces más, asegurándome que tardaría por lo menos una hora en despertar. Le arrastré un poco más lejos y volví a colocar el teléfono en su sitio. Revolví todo el apartamento. Lo encontré en su mesa: todas sus notas. Toda la información. El secreto de cómo hacer las cosas que él podía hacer.

Cogí el teléfono y llamé a la Policía de Washington. Cuando oí acercarse la sirena saqué mi revólver de servicio y le disparé en la garganta. Murió antes de que llegaran.

Como ustedes ven, yo conocía a Lawrence Connaught. Éramos amigos y hubiera dado mi vida por defenderle. Pero esto era más que una vida.

Veintitrés palabras descubrían cómo hacer las cosas que hacía Lawrence Connaught. Cualquier persona que supiera leer podría hacerlas. Criminales, traidores, lunáticos; la fórmula serviría a cualquiera.

Lawrence Connaught era un hombre honrado y un idealista. ¿Pero qué haría un hombre normal al

sentirse tan poderoso como Dios? ¡Imagínese que le dicen veintitrés palabras que le permitan la entrada en la caja fuerte de cualquier banco, entrar en cualquier habitación cerrada con llave, atravesar cualquier pared! ¡Imagínese que las pistolas no pudieran matarle y que pudiera encontrarse justo debajo de una bomba atómica que caía en dos segundos y desplazarse a miles de millas de distancia!

Dicen que el poder corrompe, y el poder absoluto produce una corrupción absoluta. Y no hay poder más absoluto que el de las veintitrés palabras que permiten a un hombre escaparse de una cárcel y obtener todo lo que quiera. Larry era mi amigo. Pero le maté a sangre fría sabiendo lo que hacía. Porque no se le podía confiar el secreto que le podía transformar en el rey del mundo.

Pero a mí, sí.

El atlas perdido

Fue uno de esos accidentes absurdos que ocurren una vez de entre un millón. Una partícula de meteorito se estrelló contra la nave espacial «Terra II» en el hiperespacio. No fue más que un fragmento de partícula, pero atravesó tres mamparos, hirió al lugarteniente Groden y destruyó el Atlas Celeste. Podía no haber sucedido en cien años, pero sucedió.

Era el fin de trayecto para la nave espacial «Terra II». Los dispositivos que controlaban las averías arreglaron los mamparos con facilidad. Pero el Atlas —el único plano a bordo de las incomprensibles configuraciones de Riemann sobre el hiperespacio— se perdió sin remedio.

El capitán ordenó que Spohn, el Atlas Celeste, fuera enterrado en el espacio y convocó una reunión de emergencia de oficiales en la sala de guardia.

El «Terra II» estaba en espacio normal y caía libremente. En la sala de guardia aún flotaba una humareda con olor a keroseno, pero no quedaba nada del casi irreconocible movimiento de descenso del salto al hiperespacio y el capitán ordenó al piloto de la nave que diese un punto de gravedad simulada. Los oficiales procuraban aparentar atención y responsabilidad al mirar a su jefe.

El capitán era un oficial naval de carrera, con músculos recios y ojos duros y por definición un hombre ambicioso —de otro modo no hubiese solicitado el mando de un vuelo de exploración—. Entró bruscamente. Llegaba de su compartimiento sin apresurarse pero tampoco con demasiada calma. Lo mismo hubiese andado si se tratara de ir a recibir las estrellas de almirante o para su ejecución de llegarle el caso.

Ocupó su sitio en la cabecera de la mesa y se tomó los diez segundos necesarios para fijar en su mente cuanto le rodeaba. Luego dijo:

—Tenemos problemas.

Los hombres de la sala de guardia se acercaron unos centímetros más a la mesa.

El capitán asintió con la cabeza y habló de nuevo:

—Estamos en un apuro, muy lejos de los nuestros y nadie nos va a ayudar. Tenemos que hacerlo todo por nuestra cuenta, si podemos. Ciccarelli va a procurar orientarnos, pero puedo asegurarles desde ahora mismo que no estamos cerca del Sol. No hay ni una sola constelación en el cielo que alguno de nosotros haya visto antes. Puede ser que estemos a cien años luz de la Tierra o puede que estemos a diez mil.

El ejecutor se aclaró la garganta.

—¿Qué hay de los archivos?

—¿Qué archivos? Desaparecieron con el Atlas, Hal. No podemos reconstruir nuestro camino de regreso a la Tierra.

—No señor, no me refiero a eso; eso ya lo sabía. Me refiero a los registros de vuelo desde la Tierra hasta aquí; todavía los tenemos. En este momento no nos sirven de nada porque no podemos seguirlos hacia atrás —en el hiperespacio las cosas no funcionan de esa manera—. Pero la Tierra los necesita.

—Ya lo sé; pero ¿qué quiere que hagamos? Si podemos llevarlos es que nosotros podremos volver. El problema es... ¿Sí? ¿Qué hay, Lorch?

El alférez Lorch saludó desde la puerta.

—El cuerpo de Spohn, señor —dijo—. Está preparado para el entierro. ¿Va a dirigir la ceremonia el capitán?

—El capitán lo hará. ¿Qué pasa con Groden?

Lorch dijo:

—No va bien, señor. Está inconsciente y con la cabeza vendada. El cirujano cree que es grave, pero no lo sabremos con seguridad por lo menos hasta dentro de un par de horas.

El capitán asintió con un movimiento de cabeza y Lorch tomó asiento rápidamente. Era el oficial más joven en edad del «Terra II». Hacía seis meses que había salido de la academia y aún no tenía voto.

Escuchaba los cambios de impresiones con respeto y procurando ocultar su excitación. ¡La aventura de los caminos siderales desconocidos! Por eso Lorch solicitó el servicio de mapas siderales y lo estaba consiguiendo. Quizá más aún de lo que soñó.

El problema del «Terra II» consistía en que estaba jugando al juego cósmico de la gallina ciega. Saltar al hiperespacio era como atravesar una sombra con los ojos vendados; no había manera de saber anticipadamente lo que habría al otro lado.

El primer cohete hiperespacial había dado unas cuantas lecciones aprendidas a un precio muy alto. En su primer salto al hiperespacio el «Terra I» estuvo «fuera» menos de un segundo —lo suficiente para que los generadores de salto subieran y bajaran la nave en el compuesto N-dimensional de Riemann que llamaban hiperespacio a falta de un término mejor.

El «Terra I» tardó casi un año en volver, renqueando, a la Tierra, y navegó todo este tiempo por el espacio normal con los generadores quemándose lentamente. Había que rehacer los planos.

Pero no fue culpa de nadie. ¿Quién iba a prever que la corriente eléctrica, por muy débil que fuera, desviase tanto el campo como para hacer estallar los generadores? La lección era escueta: no debería

usarse equipo electrónico en un salto.

De modo que, reconstruido el «Terra I», reequipado y con una tripulación nueva, volvió a intentarlo. Esta vez no fueron fallos de potencia. El único fallo en esta ocasión fue el elemento humano. Porque en el hiperespacio el universo era una amalgama de figuras estridentes y luces vivas, no más parecido al ordenado espacio normal de estrellas que lo visto a través de un telescopio se parece a las hojas de papel de colores que está en su foco.

Se añadió, pues, el Atlas Celeste a la tripulación de los cohetes hiperespaciales y se reconstruyó el «Terra I» y aparecieron el «Terra II» y el «Terra III» y el «Terra IV». Y la Tierra lanzó su anzuelo a las profundidades turgentes del hiperespacio una y otra vez...

La tripulación de los servicios de mapas siderales estaba compuesta de voluntarios, todos ellos entrenados con rigidez. Los diez oficiales que estaban en la sala de guardia del «Terra II» formaban el grupo más brillante y capaz que se había juntado nunca, pero a pesar de ello la reunión de emergencia de oficiales fue un fracaso.

No había ningún medio para volver.

—Somos los pioneros —gruñó el capitán—. Si por lo menos tuviésemos un duplicado de Atlas Celeste... Pero no lo tenemos. Bueno, esto es algo

que hay que recordar para la próxima nave, si es que podemos contarlo.

El alférez Lorch preguntó:

—Señor, ¿está usted seguro de que no tenemos uno?

El capitán saltó:

—Claro que no, hombre. Lo acabo de decir. Debería usted saberlo.

—Sí, señor; pero no es exactamente eso lo que digo.

Tenemos una biblioteca y si no me equivoco la biblioteca, básicamente, es lo mismo que el Atlas; un observador entrenado para recordarlo todo. ¿No cree usted que algunas de las informaciones de la biblioteca pueden suplir a las de Atlas?

—Eso —dijo el capitán después de una pausa— merece tenerse en cuenta. ¿Qué opina usted, Hal?

El ejecutor dijo:

—Vale la pena intentarlo, capitán.

—Muy bien, Yoel, hágala venir.

El lugarteniente Yoel saludó y habló por la bocina de comunicación. El capitán siguió diciendo reflexivamente:

—Lo más probable es que no dé resultados, pero lo intentaremos de todos modos. ¿Tiene alguien otra idea?

—¿La cuenta atrás, señor? —insinuó Yoel—. Me

consta que tenemos los registros de lo que llevamos recorrido hasta aquí. Podemos intentar ir hacia atrás.

—No sirve —dijo el capitán convencido—. Si pudiéramos ser absolutamente exactos, tal vez sí. Pero sin el Atlas no podemos. Unos centímetros de divergencia al principio del viaje puede alejarnos miles de kilómetros al final. Y mil kilómetros en el hiperespacio... Dios sabe lo que puede resultar en el espacio normal; algo así como un millón de años luz. No me puedo arriesgar, Yoel. Ni siquiera Groden podría hacerlo con sus ojos y eso que es el mejor piloto de a bordo. Y no sé si recuperará la vista, al menos durante algún tiempo. Quizá nunca si no llegamos a los bancos de ojos de la Tierra. Sin el Atlas estamos tan ciegos como Groden.

La bocina de comunicación les interrumpió salvando a Yoel. Se oyó una voz silbante:

—El registro piloto Eklund comunicándose con la sala de guardia.

—Mándela —dijo el ejecutor.

Y la biblioteca, Nancy Eklund RM2c, entró con desenvoltura en la reunión.

No iba a dar resultado y el capitán lo supo desde las primeras palabras. Durante una hora exprimieron datos de la biblioteca, pero fue un esfuerzo inútil.

El capitán se acordó con nostalgia del registro

piloto Spohn, el Atlas Celeste perdido. Con él la navegación por el espacio fue, si no fácil, por lo menos «posible». Porque Spohn había sido ejercitado con las técnicas de retención absoluta. Los valores engañosos y multicolores del espacio de Riemann formaban un total en su mente, de manera que llegaba a poder navegar por medio de un proceso de análisis mental y de síntesis tan rápido y complejo, que era una especie de «gestalt».

Cierto que un computador electrónico podría haber hecho lo mismo con igual rapidez, pero el «Terra II» tenía sus limitaciones, y una de ellas era que ningún equipo electrónico podía funcionar durante un salto cuando se necesitaban los computadores. Los ingenieros llegaron a una solución que después de todo era un método bastante experimentado en reunir información: el cerebro humano. Por medio de técnicas de tipo hipnótico se abría el cerebro a la reservas del subconsciente.

El registro piloto Spohn no tuvo conocimiento consciente de lo que pasaba —al igual que una máquina cuando daba las configuraciones de Riemann y dirigía los cursos y las velocidades—, pero su subconsciente nunca se equivocaba. Con sus incontables células y sus infinitos eslabones, el cerebro era como un tanque que ni todos los conocimientos del mundo podían llenar y casi lo

bastante grande para cumplir la tarea de reconocer el sentido de las configuraciones del hiperespacio.

El proceso resultó tan bien que los ingenieros, encantados, añadieron otro registro piloto al personal de mandos: la biblioteca, que les evitaba el peso de transporte de libros.

Todos los componentes de la reunión, por orden jerárquico, dispararon sus preguntas a la biblioteca y la mente disciplinada soltaba pacientemente las respuestas.

Pero la mayoría de las preguntas no las supo contestar. El «Terra II» era una nave diagrámica, y aunque el Atlas había transcrito rutinariamente sus calibraciones en la corredera de la nave y de allí a la biblioteca, todo lo que Nancy sabía era cómo el «Terra II» alcanzó sus puntos de referencia en el espacio. El hiperespacio era un asunto complicado; retroceder muy peligroso.

Cuando el «Terra II» volviese —si es que el «Terra II» volvía—, los que siguieran dispondrían de las calibraciones completas de un viaje redondo. Pero ellos no las tenían. Su tarea era tan difícil y peligrosa, a su manera, como la de las carabelas de Colón, sólo que Colón tenía un único gran miedo: caerse del borde de la Tierra. ¡Feliz Colón! La tecnología alcanzada por el «Terra II» había aportado muchos miedos nuevos.

Tres pisos más arriba, hacia el centro de la nave, el ayudante del cirujano, llamado Conboy, extraía por cuarta vez la aguja del brazo del lugarteniente Groden. El fornido navegante debería haber muerto; sin embargo, ahí estaba tosiendo y murmurando con la cabeza abierta de parte a parte envuelta en espesas vendas.

«Un tipo fuerte», pensó Conboy, con ojos críticos, contando las ampollas de opio que había inyectado al oficial ciego.

Todos tenían una complexión fuerte, desde el capitán al último tripulante, pero las probetas les hacían bajar y Conboy, aunque sólo medía cinco pies y una pulgada y era el más débil, era quien manejaba las probetas.

—Ya está bajo los efectos, señor Broderick — informó al cirujano de la nave, que asintió con un gesto.

—Mantenlo así —ordenó el oficial—. Si ocurre algo estaré en la sala de guardia.

Al capitán le gustaría estar informado del estado de Groden y por su parte Broderick tenía muchas ganas de saber lo que se hablaba en la reunión de emergencia sobre la situación general del «Terra II».

A Conboy, que también tenía sus propias preocupaciones, le pareció muy bien que se fuera. Tan pronto como el comandante Broderick se alejó,

Conboy echó una última mirada a Groden y, asegurándose de que el navegante seguiría inconsciente durante media hora al menos, se apresuró a entrar en la cabina de al lado para tratar de obtener toda la información posible del cuarto de los mapas.

Uno de los primeros hombres del espacio, llamado Coriell, tomaba medidas ópticas metódicamente a todas las estrellas de segunda magnitud o más brillantes. Conboy miró sin comprender las anotaciones de los mapas.

—¿Han conseguido algo? —preguntó.

Coriell escupió con disgusto:

—Problemas. ¿Ve usted aquella estrella pequeña entre dos más brillantes? Puede que sea Canopus. Las líneas aproximadas coinciden. El señor Ciccarelli va a tener que mandar un espectro cuando termine la reunión.

Conboy miró amargamente a la estrella señalada. Era más brillante que la mayoría, pero mucho menos que las dos que le escoltaban.

—¿Canopus, eh? —repitió—. Suponga que lo sea, Coriell. ¿A qué distancia de la Tierra estaríamos entonces?

Coriell se encogió de hombros.

—¿Soy yo acaso un navegante? A propósito, ¿cómo está Groden?

—Se salvará. Suponga que usted es navegante, Coriell.

—Bueno. —Coriell meditó durante un momento —. Depende. Si nos encontramos en el mismo lado que la Tierra, puede que no estemos tan lejos, pero si estamos al otro lado, figúrese. Canopus está a seiscientos cincuenta años luz del Sol.

Conboy miró de nuevo con un suspiro.

—Bueno, gracias —dijo.

Y volvió con su paciente.

«Es el problema de viajar por el espacio —pensó —. Se llega a un punto dando vueltas en el cohete hasta que se piensa que ya es hora de salir y allí estás. Pero ¿dónde es ahí? Bueno, ésa es la sorpresa, porque nunca se sabe hasta que se llega».

Y a veces ni siquiera entonces.

En el puente todo está en «condición posible». El alférez Lorch abandonó pronto la reunión porque tenía guardia como júnior O. O. D. Firmó y empezó a dar la vuelta por la nave.

Los dispositivos que controlaban las averías bajo cubierta habían terminado las reparaciones necesarias y funcionaban ahora en trabajos cosméticos, tales como alisar las rugosidades dejadas por las primeras soldaduras de emergencia.

Hacía mucho calor allá abajo. Lorch silbó

concienzudamente por la bocina de comunicación llamando al puente y ordenó que conectaran los ventiladores y pusieran las válvulas a bastante gas en las llaves de expansión para que el calor subiera hacia cubierta.

Las cabinas de la tripulación eran del estilo de las de los barcos, incluso las de la sección de mujeres; las cámaras jets estaban normales en esta primera visita y la mano de obra ocupada en su acostumbrada tarea de golpear los tubos por si había alguna posible grieta escondida. Los trabajadores terminaban de colocar la carga desplazada en el choque con el meteorito.

Lorch firmó en la corredera y miró pensativamente los espacios para anotaciones de curso y posición. El piloto estaba atento al cuadro de mandos, aunque no tenía nada que hacer, puesto que todos los jets estaban cubiertos. Lorch le miró reprobador, pese a que el piloto se conducía con una corrección esmerada.

Era un problema: a Lorch le desagradaba tener que escribir «no visto», pero la verdad era que sería un abuso de confianza llamar a la sala de mapas sin la autorización del lugarteniente Yoel, su comandante de turno.

«No es que el comandante Yoel vaya a oponerse con mucha fuerza», pensó Lorch con un asomo de

rebeldía.

Yoel era un matemático y no un navegante. Conocía muy bien casi todo lo que se podía saber sobre la teoría geodésica y sobre las complejas ecuaciones que se hallaban detrás de los generadores de «salto» y de su extraña transmisión nucleoforética; pero no era un oficial modelo y estaba tan poco enterado de la ley fundamental de R. H. I. P. que era capaz de osar aconsejar al capitán acerca del manejo de la nave... La escena en la sala de guardia lo demostró.

Lorch acababa de decidir llamar al cuarto de mapas cuando Yoel apareció indicando que la reunión había terminado. Y Lorch abandonó hábilmente el problema en manos de su superior.

—La nave en «condición normal» —informó áspero—. Ninguna maniobra durante la guardia; ningún cambio en las operaciones durante la guardia. No he hecho ninguna anotación de curso y posición, señor. Pensé que quizá le gustaría que las hiciera.

—No, no —dijo Yoel de mal humor—; ponga «no visto», póngalo con letras grandes.

—¿Tan mal está la cosa, señor?

—Sí.

Yoel le dio la espalda y escudriñó metódicamente el segmento de cielo que se veía por la escotilla. Giraba constantemente atravesando con rapidez el

campo de visión mientras que el «Terra II» también giraba sobre sus ejes para proporcionar a la tripulación algo semejante a la gravedad.

Lorch se aclaró la garganta.

—No consiguieron nada de Eklund, ¿verdad, señor?

—Sí, obtuvimos las magnitudes absolutas y las distancias estelares de la mitad de los astros de la galaxia.

Yoel se alejó de la escotilla y movió la cabeza.

—Nos dio un pequeño curso de geometría de Riemann y un esquema de las geodésicas de un espacio N-dimensional, pero no conseguimos un mapa de ruta —echó una mirada al termómetro de la pared y dijo vagamente—: Creo que he oído... —De pronto se enderezó con brusquedad—. ¡Señor Lorch! —explotó—, no es que vea visiones. ¡Es que está usted sacando aire de las llaves de expansión!

—Sí señor, para refrescar la nave —explicó Lorch—. Los sopletes soldadores estaban...

—¡Malditos sopletes soldadores, señor! ¿Ha pensado que estamos a una inmensa distancia de la Tierra?

—Sí, señor; pero...

—¡Usted es idiota! Extrae aire como si tuviéramos un mundo de aire. ¿Ha pensado que podemos permanecer en el espacio durante largo

tiempo? ¿Se le ha ocurrido pensar que podemos quedarnos sin aire?

Lorch le miró sin decir palabra. Durante un momento creyó que su superior se había vuelto loco. ¿Naves espaciales? Las naves espaciales van de un punto a otro en el hiperespacio N-dimensional donde ningún punto está lejos de otro —una hora de viaje o como máximo un día—. ¿Faltar el aire?

—Con cuidado, Sam.

La voz le llegó a Groden flotando en la oscuridad. Algo marchaba mal y él estaba tumbado. Gruñó e intentó incorporarse. Una mano se lo impidió. La voz dijo:

—Cuidado.

Cayó para atrás y no sintió nada al caer. Su cuerpo estaba abotargado, sólo sentía un ligero picor en la parte que tocaba el sitio donde estaba echado. «Estoy drogado», pensó. La voz dijo:

—Sam, no intentes abrir los ojos. ¿Me oyes?

Era como tratar de hacer hablar a una estatua, pero por fin logró pronunciar: «Sí», —Muy bien. Estás herido, chocamos contra un meteorito mientras estábamos en el hiperespacio, perdimos el Atlas y algo te dio en los ojos. Por las heridas creo que fueron gotas de metal fundido. Estás ciego, Sam, al menos de momento.

—Sí —contestó al cabo de un rato.

Notaba una especie de picazón alrededor de los ojos.

—Tal vez puedan operarte cuando regresemos a la Tierra, pero ahora estamos perdidos, Sam.

¿Perdidos? Groden meditó. Perdidos. No tenía sentido. Claro que si el Atlas había muerto... Pero de todos modos..., ¿cómo podían estar perdidos? Intentó comprender lo dicho por la voz, pero ya había cambiado de tema. En aquel momento decía en tono apaciguador:

—Ahora, Sam, esto va a hacerte mucho daño; tenemos que cambiarte las vendas.

Le volvió a escocer de una manera diferente, aunque sin sentir nada que pudiera llamarse dolor. Luego, de pronto, le dolió mucho. Trató de hablar, pero la voz dijo:

—Cuidado, Sam, es sólo un minuto.

Silencio y dolor.

—Ahora quiero que me digas si ves algo, Sam. ¿Algo de resplandor? Aunque sea un reflejo, cuando paso la luz por delante de tu cara.

¿Luz?

Groden únicamente veía una dolorosa oscuridad. No había nada, nada de nada; ni luz, ni reflejo, ni movimiento. Consiguió mover los labios que aún le daban la impresión de ser de mármol y decir: «No».

La voz parecía decepcionada.

—De acuerdo, Sam. El dolor cesará dentro de un minuto.

Otra voz más lejana decía algo sobre «haberse alejado del salto» y la voz que había hablado a Groden añadió con impaciencia:

—Espera un momento.

Groden se humedeció los labios de mármol e intentó decir: «¿Qué quieren decir con “perdidos”? ¿Qué pasa?».

Pero sólo le salió un sonido inarticulado.

La voz le calmó con una frase corta y poco sincera. Luego sintió un escozor más espinoso en su brazo y hasta las voces se volvieron oscuras.

«Tranquilo», dijo el capitán. Y el ejecutor transmitió la palabra a través de las bocinas de comunicación: «Tranquilo». Cada una de las secciones retransmitió en su bocina: «Todo tranquilo».

El capitán cogió el conector personalmente y dispuso el puente para el salto. El lugarteniente Yoel estaba al lado del piloto; el navegante Ciccarelli contemplaba escéptico las rutilantes estrellas; el alférez Lorch se afanaba en las minucias de las luces mientras que con trabajosa lentitud las mechas huecas eran ajustadas en las lámparas. El puente estaba invadido por el olor a kerosene.

—Sin novedad, señor —informó el ejecutor.

El capitán ordenó secamente:

—Corten el giro.

El ejecutor transmitió la orden a la cabina de los jets; se oyó un rechinamiento distante y el complemento del puente, como el trigo con un viento borrascoso, se inclinó. Las estrellas que giraban afuera oscilaron hasta pararse en el momento en que la nave quedó quieta sobre sus ejes.

Lorch dirigió una rápida mirada alrededor. Los cronómetros estaban ajustados y sincronizados. Las lámparas de keroseno se consumían despacio. Saludó al ejecutor y le informó que todo continuaba sin novedad. El ejecutor asintió gravemente y transmitió las palabras al capitán. Estaban a una yarda de distancia los unos de los otros.

El capitán dijo:

—Súbenos, Hal.

—Sí, señor. Los circuitos número uno están abiertos.

El oficial de guardia repitió por la bocina:

—Los circuitos número uno, abiertos.

Se vio un resplandor y bruscamente todas las luces fluorescentes se apagaron. El puente y el resto de la nave estaban iluminados tan sólo por lámparas de keroseno.

—Abierto el número dos —dijo el ejecutor.

—Abierto el número dos —repitió Yoel por la

bocina.

Por toda la nave los diferentes rumores de motores, ventiladores, refrigeradores y calentadores se intensificaron y luego murieron.

—Abran el circuito principal.

Se trataba de una precaución. Todas las corrientes eléctricas de la nave Habían dejado de funcionar, pero para evitar la posibilidad de que en alguna parte algo pudiera ponerse en movimiento, abrieron los circuitos principales también. El «Terra I» les había enseñado bien la lección: la corriente electrónica y el campo hiperespacial no podían mezclarse.

El ejecutor, un poco pálido, dijo:

—Preparados para saltar.

—¡Preparados! —cantó Yoel en la bocina del compartimiento de generadores.

El lejano rumor de los generadores nucleoforéticos sobresaltó a todo el mundo. Hasta en el puente pudieron notar el roce subsónico y oír el ruido de los motores Diesel que los ponían en movimiento.

El ejecutor inspeccionaba su panel de instrumentos moviendo los labios. Todos en el puente advirtieron que movía los labios y sabían por qué: se estaba asegurando de que conocía las instrucciones

de memoria. Una vez en el hiperespacio puede que fuera posible leerlas, pero puede también que no fuera oportuno.

Delante del cuadro de mapas, en el lugar donde debiera de haberse encontrado el Atlas Celeste, estaba el registro Nancy Eklund con los dedos puestos en los huecos y en los salientes que representaban los análisis en clave de la ruta. Al igual que el ejecutor ponía toda su voluntad en aprenderlos de memoria durante los últimos momentos, antes de que la visión se volviera borrosa y los instrumentos comenzaran a equivocarse. Era su última oportunidad de verlo todo en conjunto.

El ejecutor tenía los ojos fijos en el gran cronómetro. En el momento en que la segunda aguja se puso derecha dijo:

—Salto.

A lo lejos los Diesel gimieron al arrancar los generadores. La nave empezó a brillar y a relucir. Un silbido afilado sonó sin proceder de ninguna parte. En el exterior de la escotilla de cristal las estrellas titilantes giraban formando figuras nuevas y fantásticas.

En la enfermería, al otro lado de la nave, el lugarteniente Groden gritó.

El alférez Lorch intentó cerrar los ojos, pero los molinetes de llamas le habían deslumbrado y guiñó

los ojos para ahuyentar las vertiginosas imágenes. Cuando los volvió a abrir las imágenes habían desaparecido y serpentinadas de luz en forma de látigos cruzaban con fiereza la escotilla. Las serpientes retorcidas se desvanecieron y el planeta Tierra se presentó delante de él verde y acogedor.

Era sólo un espejismo. Fue un espejismo que todos en el puente sufrieron al mismo tiempo. Lorch se dio la vuelta y oyó la voz de Nancy Eklund que murmuraba la ruta de coordenadas, repetidas luego por el ejecutor.

Espejismos, espejismos... Únicamente las voces eran verdaderas. Se debía —pensó Lorch, preocupado— a las velocidades de la luz, a los vectores parciales de radiación y a la polaridad. Pero las palabras no tenían ningún sentido común cuando la realidad estaba delante de los ojos. «C» se volvía infinito y finito a la vez arrastrándose lentamente e inconmensurablemente de prisa. La luz atrapada en la superficie exterior de la escotilla llegó por fin hasta ellos. El movimiento surgió rápido o lento o dando la vuelta o bien sin revelar sus componentes verdaderos.

Veía al capitán estático y firme como una estatua de bronce... Pero ¿era él? ¿O en realidad la figura inmóvil y metálica estaba saltando por el puente y lo que veía Lorch era tan sólo la imagen de una fracción

de segundo capturada y puesta en movimiento? Veía al navegante Ciccarelli que flotaba mansamente a una yarda del suelo y esto sí que era un espejismo y un símbolo, porque las pequeñas partículas magnéticas de sus zapatos hacían que esto fuera imposible. Pero ¿qué representaba todo esto traducido a la realidad?

La luz y los electrones. En el hiperespacio mienten.

—Número seis, número diez —gritó el ejecutor haciendo eco a la biblioteca—. Vuelta completa.

Las voces no mentían. Los fenómenos físicos más burdos eran inmunes a la extorsión del continuo Riemann. Oían lo que tenían que oír. Lo que Nancy Eklund tocaba con sus dedos también era verdadero. Lorch vio o creyó ver que el ejecutor se tomaba el pulso para cotejar los períodos de las sacudidas con los latidos de su corazón. El cronómetro que estaba al otro lado del puente se veía con claridad y sin duda marcaba el tiempo con exactitud, pero la luz que transportaban su mensaje podía mentir. En cambio, los dedos que percibían su pulso no se equivocaban.

—Explosión —ordenó el ejecutor.

Se quedaron colgando allí. Fue lo que consiguieron

Ciccarelli y el ejecutor y el Viejo. Sin la ayuda del Atlas, sin la ayuda de Groden, operando sólo con los recuerdos de la ruta que los había llevado hasta

la órbita del meteorito y con las breves notas tomadas por el capitán.

Si hubieran recordado todo con la precisión de Eklund o del Atlas, si hubieran compuesto todo con exactitud, si pudieran permanecer en la ruta durante el tiempo requerido antes de que el vuelo vacilase, pudiera ser, pudiera, que arribara al punto de donde habían partido y desde allí encontrar con facilidad el camino de regreso a la Tierra

El puente estaba lleno de movimiento y de actividad mientras esperaban. Lorch observó que Ciccarelli se había quitado los zapatos para flotar lo bastante alto como para llegar a las agujas del cronómetro. Que ahora estuviese flotando no era un espejismo —pensó Lorch—. ¿Sería posible que lo que había visto antes fuese la imagen de ahora percibida antes de producirse? Durante la espera cavilaban y hacían hipótesis tan absurdas como aquella. Mientras que el «Terra II» describía una curva completa que correspondía a una línea recta en el sistema Riemann, el ejecutor contaba sus propias pulsaciones pensativamente.

—Propulsores preparados, uno, cuatro, cinco —dijo el ejecutor.

La nave osciló y se puso a temblar.

Luego todo terminó y salieron del hiperespacio y volvieron al cuadro temporal del espacio normal que

contenía su propio sistema solar y su propio planeta. Habían dado marcha atrás tan aproximadamente como pudieron y habían salido.

Contemplaron sin decir palabra las estrellas hasta que bruscamente el capitán dijo:

—Oriéntenos, señor Ciccarelli.

Abajo en la enfermería, el pequeño Conboy, capacitado de nuevo para fiarse de su vista, preparaba una aguja hipodérmica, pero al mirar a su paciente vio que ya no era necesario. Groden, que había gruñido y chillado durante todo el salto en el hiper-espacio, estaba tranquilo otra vez.

Ciccarelli dejó sus instrumentos.

—No hay posición, señor —dijo con voz ronca al capitán—. Hemos comprobado todo en tercera magnitud.

El mentón del Viejo subió un grado de arco, pero eso fue todo.

—Muy bien —dijo—, continúe.

—Lo intentaremos, señor —prometió Ciccarelli—. Empezaré a trabajar con los flojos.

El capitán asintió y se fue andando suavemente, casi de puntillas, en la sutil gravedad del aire. El comandante Broderick llegó para reemplazarle. Contempló cómo se alejaba el capitán y luego entró en la cámara de navegación.

—Si yo fuera el Viejo —dijo meditabundo—,

continuaría aquí.

—Precisamente por eso tal vez no eres el Viejo.

Ciccarelli se asomó por encima del hombro de uno de los tripulantes para examinar la corredera.

—Tal vez —admitió Broderick—, sin embargo, ¿para qué vuelve al puente? Para caer en la misma rutina, volver a saltar y ver qué pasa. Puede dar resultado, no lo niego. Si se dispone de infinito tiempo y de infinito combustible y de dos o tres infinitos más, más tarde o temprano acabaremos por aterrizar en medio del campo de marina de Brooklyn.

—Cuéntale a él tus preocupaciones —dijo Ciccarelli áspero—. ¿Cómo está Groden?

—Se salvará si es que alguno de nosotros se salva.

—Ese —dijo Ciccarelli cogiendo una hoja de observaciones que le tendía un tripulante— es un diagnóstico muy vago, doctor.

El capitán en su fuero interno hubiese estado de acuerdo con Ciccarelli. Andaba sin torcerse ni balancearse por los pasillos que conducían al puente, especulando con una parte de su cerebro sobre las posibilidades, mientras que con la otra parte, más grande y profunda y a la que se podría denominar «área del oficial», anotaba con cuidado las condiciones de la nave.

El combustible y las reservas de alimentos

durarían más que el aire. La enfermería de Broderick era un barullo asiático. Sin los datos del Atlas y sin la habilidad de Groden, sería un milagro volver a la Tierra. Y además, Kerkam, el segundo hombre del espacio, estaba fuera de servicio.

Los compartimientos de las mujeres necesitaban una limpieza de suelos; y ningún cerebro de animal tridimensional podía por definición comprender las geodésicas del espacio de Riemann. Todo era cuestión de intentos, de errores e informes y lo más que se podía esperar era trazar una ruta, una vez encontrasen alguna que les llevase a algún sitio que mereciera la pena. Era —reflexionó con disgusto— una extraña manera de dirigir una nave espacial.

El registro piloto Eklund se había deslizado al área de las mujeres, a poca distancia del capitán.

—Dios mío, pensé que venía hacia aquí.

—¿Tuviste mucho trabajo en el puente? —preguntó su compañera con simpatía.

—No, realmente no; pero él es frío como un pez, Julia. Estaba allí quieto sin asustarse ni nada durante todo el tiempo que íbamos derechos a... ¡Dios sabe dónde! No sabe qué hacer —añadió con amargura—, ninguno de ellos lo sabe.

—¿Crees que estamos perdidos?

—¿Que si lo creo? Lo sé, querida.

Se sentó y se quejó.

—Me duele la cabeza.

—No me extraña —dijo su compañera afectuosamente—; vamos, déjame que te prepare una taza de té.

Nancy Eklund dijo vacilante: —¿Tú crees? Hace tanto calor cuando hierves agua...

—Bueno, no te preocupes por eso. Eres una persona muy importante en esta nave y debes cuidarte.

La biblioteca se dejó convencer pronto, aunque sospechaba que su compañera escondía alguna intención bajo su amabilidad. Pero le dolía la cabeza y estaba cansada. Y ciertamente que en el puente, durante el salto, fue casi la persona más importante de a bordo.

Era un trabajo que Nancy aborrecía fuese importante o no. Menos mal que la mayor parte del tiempo se hallaba en estado de trance y no podía darse cuenta, por ejemplo, de lo que las distorsiones del hiper-espacio influían en su apariencia personal. Pero aun en estado de trance se trataba de un trabajo cansado y aburrido. Parte del material, aunque deformado, se había infiltrado en su conciencia y últimamente había tenido sueños sobre rutas hiperespaciales, puntos de fijación y triangulaciones.

Julia apareció con el té y Nancy Eklund dijo:

—Lamento estar siempre quejándome. Dios sabe

que no es peor de lo que se podía esperar. Cuando lo solicitamos sabíamos ya que era peligroso.

—Pero no que íbamos a destrozarnos los nervios, Nancy, ni tampoco este eterno «debo o no debo encender las luces, debo o no debo poner a hervir el café». Francamente, no. Prefiero morir que estar atacada de muerte por una pequeña preocupación tras otra.

Miró especulativamente a Nancy y dijo en tono distinto:

—Supongo que estás muy cansada...

Nancy Eklund se sentó y la miró.

—Julia, no pretenderás que continúe esa horrible historia.

—No, si no te apetece —dijo su compañera con humanidad—, pero ayuda a pasar el rato y si no estás demasiado ronca...

—Bueno, no. —Nancy tomó un sorbo de té—. Estuve recibiendo y no donando —dijo profesionalmente—. Si de verdad deseas...

—¡Índice! —exclamó Julia triunfal sin darle tiempo a cambiar de opinión.

Al escuchar la palabra clave Nancy volvió a caer en trance; Julia le quitó la taza de té antes de que se le cayera.

—Ficción —dijo. Y le dio también el nombre del autor, del título y el capítulo de la historia de intriga

que había estado «leyendo». Se retrepó relajada en su sillón, en tanto la biblioteca reiniciaba la historia.

No tenía mucha importancia —se dijo Julia—. Después de todo ni Nancy ni ninguno tenían nada que hacer hasta que los entendidos en navegación y computación decidiesen dónde estaban. Y eso probablemente tardaría días en suceder.

Pero se equivocaba. En la sala de guardia el comandante Broderick cavilaba con una taza de café en la mano mirando distraído una partida de bridge, cuando entró Ciccarelli. Parecía cansado. Ni siquiera esperó a que le preguntase, sino que dijo:

—Sí, sí. Averiguamos la posición. No es buena.

—¿Muy lejos? —preguntó uno de los jugadores.

Ciccarelli asintió serio.

—Muy lejos. Hemos obtenido el punto triangulado con nebulosa extragaláctica. Eso les dará una idea. Me figuro —le miró bajo sus cejas espesas— que estamos a más de quince mil años luz del Sol. El alférez Lorch cogió las cartas y empezó a barajarlas maquinalmente; no había nada mejor que hacer, pero su atención no estaba puesta en el juego de bridge.

Quince mil años luz del Sol.

En el hiperespacio —pensó— podría haber sido un viaje de sólo unos minutos. Fuera de las tres dimensiones donde los humanos viven sus vidas

normales, las distancias son cuestión de capricho cósmico. Aldebarán y Betelgeuse pueden llegar en el hiperespacio a estar casi juntos; la Luna y la Tierra pueden estar infinitamente lejos la una de la otra.

Lorch, mirando las cartas sin verlas, se mojó los labios. Habían cruzado el hiperespacio durante unas horas en el tiempo de salto antes de que el meteorito se estrellase contra ellos; y habían estado quizá a mil años luz de la Tierra, quizá a menos. Volvieron atrás paso a paso lo mejor que pudieron por la misma ruta y ahora su nueva posición estaba doce veces más lejos.

Eso entraba en la naturaleza del hiperespacio. Una línea A-B en el universo de Newton puede ser más larga que una línea A-B en el de Riemann o puede ser más corta, pero nunca igual. Y las distancias —pensó Lorch sombríamente— puede que ni siquiera sean comunicativas; A-B más B-C puede no ser y probablemente no es lo mismo que B-C más A-B. Esa era la razón por la cual el Atlas, con sus infinitos conocimientos almacenados, ocupaba un lugar irremplazable en el puente...

—Bid, por favor —dijo alguien con impaciencia. Lorch se sobresaltó.

—Lo siento —dijo volviendo a las cartas—. ¿No os parece que hace mucho calor?

Nadie contestó.

»No lo harán —pensó el comandante Broderick mientras se inclinaba hacia su taza de café frío—. Claro que hace calor. Ni hambre, ni sed, ni sofoco... Calor. Ese será el enemigo del hombre del espacio y lo que les iba a matar a todos. Cada uno de ellos, al respirar, soltaba calor al oxidarse el carbón de su cuerpo. Cada vez que uno de los jets producía explosión, el calor se filtraba de los tubos al interior de la nave. Cada vez que los motores Diesel que dirigían los generadores nucleoforéticos expulsaban y arrojaban, o cada vez que el cocinero freía un huevo o uno de los hombres encendía un cigarrillo, se producía calor.

»Tomemos una tea —se sugirió Broderick—, puede observarse cómo al ponerse al rojo vivo pierde calor. Eso es radiación. Se puede agitar en el aire y dejar que el viento se lleve el calor. Eso es convección. O se puede apagar en un cubo de aceite. Eso es conducción. Son las tres únicas maneras que existen en el espacio de Newton o en el de Riemann para coger el calor de un cuerpo y pasarlo a otro cuerpo. Pero en el vacío las dos últimas no sirven porque no hay materia para realizarlo.

»La radiación —pensó Broderick— es lo único que podría dar resultado. Era una pena que no estuviesen al rojo vivo. Si lo hubieran estado a una temperatura de mil grados se enfriarían rápidamente;

pero a una temperatura de veinte grados centígrados que era la media dentro del armazón del «Terra II», la radiación era pequeñísima.

»La eliminación a través de la radiación era más, mucho más que la fabricada por medio de las fuentes internas de calor, y por eso el calor de la nave aumentaba cada hora.

»Había transcurrido mucho tiempo —recordó Broderick— desde que oyó el silbido del aire que se expandía. Esa era la manera de combatir el calor. Desde los lugares de presión de la nave se sacaba el aire. La expansión se refrescaba y el fresco extraía calor del resto de la nave. “Si se renueva el aire de los tanques de alta presión, hay aire más que suficiente en los tanques para cualquier viaje en el hiper-espacio, ya que no se concibe que alguno dure más de unas pocas semanas... Y eso es todo”.

—Señor —dijo una voz. Y Broderick se dio cuenta entonces que la voz lo había dicho ya antes. Era un asistente que le saludó con respeto.

—¿Qué pasa? —gruñó.

—El cirujano Conboy —dijo el asistente crispado— pregunta si puede usted ir por la enfermería. El lugarteniente Groden está mal.

—Ya voy, ya voy —dijo Broderick y le despidió con un ademán—. Groden —pensó—, ¿para qué iba a preocuparse de Groden? Cocería igual que los

demás en aquel maravilloso crucero por el espacio que no podía durar más de unas cuantas semanas.

—Mataste con un triunfo mi baza —gritó el contendiente del alférez Lorch mientras el cirujano se iba.

Lorch guiñó los ojos y le miró sorprendido.

—Lo siento —dijo maquinalmente. Luego se inclinó y observó el juego más de cerca—. Sólo tengo dos cartas —dijo—. ¿Por qué ese imbécil tiene todavía cinco?

El registro piloto Eklund lo tomó a broma. Se miró en el espejo y dijo a su amiga Julia:

—Me parece que siento muy bien. No comprendo por qué no lo llevamos siempre.

—Tú tienes una figura a propósito —dijo Julia de mal humor comparando su silueta rolliza con la de su compañera—. Estos trajes de baño no caen bien —pensó resentida, aunque sabiendo en su interior que ninguna tela le sentaría tan bien como le sentaba aquella a Nancy Eklund—. ¡Trajes de baño! —dijo irritada—. ¡Oh!, ¿por qué me apuntaría yo para este viaje?

El registro piloto Eklund le dio unos golpecitos en el brazo y salió alegremente al pasillo.

Los tripulantes masculinos también llevaban trajes de baño. Les daba la impresión de estar más en una playa que en el «Terra II», con la diferencia de

que en la nave hacía mucho más calor.

No sólo habían cambiado el uniforme a la mínima expresión, sino que también hubo otros cambios en la rutina de la nave. Ya no giraba para obtener gravedad, por ejemplo. Se les había entregado a todos zapatos con suelas magnéticas porque el giro consumía energía de la nave y la energía representaba más calor del que podían remediar.

Los zapatos magnéticos no estaban mal, pero era preciso concentrarse para recordar la fórmula tacón, punta e inclinación; tacón, punta e inclinación. Y se andaba con una especie de trote parecido al que Groucho Marx, mucho antes de la época de Nancy, hizo famoso.

Se inclinó para entrar en el compartimiento del capitán y ocupó su puesto. Se estaba haciendo un poco pesado aquello —pensó despreocupada—. Todo lo que cualquiera decía era preciso grabarlo en su cerebro y nadie respiraba sin pedirle parte de sus conocimientos almacenados. Aunque cuando grababa estaba dormida. Al despertar se sentía algo refrescada, pero seguía teniendo sueños confusos.

Por un momento se preguntó qué sabría ella en la parte de su cerebro donde se guardaban los informes, la parte que únicamente podían utilizar los de fuera al pronunciar la palabra clave y nunca ella misma.

Los demás oficiales llegaron y el capitán dijo:

—Informes.

Se desplomó. No enteramente, sólo lo necesario para que la tensión natural de los músculos grandes de la espalda alcanzasen un punto de equilibrio y en la no gravedad de la nave inmóvil, su cuerpo dormido, anclado por los zapatos magnéticos, flotase por encima de la silla como la tumba de Mahoma.

El alférez Lorch sintió la mirada del capitán y apartó apresuradamente los ojos de la biblioteca.

—Una chica mona —pensó—. La conveniencia de quitarse ropa tenía sus ventajas. Era una pena que las restantes mujeres de la tripulación no se pareciesen más a ella.

La reunión duró una hora cronometrada, tal como habían durado las reuniones en los once días anteriores. Se consiguió tanto como en las once precedentes.

—Resumiendo —dijo el capitán brusco—: primero, no podemos volver a la Tierra porque desconocemos la ruta; segundo, no podemos intentar volver a través del espacio normal porque no tenemos combustible ni aire; tercero, no podemos quedarnos aquí porque nos asaríamos. ¿Es eso todo?

El ejecutor dijo:

—Eso es, señor. Podemos intentar aterrizar en otro planeta.

—¿Un planeta cercano? —El capitán meditó un

momento—. ¿Qué dice a eso, Ciccarelli?

El navegante se encogió de hombros.

—Si es que lo encontramos, señor. Yo diría que no hay muchas probabilidades. Tenemos muy poca reserva de combustible. Cada vez que saltamos gastamos un poco y si saliéramos de un salto, digamos, por ejemplo, a una décima de año luz de un planeta habitable, quizá se pudiera conseguir. Contamos aproximadamente con una probabilidad entre mil.

El comandante Broderick dijo:

—Señor, lo que se me ocurre es un disparate, pero podríamos intentar una de esas cosas que siempre hacen en las películas: congelar a toda la tripulación de la nave, pongamos por caso. Creo que podría conseguirlo con los productos de que dispongo y si lográsemos bajar la temperatura lo bastante para...

—Eso es lo que no podemos hacer —dijo el capitán.

—Naturalmente —admitió Broderick—; pero caso de hacerlo podríamos sacar mucho aire, tal vez lo suficiente para refrescar la nave. Nadie necesitaría respirar. Y podríamos montar una especie de alarma para cuando llegásemos. No importaría que tardásemos años e incluso siglos. Habría un vacío y ninguna extorsión de la especie... Quiero decir que

no nos pasaría nada.

Ciccarelli dijo reflexivo:

—Imposible. Es el mismo problema de siempre: no tenemos bastante combustible para hacer pruebas. Supongan que encontramos al Sol y nos dirigimos a él. Cuando llegásemos, ¿dónde estaría, a qué velocidad iría y en qué dirección? Tal vez usted sabría decirlo; yo no.

Broderick volvió desalentado a su enfermería y el hombre que había dejado al frente le miró con alivio.

—Se trata de Groden, señor —dijo al instante—; ha estado convulsionándose.

El alférez Lorch, que iba detrás de Broderick, dudó al llegar a la puerta.

—¿Convulsionándose? —preguntó Broderick.

—Sí señor, le puse otra inyección, pero no surtió efecto. Creo que deliraba, señor, le puse tres ampollas...

Las voces se perdieron y Lorch trató de ponerse cómodo, lo que resultaba difícil con la falta de gravedad, sobre todo si se es un oficial y hay que procurar no aparecer ridículo.

Los dos médicos permanecieron dentro mucho rato y cuando el comandante Broderick salió estaba preocupado.

—Lo siento, Lorch —se disculpó. Puso un

cacharro con café en un pequeño hornillo e hizo una mueca—. ¿Quiere café?

Lorch movió la cabeza.

—Demasiadas dificultades para beberlo.

—Tiene razón.

Pero Broderick vertió con cuidado el líquido en un tubo de plástico transparente, midió azúcar y nata y con el pulgar pegado a la abertura del tubo lo agitó. Luego tomó un sorbo.

—No me gusta —confesó—. En un aspecto Groden está francamente mal —dijo—, y es en el que yo no puedo hacer nada.

Lorch preguntó con curiosidad: —¿En qué aspecto?

—En el mental. Tuve que decirle que perdería definitivamente la vista si no podemos llegar a un banco de ojos antes de diez días. Se puede trasplantar un ojo a los nervios ópticos, pero si el nervio muere ya no se puede reemplazar. Lo acogió muy mal.

—¿Grita y se rebela?

—Peor que eso —dijo Broderick—: no pronuncia una palabra. Me consta que tiene dolores terribles; las heridas de los ojos van muy mal. Le di un par de pastillas para dormir los nervios centrales, pero Conboy las encontró debajo de la almohada. Se niega a tomarlas y no dice palabra hasta que se queda

dormido; entonces casi despierta a todos en la nave. Conboy debe de haberle puesto ya unas cincuenta inyecciones, que son demasiadas, pero no podemos dejarle gritar. Se castiga a sí mismo, Lorch.

—¿Se castiga? ¿Por qué?

—Quién sabe. Si pudiera hacerle un E. E. S. llegaría a averiguarlo, pero no puedo tener un electroencefaloscopio en la nave; bastante es que me autoricen a llevar rayos X.

Lorch dijo quizá un poco cáustico: —¿Qué hacían los médicos antes de disponer de todos esos instrumentos? ¿Matar al paciente?

Broderick le miró pensativo.

—No —dijo después de un rato—, claro que no. Con un poco de suerte podría hacerle un análisis verbal y averiguar algunos de sus puntos clave, digamos en cuatro o cinco meses. Eso es lo que se hacía antes de tener el E. E. S. Ahora pongámonos a trabajar, señor.

Los dos empezaron a hacer un inventario de medicamentos que tenía Broderick porque, aunque la idea de congelar a toda la tripulación era ridícula e imposible y hasta quizá, perjudicial, ¿qué otra cosa se podía intentar?

Cada vez hacía más calor.

Hasta Groden lo notó.

Juiciosamente llamó a quien estuviera cerca.

—Por favor, hagan lo que pido. Pongan todo como estaba antes, por favor, por favor, háganlo.

Lo dijo muchas veces de muchas maneras, pero su lengua era de terciopelo negro y su boca una enorme cueva. No oía las palabras ni notaba la lengua contra el interior de las mejillas ni contra los dientes. Dedujo que se debía a las inyecciones que le ponían a cada momento.

—Por favor —dijo—, no me pongan más inyecciones.

Pero no le hacían caso.

Groden se relajó, se esforzaba en relajarse y era difícil. Todo estaba mal en su cuerpo. Por unos lados le dolía y por otros no sentía nada. ¿Y no era aquello en su cintura, en sus hombros y en sus piernas, la presión de cinturones de seguridad? No estaba seguro. Sin embargo, tenía la casi convicción de estar tumbado boca arriba. Por lo menos las voces parecían llegar de puntos que podía localizar. Pero si estaba tumbado boca arriba —se preguntó—, ¿por qué no notaba nada debajo de la espalda? ¿Era posible que la nave estuviese cayendo libremente durante todo aquel rato? Imposible —se dijo.

Volvió a relajarse.

Lo importante era evitar el pánico. Si era capaz de estar relajado físicamente, lo lograría. Se lo habían enseñado en la academia y era verdad. Sólo

que no le habían enseñado lo contrario —pensó con amargura—. No le dijeron que cuando se tenía pánico era imposible relajarse.

No, no era esa la manera de tomarse las cosas —se dijo—. Relajarse. Ocupar la mente con..., con... Bueno, con lo que fuera. Hacer un inventario, por ejemplo.

Primero: hace calor. No hay ninguna duda.

Segundo: algo oprimía su cuerpo en diversos puntos. Parecían cinturones de seguridad.

Tercero: existían voces que llegaban y le hablaban. Condenadas y asquerosas voces que mentían y que... Se contuvo a tiempo.

Cuarto —se dijo—. Cuarto: alguien está poniéndome inyecciones continuamente.

Eran las inyecciones lo que hacían que todo lo restante estuviera tan mal —pensó desesperado—. Quizá las inyecciones eran la causa de todo lo demás —con ansiosa esperanza se dijo—: Claro, las inyecciones. Me están drogando y naturalmente tengo alucinaciones. ¿Quién no las tendría? Si algún día salgo de esto tendré suerte si no me vuelvo loco.

«Cuando salga de esto», se corrigió lamentándose.

Se preguntó si estaría llorando.

Claro que si aquellas voces mentirosas, por casualidad, eran sinceras, no podía estar llorando.

Porque no tenía ojos para llorar. Juiciosamente se dijo que había muchas posibilidades de que en aquello las voces tuviesen razón. Le habían herido cerca de los ojos. Sentía el dolor que era demasiado intenso y concreto para ser irreal. Hacía algún tiempo —no sabía cuánto ni podía empezar a calcularlo—, cuando sólo le inyectaban de vez en cuando, aunque le costaba trabajo moverse y hablar, había estado en perfecta posesión de sus facultades.

De acuerdo, pensó, de manera que me hirieron en los ojos.

Pero el resto era una condenada mentira. Lo creyó durante el espacio de tiempo en que la voz de Broderick le dijo con hipócrita compasión que no volvería a ver de no llegar a tiempo a un banco de ojos en la Tierra. Fue una mentira, pero él lo creyó. Hasta que —recordó triunfal— había visto. Había visto. Estaba tan seguro de que había visto como de que las voces mentían. Fue entonces cuando empezó a sospechar la existencia de un complot horrible y sin sentido.

—¡No! —gritó—. ¡Por favor, por favor, no!

Pero no le oían, puesto que de nuevo le estaban inyectando. Lo notaba. Furioso intentó apartar la mano extraña, mover los labios de mármol, hacer que la lengua de terciopelo hablase.

—Por favor...

En el puente el capitán miraba con insistencia las estrellas desconocidas. Le parecía extrañísimo encontrarse en el puente sin saber adonde iba la nave y sin tener nada que hacer.

Se inclinó hacia adelante en su silla y se desprendió de los pequeños dispositivos magnéticos enganchados en la cinturilla de sus pantalones y anduvo tacón y punta a lo largo del puente.

La pequeña registro Eklund o como se llamara estaba en un rincón humildemente esperando a que se dijese para qué la mandó llamar. El capitán se confesó que en verdad no lo sabía. Después de todo, ¿por qué habría de saberlo? ¡Hacía tantísimo calor!

«Deja de pensar tonterías», se dijo. Luego gritó:
—Eklund, ¡índice!

Automáticamente los ojos de la muchacha se cerraron.

—Empiece de nuevo —ordenó el capitán al ejecutivo—. Hágale decir todas las configuraciones de Riemann otra vez. Tenemos que sacarle todo lo que lleva dentro.

Sabía que lo harían todo porque ya lo habían hecho antes. Pero no sirvió de ninguna ayuda.

Era una suerte que las naves espaciales no estuviesen pintadas —pensó el alférez Lorch sudoroso—. De no ser así seguro que habría tenido que dirigir a una cuadrilla para quitar la pintura. El

«Terra II» había sido soldado con metal sin pintar del color de la aleación, así que su escuadrilla se dedicaba a limpiar los filtros de los conductores de aire. Era un trabajo idiota planeado por estúpidos. Se necesitaban seis hombres trabajando cinco horas para desmontar los tanques de aire y las cajas de unión, cinco minutos para extraer la esponja que estaba en los acumuladores y otras cinco horas para volverlo a montar. Había otro método, que era limpiarlos quemándolos con un arco voltaico y podía hacerlo un solo hombre en menos de tres segundos, pero el ejecutor dijo que se produciría calor.

Y el calor era el enemigo.

Claro que existía otro método aún, y era dejar la porquería donde estaba. Esto no produciría calor alguno, pero tampoco habría tomado tiempo ni ocupado a la gente, lo cual era algo decisivo a los ojos del ejecutor. Un poco de porquería en los nitros carecía de importancia para la dirección de la nave, pero que los hombres permaneciesen ociosos sí que la tenía.

—Dense prisa —gruñó el alférez Lorch.

Los hombres ni siquiera levantaron la vista. Lorch miró a su alrededor apurado. Como oficial tuvo que inspeccionar en varias ocasiones los compartimientos de las mujeres y no podía evitar sentirse un poco violento y fuera de lugar.

Aquella muchacha, la registro... Eklund era su nombre, estaba recitando, ante un auditorio, al otro extremo de la sala, fragmentos de Cyrano de Bergerac y la despedida de Cyrano a Roxanne se inmescuía en los pensamientos de Lorch.

No importaba, no estaba pensando en nada trascendental. Ni él ni nadie en el «Terra II» —se dijo con amargura—. Quince mil años luz. La luz que les llegaba del Sol, débil y difuminada, había sido una brillante luz veraniega sobre las tiendas de piel de los hombres neolíticos. Luego, durante la época glacial, se retiró y la luz de las estrellas más cercanas al «Terra II» refulgían en una tierra inconcebiblemente adelantada, un planeta de titanes mentales...

—Señor Lorch —repetía alguien quejoso.

El alférez se zarandeo y miró al hombre del espacio que tenía delante.

—¿Eh?

—Hemos terminado —repitió el hombre—, ya está todo montado. Los filtros —aclaró.

—¡Oh! —dijo el alférez Lorch. Miró confuso a las mujeres del otro extremo de la sala, pero estaban absortas en la historia de amor de Rostand. Un murmullo de cotilleo le llegó a los oídos.

«... Así que me di cuenta en seguida de que alguien me estaba mirando. Así que llamé al oficial

de guardia y buscamos, pero...».

El alférez Lorch se aclaró la garganta.

—Buen trabajo —dijo distraído—. Pueden irse.

Dio media vuelta y se dirigió a la enfermería. Si regresaba al puente, el Viejo le encomendaría algún otro trabajo y si iba a la sala de guardia el ejecutor encontraría una excusa para mandarle con el Viejo. Y en su propio compartimiento era horrible, abrasaba de calor. Se acercó al cirujano de la nave y preguntó: —¿Cuánto tiempo resistiremos con este calor?

El comandante Broderick dijo irritado: —¿Cómo quiere que lo sepa? Nadie se muere de calor. Otras cosas vendrán primero. Sofoco, sed y hasta hambre quizá.

Lorch observó pensativo al oficial médico. Con los ojos enrojecidos y la cara reflejando preocupación y cansancio, Broderick delataba hallarse bajo una gran tensión. Sus pantalones muy cortos dejaban al descubierto la blancura de pez de su piel; era la piel de un viejo, y Broderick, pese a sus revisiones médicas anuales para comprobar su estado, llegaba a viejo.

Lorch dijo más amable:

—Supongo que tiene usted mucho trabajo.

—Dios mío, sí que lo tengo —dijo el cirujano—. Hoy ha pasado por aquí la mitad de la tripulación. Pequeñas cosas: picazón debida al calor y mareos.

Mareos. ¿Cómo diablos pretenden no tenerlos? Se puede decir que tengo un servicio ininterrumpido de aquí a los compartimientos de las mujeres. Si no necesitan desodorantes son tabletas de sal. Si no son tabletas de sal es alcohol para frotarse —se pasó la mano por los ojos—. Luego —continuó—, lo que más trabajo me da es él.

Señaló la puerta del camarote contiguo. Lorch escuchó y pudo oír la respiración fatigosa del ciego Groden.

Se oyó un silbido en la bocina de comunicación, después un tintineo y una voz que llegaba del puente.

—Comandante Broderick, el capitán le necesita en el puente ahora mismo.

El cirujano parpadeó y juró.

—¿Cómo diablos voy a poder? Dos de mis hombres están enfermos y los otros dos trabajaron por la noche. Muy bien, subiré al puente. Suponga que pasa algo, suponga que Groden vuelve a agitarse.

Miró dudoso hacia la bocina. Lorch dijo absorto:

—Oiga, comandante, yo puedo vigilar durante un rato.

Era una buena idea. Broderick se fue al puente y Lorch, instruido con brevedad en la sencilla tarea de ponerle una inyección en el brazo a Groden si volvía a moverse, le dijo adiós y esperó a que estuviese afuera antes de arrodillarse, silbando, delante de la

vitrina de las medicinas de urgencia.

Broderick le había dado una idea y era una buena idea. Darse friegas de alcohol. ¿Por qué no se le ocurriría antes?

No se dio cuenta de que la pesada respiración de Groden había cambiado de tono y de modalidad. Ahora casi pronunciaba palabras.

El capitán reunió a todos los oficiales de la nave —a todos menos a Groden, que estaba en la enfermería, y a Loreh, quien, según el capitán, podía quedarse a cuidar a Groden— para lo que él llamaba el proyecto desesperado.

No le tomó mucho tiempo explicarlo porque era lo único que les quedaba por hacer y todos en la nave lo sabían.

—Disponemos sólo de cuarenta minutos antes de que le temperatura suba a sesenta grados, según los cálculos. Y esto es lo máximo que el cuerpo humano puede resistir, ¿no es cierto, Broderick?

El cirujano lo tradujo rápidamente a la escala de Fahrenheit. Unos ciento cuarenta grados.

—Eso es, señor —dijo—; si es que podemos soportarlo —añadió al cabo de una pausa—. Hay un par de lugares en la Tierra donde hace ese calor. Cerca del Mar Muerto, Adén, y sitios así, pero no es un calor continuo. Refresca considerablemente al anochecer.

El capitán asintió sombrío.

—Espero —dijo— que encontremos una solución antes de llegar a los sesenta grados, si no... Bueno, si no tendremos el consuelo de no morir de hambre ni de sed. Como ustedes ven, señores, todo está en contra nuestra. Sugerí al lugarteniente Ciccarelli que teníamos una probabilidad entre un millón y me contestó que era un optimista. Pero una probabilidad entre un millón o entre dos millones o cualquier cifra, es mejor que no tener ninguna. ¿No les parece?

Nadie contestó. El capitán prosiguió: —¿Tiene alguien alguna otra idea mejor antes de iniciar el salto?

Nadie la tenía.

—Gracias. Entonces, señores, ocupen posiciones y empecemos. Preparados para saltar.

El capitán ocupó su puesto con aire desenvuelto. Miró aprobatorio como el ejecutor daba el alerta a la nave, luego la orden de preparados y por fin repasaba la lista que culminaba el «salto» en el hiper-espacio.

El capitán era un modelo de oficial sereno y observador, pero detrás de su expresión calmada se mezclaban un montón de cálculos desesperados.

Considérese que la galaxia —pensaba— tuviera una extensión de cien mil años luz y quizá cuarenta mil a través de sus ejes. Se le puede definir como una

figura en forma de lente con un volumen de trescientos trillones de años luz. Si los radios cruzados en el espacio normal están dentro de un volumen de un año luz, querría decir que las probabilidades de salir por accidente dentro del cruce de la distancia de la Tierra serán no una de un millón, ni una de cien millones, ni una de un billón.

Era una probabilidad entre trescientos trillones.

El capitán manejaba los números en su mente con tranquilidad. No tenían sentido. Eran demasiado grandes para ser comprendidos o temidos.

Allí estaba el maravilloso Modelo Ideal.

Groden permanecía tenso y asustado contemplándolo. Hacía tiempo que no le pinchaban. Por el único reloj de que disponía —los latidos de su corazón— se daba cuenta de que había transcurrido así dos horas desde que descubrió que podía mover los labios y los dedos. Se había preguntado el porqué y no se atrevió a hablar ni a moverse después de los primeros intentos, por miedo a que le volvieran a inyectar. Pero ahora ya lo sabía.

Ahí estaba el Modelo Ideal. Lo examinó despacio por todas partes. Ahí estaba la estrella gigante de Hércules y allí estaba el puente del «Terra II». Allí estaba el disco rojo de Beltegeuse y más allá las duchas de los compartimientos de mujeres. Veía las ordenadas filas de las constelaciones con tanta

facilidad como vio que Broderick se había ido de la enfermería y que en su lugar el joven alférez Lorch buscaba algo apresuradamente en la vitrina de las medicinas.

Estaban en el hiperespacio. Broderick se hallaba en el puente. Lorch le cuidaba a él y no se le había ocurrido —ya que el paciente estuvo tan calmado— aplicarle otra inyección.

Groden movió cuidadosamente las manos y se dio cuenta de que harían lo que quisiera. Tenía la impresión de ver, aunque no era precisamente ver —se confesó—. Era como encontrarse solo en una noche sin estrellas en medio de un bosque oscuro. Costaba trabajo acostumbrarse a la oscuridad, pero poco a poco las sombras se hacían familiares.

No era lo mismo, no era cuestión de la pupila del ojo, pero el efecto era parecido. Comprensible o no, el caso era que lo podía utilizar. La maravillosa visión era más completa cada vez y por tanto más maravillosa.

Encontró los cinturones que le ataban y los soltó.

En el puente «vio» cómo el «salto» al azar estaba terminando. Faltaban sólo unos minutos para regresar al espacio normal y para que él volviese a ser ciego.

En la habitación exterior de la enfermería el alférez Lorch comprobaba, sombrío, las alucinaciones del hiperespacio. Era casi seguro —

pensó Groden— que si Lorch le veía lo creería un producto más de los engaños de luz. Lo que importaba, pues, era el ruido, la necesidad de no hacer el mínimo ruido.

Se deslizó por la puerta apoyándose con prudencia en las barandillas. En una cosa tenía razón Broderick, admitió: el dolor. La pérdida de sus ojos ya no se le antojaba demasiado importante después de percibir las maravillas del hiperespacio, pero el hueso triturado, los tejidos y los nervios le dolían.

La negrura de Algon ocultó durante un segundo la estrella radiante y le confundió; se movían más de prisa de lo que pensaba. Apresuradamente volvió a examinar el Plano Ideal asustado por un momento, pero allí estaba el Sol y su familia de planetas y allí estaba la Tierra. El «Terra II» podía estar perdido, pero el lugarteniente Groden no, y si llegaba al puente...

Examinó el puente. Era más tarde de lo que suponía. Sintió las vibraciones en el suelo y se dio cuenta de que el salto había terminado.

Vaciló lleno de pánico.

Oscuridad otra vez, nada de estrellas.

Se quedó allí inmensamente apenado y de golpe el dolor fue más intenso de lo que podía soportar. Tras él se oyó un grito: la voz de Lorch.

—¡Eh, Groden, vuelva aquí! ¿Qué diablos hace

en el pasillo?

Fue la última gota. Groden no tenía lagrimales para llorar pero hizo lo que le era posible.

Broderick se ocupó de la chica Eklund hasta que recobró el sentido. Durante un rato la miró sin comprender, aunque se encontraba bien, mejor — pensó él— que cualquiera en el «Terra II».

—Cansancio cerebral —informó el capitán—. Ha sido un trabajo muy duro para ella forzarse en soportar todo esto.

El capitán asintió imperturbable.

—¿Y bien, Ciccarelli? —preguntó.

El navegante se pasó la mano por el pelo.

—No hay posición, señor —dijo con desaliento —: quizá si llegamos a las estrellas de tercera y cuarta magnitud...

—No se preocupe —dijo el capitán—, si no estamos a un año luz del Sol estamos demasiado lejos para intentar nada. Como ustedes quieran, señores. Daremos otro salto.

El ejecutor asintió débilmente y abrió la boca para dar la orden, pero Broderick protestó:

—Señor, nos desplomaremos todos si no descansamos un rato. Ahora la temperatura está a más de cuarenta y cinco grados. La única manera de sobrellevarlo es con descansos frecuentes y muchos líquidos.

—¿Serán suficientes diez minutos?

El cirujano dudó. Luego se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Carece de sentido pretender efectos duraderos, ¿verdad?

—En efecto —dijo el capitán—. Que se haga así —ordenó al ejecutor.

El capitán entornó los ojos mientras se abanicaba mecánicamente. Cuando el asistente de la sala de guardia le llevó su ampolla de plástico con jugo de frutas, la aceptó y empezó a beber distraído. Tenía números en la punta de la lengua.

El primer salto ciego del proyecto desesperado les llevó dieciséis minutos. Debería procurar reducir el segundo y no emplear más de diez minutos. De esa manera podría reservar tiempo para otro salto completo o casi completo y tal vez para un último intento desesperado de no más de un minuto o dos. Si esto no daba resultado estaban fritos.

—Literalmente —se dijo acerbo.

De hecho —continuó subrayando las entradas con tinta roja en el libro mayor— les quedaba poco que esperar, porque aunque el salto siguiente les colocara en la línea que cruza la Tierra, era preciso considerar el factor tiempo. Sólo les quedaban veinticuatro minutos antes de que el caparazón del «Terra II» pasara de los sesenta grados. Cierto que disponían de una pequeña reserva y que no se había utilizado todo

el gas expansivo. Quedaba una pequeña cantidad en los tanques de compresión y además sería posible sacar algo del aire del ambiente de la nave bajando la presión, más o menos, diez libras por pulgada cuadrada, o tal vez menos.

Eso podría darles tiempo de realizar maniobras en el espacio normal si tuvieran la suerte de salir después de los tres saltos a la línea de la Tierra, contando con que los ángeles del cielo les ayudasen.

—Claro que —se dijo— no lo iban a hacer.

—Señor —dijo el comandante Broderick—, creo que ya podemos empezar.

El capitán abrió los ojos.

—Gracias —dijo gravemente, e hizo una seña al ejecutor.

Era un trabajo rápido ahora. Las lámparas de keroseno estaban encendidas y los circuitos eléctricos cortados. Sólo era cuestión de comprobar y de acelerar los generadores nucleoforéticos.

El capitán observó la rutina con atención. No importaba que los informes para los que estaba tomando nota mentalmente no fueran jamás escritos. Uno de los trabajos de un capitán era fijarse en todo para hacer informes.

—Preparados para saltar —dijo el ejecutor.

Y otro de los tripulantes repitió la orden por las bocinas.

Abajo, en la cámara de los generadores, los hombres esperaban la orden. Cuando llegó levantaron las enormes palancas.

El «Terra II» volvió a meterse en el espacio de Riemann.

Las estrellas titilaron delante de los ojos del capitán y se transformaron en figuras geométricas de colores. La ligera y fatigada figura de la biblioteca, la chica llamada Eklund, se balanceaba y parecía flotar por el puente.

El capitán miró con calma. Estaba acostumbrado a los espejismos del hiperespacio. Hasta podía decirse que los entendía. De los conocimientos almacenados en el cerebro de la muchacha aprendió la conexión entre la potencia eléctrica y la matriz tridimensional.

La luz y los electrones, en el hiperespacio, mienten.

La materia sigue siendo materia —pensó—; las extrañas luces son estrellas y la sutil dejadez de su cuerpo dependía de muchas cosas; porque él podía oír perfectamente y si tocaba algo caliente, los nervios gritaban a su cerebro: ¡quema! Pero los mensajeros entre el cerebro y las estrellas —los fotones y los electrones— que convergían para crear la imagen, marchaban mal; seguían la curiosa línea de Riemann y ningún cerebro regido por las estructuras

de las tres dimensiones podía comprenderlo.

—Ahora mismo —pensó el capitán divertido— me parece ver al viejo Groden aquí, en el puente. Es ridículo. Si no supiera que está dormido en la enfermería juraría que es él.

—¡Capitán, capitán!...

La voz del alférez Lorch se mezcló entre las órdenes monótonas del ejecutor y los ruidos explosivos del puente.

El capitán miró intrigado a los fantasmas de luz.

—¿Alférez Lorch? —preguntó.

—Sí, señor, estoy aquí y Groden también.

La voz de Lorch continuó hablando mientras que el capitán intentaba distinguir algo en el caos de imágenes confusas. Lorch no era visible, a menos que fuera aquella extraña monstruosidad de color verde con una cabeza de fuego. Pero la voz era la de Lorch y la figura de Groden completa y con las vendas blancas sobre los ojos estaba difuminada, pero real. Y las voces decían cosas asombrosas.

—¿Quiere usted decir —preguntó por fin el capitán— que Groden puede llevarnos a la Tierra?

—Eso es lo que quiere decir —dijo Groden con su voz segura de otros tiempos.

El lugarteniente Groden, ciego y vidente, se encontraba a la izquierda del ejecutor y dirigía las rutas y las direcciones. El ejecutor contemplaba

maravillado y sin poderlo creer los fantásticos mapas y obedecía las indicaciones.

En ese momento Groden dio la orden de parar todos los propulsores y regresar al espacio normal. Al momento volvió a ser ciego y el resto de los que estaban en el puente contemplaron una especie de Sol rojizo con una familia de cinco planetas, dos de ellos parecidos a la Tierra y de color verde.

—Esto no es Sol —exclamó el capitán.

—No —contestó Groden—, pero es un sitio donde podemos aterrizar, enfriar la nave y reponer el aire. Nos llevó usted cerca del peligro, capitán.

El «Terra II» bajó silbando a una gran llanura arenosa y se quedó inmóvil con los tubos propulsores echando humo, mientras los de la sección de planetología sacaban sus aparatos e informaban:

—La temperatura, la presión, el análisis atmosférico y las radiaciones son iguales que en la Tierra. En el primer examen no se aprecian venenos ni agentes bióticos.

—No van a ser necesarios más exámenes —dijo Groden—. Este planeta está limpio, capitán.

Guardó silencio aplanado por la gravedad del mundo que había encontrado para ellos. El capitán le contempló cabizbajo durante un momento, pero había cosas más importantes que atender.

—Saquen dos libras —ordenó el capitán.

El oficial de servicio saludó y transmitió la orden por las bocinas.

Habían estado cerca del peligro, desde luego. La presión ambiental dentro del «Terra II» había bajado ya diez libras para que surtiera el mayor efecto de refrigeración posible al soltar el gas. Pero se tratase de un planeta sano o no, nadie podía salir hasta que las presiones del interior de la nave volvieran a ser normales.

Se asomaron por las escotillas para ver el mundo. Estaban cerca de su ecuador, pero la temperatura era bastante fría. Ante ellos se extendía un enorme mar tranquilo. Detrás, un grupo de colinas verdes.

El capitán se dispuso a mandar al primer grupo de exploradores al nuevo planeta habitable.

El grupo de exploradores regresó y el capitán sonrió por una vez.

—¡Maravilloso! —exclamó—, un planeta perfecto para colonizar. Y se lo debemos todo a usted, Groden.

—Sí —dijo Groden.

Estaba tumbado en una litera en la sala de guardia siguiendo órdenes de Broderick.

Broderick había querido inyectarle un calmante, pero Groden se sublevó.

El capitán miraba a su navegante. Las vendas ocultaban su expresión y después de un rato el

capitán resolvió pasar por alto el comentario. Dijo:

—He aquí una medalla para usted, Groden, se la merece.

—La necesitará, señor —dijo el comandante Broderick—, no habrá nuevos ojos para el lugarteniente Groden —parecía viejo, enfermo y deshecho—. Los nervios ópticos están dañados, nada lo puede remediar. Nunca volverá a tener ojos.

—Ya lo sé —dijo Groden sencillamente—. Lo sabía antes de traerles aquí, capitán.

El capitán frunció el ceño sin comprender, pero Broderick captó el significado inmediatamente.

—¿Quiere usted decir que podía habernos conducido a la Tierra? —preguntó.

—En dos saltos —le dijo Groden.

—Entonces, ¿por qué no lo hizo? —gritó el capitán—. Soy responsable de mi tripulación y no puedo consentir que un hombre se quede ciego por hacerse el héroe.

Groden apoyó los pies en el suelo y se sentó.

—Nadie es un héroe, lo único que pasa es que no quise cambiar lo que tengo ahora por lo que tenía antes.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Broderick.

—Esto es más que ver. ¿Quiere usted saber cuántos sistemas del tipo solar hay en cinco mil años luz alrededor de aquí? Se lo puedo decir. ¿Quiere

saber cuál es el aspecto del universo en el hiperespacio? También lo sé, pero no lo puedo describir. Tiene explicación, capitán. Es tan ordenado y tan lógico como nuestro propio espacio. Todo eso puedo verlo ahora y ustedes me ofrecen otros ojos.

—Pero ¿por qué no lo veo yo? —quiso saber el capitán asombrado—. Todos nosotros cerramos los ojos a ratos en el hiperespacio. ¿Por qué entonces no lo vemos?

—El sueño y la muerte son parecidos, pero no son iguales. Tampoco es lo mismo cerrar los ojos que ser ciego. Yo soy ciego en el espacio normal y ustedes son ciegos en el hiperespacio. Esto no es una contestación muy amplia, pero los médicos harán averiguaciones.

El cirujano miró inquisitivamente a la cara vendada de Groden.

—¿Quiere usted decir que cualquier persona ciega puede ver en el hiperespacio?

—Creo que sí —dijo Groden—. De hecho estoy prácticamente seguro.

—Entonces —dijo el capitán—, nuestro deber es regresar a la Tierra y comunicarlo. Pueden equipar cada nave espacial exploradora con una persona ciega.

Groden movió la cabeza.

—Disponemos de mucho tiempo, aun tenemos que explorar un cuadrante de hiperespacio. Conmigo, que puedo ver durante los saltos, terminaremos pronto. Luego regresaremos y les informaremos, pero opino que antes debemos cumplir la misión que se nos encomendó.

—Tiene usted razón —dijo el capitán tras una pausa—. Daré orden de que la nave se prepare para despegar.

Los motores atronaron y el «Terra II» cruzó la atmósfera rumbo a un espacio más profundo.

Tan pronto como la nave estuvo preparada para el salto, el capitán dijo:

—Buena suerte, Groden, es todo suyo. Diríjanos.

Groden notó el zumbido de los generadores a sus pies y de repente el universo se extendió ante él.

No más oscuridad, no más ceguera. Era el fin de las aburridas horas que pasaban los ciegos incurables de la Tierra tanteando el sistema Braille. Ellos iban a ser los ojos de las nuevas flotas superespaciales que surgiesen.

—Es todo suyo, Groden —repitió el capitán.

Groden se aclaró la garganta y empezó con los vectores de ruta.

«Capitán, no sabe la razón que tiene —pensó—, sólo que no será únicamente mío. Será de todos los ciegos que guíen a todos los que puedan ver».

Habría un cambio ahora, pero tendría que esperar a volver a la Tierra y estar entre los ciegos para que se pudiera apreciar.

Las razones de Rafferty

Era el año del proyecto, en la época de las elecciones. «¡Votad a Mudgins! —Exigían los carteles—. ¡Nos da trabajo!».

—¡Gentuza! —Gritaba Girty—. Un buen trabajo se pierde con un estúpido como tú. ¿Te gustaría volver a estar parado?

Rafferty se limitaba a mover la cabeza con la cara llena de pena y el corazón negro de odio.

—Escucha lo que te digo, estropearás todo el proyecto —decía Girty dándose importancia—, y si el proyecto falla, la máquina volverá.

Rafferty asintió de nuevo. No escuchaba, aunque daba esa impresión. Miraba su mano en la mesa. La mano se deslizaba lentamente como una araña de patas gordas sobre la capa de plástico deteriorado. Se deslizaba hacia un cortaplumas.

—Ten cuidado Rafferty —decía Girty—, eres un agitador. Gracias a Dios tengo unos cuantos empleados leales en el proyecto que me tienen al corriente de todo lo que hacen los indeseables como tú. Que no vuelva a oír ninguna queja de ti. Si no te gusta el trabajo puedes marcharte.

Desde luego que no podía, y Girty lo sabía, pero era un modo de terminar la conversación, y después

de darse la vuelta salió fuera del departamento.

Rafferty se quedó allí mirándose la mano, pero no era más que una mano. Su mano, débil y desamparada como él mismo, y el cortaplumas no era más que un cortaplumas. Se levantó pasado un rato y se apoyó distraído en el computador cerrado que podía haberles dejado a todos sin trabajo, de no ser por Mudgins y la nueva era. No se podía decir que estuviera pensando, aunque había mucho que pensar sobre el silencioso computador y su cerrada tapadera de plástico, pero no podía hacerlo.

No bajo la nueva era.

Transcurrió media hora antes de que Rafferty abriese de nuevo los libros, mojara las plumas en tinta roja y en tinta negra y empezara a trazar números. Si Rafferty hubiera sido capaz de sentirse orgulloso, lo habría estado de su manera de llevar los libros del proyecto. Las máquinas le enseñaron cómo llevar los libros, y hasta Mudgins reconocía que las máquinas eran útiles para esa clase de cosas.

La fiebre negra del fondo de su cuerpo se calmó poco a poco, y el artista que vivía en Rafferty, el creador del interior de cada hombre, admiró los números frescos y limpios que trazaba.

Vivió con los números frescos durante toda la tarde. («¡Vota a Mudgins y al día de diez horas!», decían los slogans). Le calmaban. Pero llegó el fin de

la jornada y el viejo y gordo Girty salió de su despacho, cogió su sombrero negro y se marchó sin una sonrisa, sin una palabra...

Entonces fue cuando el calor del fondo de Rafferty resurgió y el humo le dió en las narices. Hasta pasados diez minutos no se levantó para irse. Esperó a que todos los demás se fueran, para que no le viesan salir temblando, con una mirada de íntima desesperación.

Rafferty pasó de largo ante el grupo de mesas, subió por la rampa automática al extremo de la galería y colocó allí su bandeja. Se sentó solo, lo más lejos posible del resto de la gente que tomaba la comida de la tarde. Se sentó y comió lo que tenía delante sin importarle lo que era o a qué sabía, ya que todo tenía el mismo sabor para Rafferty. Todo era amargo, con la amargura que tiene el sabor del odio.

—Le odio —dijo Rafferty apasionadamente—, me gustaría mucho matarle. Creo que sería muy agradable matarle. Gordo Girty, algún día te mataré.

Rafferty se hablaba a sí mismo sin producir sonidos, sin mover los labios. No estaba pensando en voz alta porque no estaba pensando, solamente hablaba, pero no en voz alta. Estuviera donde estuviese, Rafferty se hablaba a sí mismo. Nadie le oía y no tenía intención de que nadie le oyera.

—Odio tus malas entrañas —decía Rafferty, por ejemplo. Y el hombre que estaba a su lado sonreía, movía la cabeza y nunca sabía lo que Rafferty le había dicho.

También hablaba a personas ausentes. Cuando empezó a trabajar en el proyecto, Rafferty pensó que algún día diría aquellas cosas a la gente. Ahora sabía que nunca se las diría a nadie, excepto a sí mismo.

—Eres un cerdo —dijo Rafferty.

Hablaba a Girty que ni siquiera estaba cerca de la cafetería de la nueva era, donde comía el personal del proyecto.

—Dices que soy un agitador cuando lo único que deseo es que me dejen en paz. Crees que me equivoco con los números de los libros. No es verdad. Nunca me equivoco cuando hago los números y los sumo, pero tú crees que sí.

De encontrarse Girty allí le desmentiría, porque, ¿cómo iba a equivocarse Rafferty después de haber sido enseñado por las máquinas? Girty no estaba allí, y alrededor de Rafferty la gente seguía comiendo, hablando y leyendo, a excepción de unos pocos tan solitarios y silenciosos como el propio Rafferty. Ninguno le oyó.

Rafferty cogió el plato grande y lo apartó. Cogió el pequeño, se lo puso delante y tocó con un tenedor la tarta seca, pero rica en vitaminas y expertamente

sintetizada.

—Tu secretaria —dijo Rafferty con su voz silenciosa— comete errores, sin embargo. Quizá debería matarla también a ella, cerdo.

Rafferty terminó su tarta y bajó las escaleras.

—Me echas la culpa de todo —dijo Rafferty entre silenciosos empujones a la gente y encaminándose a la máquina del brebaje de café. Puso un vaso del proyecto y lo metió en el soporte. Levantó la palanca y su vaso se llenó poco a poco con tres chorros de líquido, uno negro, otro blanco y otro incoloro.

—No me tratas bien, cerdo —dijo, y se dio la vuelta.

Un hombre le empujó y Rafferty se quemó la muñeca al caerle parte del líquido caliente.

Rafferty se volvió hacia él con lentitud.

—Eres un cochino —dijo sin voz, sonriendo—. Tu madre andaba por la calle.

El hombre murmuró por encima del hombro: «Lo siento».

Rafferty se acomodó en otra mesa, con un grupo de tres muchachas del proyecto que no le miraron y hablaban bulliciosamente entre sí.

—Te mataré, Girty —dijo Rafferty mientras removía el brebaje de café y lo bebía.

—Te mataré, Girty —dijo. Y se fue a su casa, a la

cama de la habitación colectiva.

John Girty dijo de mal humor:

—Quiero que todos vosotros os portéis esta mañana como seres humanos. Tenemos una visita de importancia de la Fase Cuarta.

El proyecto asintió respetuosamente y se sumió en el trabajo, y cuando el visitante importante llegó y se quedó junto a Girty contemplando el departamento atareado, ni siquiera Rafferty levantó los ojos.

Pero el visitante se fijó en Rafferty, y dijo algo a Girty a media voz.

—¡Oh!, desde luego —dijo Girty—, tenemos toda clase de gente. Ese tiene un mal expediente. Era una especie de artista, de pintor o algo así durante la vieja era. Son muy difíciles de manejar y, como usted puede ver, tienen tendencia a volverse taciturnos.

El visitante volvió a decir algo y Girty rió.

—No creo que le guste —dijo con pesado y enfadado humor—. Que Dios nos ayude si llevamos el proyecto a la manera que a él le gusta. Pero venga a mi oficina, le interesará nuestro proyecto de horas extraordinarias.

Se fueron, y Girty tenía razón: a Rafferty no le importaba que hablasen de él; no más de lo que a San Lorenzo, tostándose en su parrilla, le hubiese importado oír jurar a uno de sus torturadores. A

Rafferty no le quedaba sensibilidad para sentir los pequeños insultos.

El interfono electrónico murmuró algo en la mesa de la vieja señorita Sandburg, y ella se dirigió al despacho de Girty con su cuaderno de taquigrafía retirado de su cuerpo como si mordiera. Una antipática también, ya que era la segunda en mandar en la oficina del proyecto. Había sido esposa y madre hacía tiempo, y decían que realmente no le gustaba trabajar. Pero trabajaba, desde luego.

Rafferty se inclinó sobre sus libros mirando a la puerta de John Girty sin mover la cabeza. Vio a la vieja Ellen Sandburg entrar, y la vio salir diez minutos más tarde con las patas de gallo de sus ojos más acentuadas y los labios pálidos muy apretados.

—Eres una esclava —dijo Rafferty sin sonido—, dejas que te maneje porque te gusta ser una esclava, pero yo no.

Estaba trabajando con los números frescos y se perdió. Los ceros y los cinco y los decimales se movían en una progresión ordenada y no había odio en ellos, nada, sino una rectitud fría e invariable. Pero a las tres de la tarde, cuando tuvo que llevar la lista de pagos del sábado a la oficina de John Girty para que éste la comprobara y la verificase, el frescor se alejó y le dejó ardiendo.

—No besaré tus pies —dijo Rafferty. Y abrió la

puerta sin llamar—. Soy tan importante como tú, cerdo —dijo Rafferty, y silenciosamente tiró el montón de sobres de pago en la mesa de Girty.

Pero Girty ni siquiera le miró, tan sólo gruñó, con su gruñido ronco de cerdo enfadado y mezcló con irritación los sobres.

Cuando Rafferty regresó a su mesa los números ya no le salieron bien. Eran de un rojo caliente y de un negro ardoroso, y giraban y se inflaban ante sus ojos escocidos. Se sentó y los vio girar e inflarse tanto como el gordo Girty. Rafferty se quedó sentado allí con la pluma sujeta sobre el papel y moviendo la mano como si escribiera; pero la pluma no tocó el papel hasta las cinco, la hora temprana de terminar el trabajo los sábados.

Entonces el gordo John Girty salió de su despacho y volvió a arrojar los sobres de pago en la mesa de Rafferty, cogió su sombrero y se marchó.

Los oficinistas y las chicas guardaron sus papeles y cogieron sus abrigos de donde los habían escondido; detrás de las máquinas contables cerradas, e hicieron cola delante de la mesa de Rafferty para que les pagase.

—El proyecto te paga por trabajar, no para que recojas dinero —eso era lo que decía Girty—. En el proyecto el tiempo es trabajo. Te pagan en el momento necesario. Ya sales más temprano los

sábados.

No era justo. Pero lo único que Rafferty podía hacer cuando Girty abandonaba la oficina era mirarle un segundo con el caliente y oscuro corazón asomándole a los ojos y después procurar darse prisa en entregar los sobres de pago.

—Eres un cobarde, Girty —dijo sin sonido. Y entregó un grueso sobre amarillo a Ellen Sandburg—. Ya sabes que odio tus entrañas, así que vete pronto —le dijo—. Aunque esto no te servirá de nada, cerdo. Puedes largarte, pero te cogeré.

John Girty llevaba quince minutos de ventaja. No más. Pero Rafferty perdió más de una hora en localizarlo. Una hora buscando en todos los restaurantes caros donde Girty podía estar. Rafferty aplastaba su frente contra los cristales de los ventanales como un rapazuelo el día de Navidad; pero la mirada negra no era la de un rapazuelo.

Las calles estaban llenas de gente, que tropezaba con Rafferty. Algunos eran descuidados y mal educados, otros, pensativos, y pedían disculpas, y en una o dos ocasiones vio a alguno tan débil y helado como él.

Era una noche de fin de semana, propia para salir, y en cada esquina un hombre de Mudgins subido en una plataforma cubierta de banderas, asustaba a los

transeúntes con profecías de la vuelta del paro y de la máquina.

Rafferty se dio cuenta de que tenía hambre, pero no tenía tiempo de comer; no mientras estuviese buscando al gordo de John Girty y mientras el cortaplumas se hallase secretamente guardado en su bolsillo.

Y al final de la búsqueda vio a John Girty que salía del restaurante más lujoso de todos y se metía en un taxi. Un taxi que costaba dinero de verdad, y allí estaba Rafferty, con dos billetes de a dólar de dinero de verdad en su bolsillo, ahorrados durante meses, y un bolsillo lleno de vales del proyecto.

Lo hizo. Cogió otro taxi para seguir a Girty, pero se sentó con el corazón en la boca detrás del conductor observando los saltos de los números en el contador mientras hacía algo que se parecía bastante a lo que podía ser un rezo. Pero, claro, que no rezaba realmente. En la nueva era no se hacían esas cosas.

Rafferty lanzaba juramentos contra el conductor que había mirado suspicazmente su uniforme del proyecto y sus ojos de pantera, sin saber si acatar la orden de seguir al hombre gordo que iba en el taxi de delante.

—Debería matarte también a ti —dijo Rafferty al conductor en silencio—. Debería cortarte la garganta como voy a cortar la del cerdo gordo con lo que

llevo escondido aquí.

El conductor ocupaba su pequeño asiento allí donde habían quitado los aparatos de control automático para dejar lugar a un conductor humano de la nueva era, e ignoraba que llevaba a un criminal a su espalda.

Afortunadamente para los dólares de Rafferty, fue un trayecto corto. El contador marcaba cuarenta centavos.

—Debería matarte —volvió a decir Rafferty sin mirar al conductor que buscaba cambio, pero contemplando el enorme edificio blanco del estilo de la vieja era, en el que había penetrado Girty—. Merecías que te matara. Te daré una propina e irás a decir a la Policía de Mudgins que estoy persiguiendo a Girty para cortarle el pescuezo. Aceptar mi dinero e ir a la Policía, eso es lo que harás.

Cogió el medio dólar de la palma de la mano del conductor y le dejó los diez centavos.

—Debería matarte también a ti.

Pero el conductor no podía decirles lo que no sabía, de modo que Rafferty compró un periódico en un quiosco y permaneció de pie mirando obstinadamente los titulares, hasta que oyó que el taxi se alejaba. Los titulares de las nuevas ediciones decían: «Liquidación de ochenta mil parados recalcitrantes». «Los legisladores aclaman el

proyecto de Mudgins». Otro era: «Cocinas del proyecto para conseguir una nueva comida de levadura maravillosa».

Hacía mucho tiempo que Rafferty no había leído un titular de un periódico, y por eso mismo tampoco los leyó ahora. Los miró sin verlos hasta que el taxi se hubo alejado, y entonces dirigió la mirada al gran edificio blanco. Era un baño turco.

Viejo cerdo gordo se rió Rafferty en silencio, — tan gordo que tienes que parar en un sitio como éste para morir.

Rompió el periódico por la mitad y lo tiró en la calle. Luego entró, sujetando con una mano lo que escondía en el bolsillo, aunque el portero le miró receloso.

Tuvo que pagar un dólar de dinero de verdad para entrar, lo que le dejó con cuarenta y cinco centavos y los vales del proyecto, los inútiles vales del proyecto, que no servían para entrar en sitios como aquél. Pero ni siquiera necesitaba cuarenta y cinco centavos; no para lo que tenía planeado.

Mas había un problema: tuvo que guardar toda su ropa en un armarito. Toda. Se quedó allí, desnudo. Un hombre flaco y encorvado con ojos de pantera ansiando disponer de un bolsillo. Pero su piel no tenía ningún bolsillo, y tuvo que dejar el cortaplumas largo y afilado dentro del armarito también.

Hacía mucho tiempo —a Rafferty le daba esta impresión—, mucho, mucho tiempo, que alguien que entonces había sido lo que Rafferty era ahora estuvo en un sitio como éste. Fue durante lo que llamaban la vieja era, aunque a Rafferty le parecía que entonces no la llamaban así. Era algo que su mente no asimilaba con claridad.

Pero estaba andando por un pasillo caluroso y lleno de vapor, y no se preocupó más de la evocación. El suelo estaba mojado y había duchas todo a lo largo del pasillo. Se metió en una de ellas y dejó que el agua le resbalase por encima.

Volvió la cabeza bajo el chorro y se escondió mientras que el viejo John Girty pasaba.

Girty estaba desnudo como un recién nacido, suave como una babosa y blando como un eunuco rosado en un harén.

—Escupo —dijo silenciosamente Rafferty al agua que caía—, gordo y fofo. Eres sucio, cerdo.

—Gordo y sucio...

—Te mataré, Girty.

Rafferty permaneció en el cuarto de vaporización atisbando a través del pasillo las mesas de masaje donde el gordo Girty presentaba su carne rosada y blanda para que le diesen masajes. Rafferty no podía ver a través de los cristales empañados, de modo que tenía que abrir la puerta, y cada vez que la abría el

vapor se escapaba contra los hombres desnudos sentados en bancos de madera.

La puerta metálica quemaba la mano de Rafferty, pero a él se le antojaba fría al compararla con el calor oscuro que se le acumulaba en la garganta.

Girty seguía jadeando y resoplando en la mesa de masajes y hablaba con el masajista.

Rafferty cerró la puerta del cuarto de vaporización y contempló el pedacito de infierno donde se encontraba. Por las paredes había sombras borrosas. Algunas eran gordas y otras viejas, pero ninguna tan fofa como John Girty.

Había tres luces en la pared del cuarto de vaporización, altas y pálidas. Una cuarta luz estaba apagada, y Rafferty se sentó debajo de ella en espera de que diese la hora.

—Tengo una navaja para matarte —remachaba en silencio—. Cerdo gordo. Tengo una navaja para sajarte y apuñalarte. Te mataré, Girty.

Rafferty se sentó allí con paciente violencia, como una avalancha que aguarda en las alas de un drama espectacular. No tenía prisa. Podía haber actuado mucho más rápidamente, tan rápidamente como un relámpago o como los rayos de una estrella penetrando por un hueco; pero no tenía prisa.

El tiempo no contaba para la gente como Rafferty, no había impaciencia en la espera de un final, y no se

preocupaba del tiempo perdido. Aunque quizá hubo una época, antes de Mudgins, que sí lo experimentó; antes de la nueva era, antes de que las máquinas enseñaran a Rafferty y a otros iguales a Rafferty cómo hacer el trabajo de las máquinas.

Había llegado el momento de volver a mirar por la puerta. Se levantó, guiñando los ojos irritado por el vapor y salió.

En la sala de masajes Girty estaba tumbado en la mesa con una toalla blanca sobre su fealdad. Un hombre alto y moreno en traje de baño colocaba gafas en los ojos de Girty, apretó un botón y una luz brillante y violeta se encendió sobre Girty.

—Cierra la puerta, condenado.

Una de las pálidas sombras detrás de Rafferty protestaba y lanzó un juramento.

—A tu madre le gustaban los sucios —dijo Rafferty sin voz.

Pero cerró la puerta y salió.

Llegaba la parte difícil. Empezó a andar hacia atrás y de lado como un cangrejo, ocultando la cara hasta de los ojos cerrados y tapados de Girty. Subió a una mesa próxima a la de Girty y se extendió con la cabeza vuelta hacia el otro lado.

—Ponme gafas, cochino —ordenó sin voz al masajista—. Esconde mi cara antes de que Girty me vea.

Sus ojos vigilantes descubrieron un cartel en la pared.

Masaje sueco, un dólar.

Masaje con sal, 0,75.

Lámpara de sol y masaje, 1,50.

Rafferty tenía una moneda de veinticinco centavos y dos de diez, y los vales de proyecto, pero no allí. El masajista llegó y cubrió a Rafferty. Antes de hablar le miró pensativo, pero todo lo que dijo fue:

—Buenas tardes, señor. ¿Desea un masaje sueco?

Rafferty asintió mirando inexpresivo las facciones toscas y morenas del masajista. No podía hablar en alto tan cerca de las orejas gordas de Girty, que escuchaba, pero le bastó hacer un gesto de asentimiento.

—Cualquier cosa, cochino —dijo sin sonido—, un dólar no es nada. Tal vez te pague con la misma navaja que voy a pagar a Girty.

El masajista juntó sus ropas y sus grasas, mientras Rafferty esperaba su turno.

Pensó en el dólar de verdad que alguien en aquel lugar esperaba que abonase; desde luego, pagaría por completo y para siempre antes de llegar a la ventanilla del cajero. Pensó en el cortaplumas que había tenido que dejar en el armarito. La navaja era mejor. Ocho pulgadas de largo y cuidadosamente

afilada. Con una hoja fina que cortaría fácilmente una garganta o se hundiría entre dos costillas.

—Descuartizaré a Girty —dijo al masajista que no lo oía—. También quizá te descuartizaré a ti. Ya sé que también me descuartizará a mí, pero no antes de que haya terminado con el gordo Girty.

Tenía suerte de que la navaja estuviera allí para resolver sus problemas de una vez.

Esperó a que llegase la hora.

La luz sobre Girty se apagó y su masajista dio la vuelta al cuerpo de Girty, que inmediatamente empezó a hablar con el hombre. Rafferty podía oír los golpes de la manos duras y musculosas en la carne rosada y fofa, y la voz aguda y sincopada de Girty.

—Te mataré, Girty —dijo. Y parecía un himno—. Te mataré, Girty —dijo sin sonido.

Girty decía con orgullo: —¡M...! He estado..., hup..., trabajando con Mudgins..., hup..., así. Desde los viejos tiempos..., hup..., del quinto distrito. El y yo...

Rafferty no escuchaba, no exactamente. Dejaba que las palabras entraran en él con tan poca atención como la del masajista, esperando que llegase el momento de terminar. Se produciría alguna clase de señal, le parecía a él, y entonces descuartizaría a Girty.

Sin escucharlo se dio cuenta de que se había producido un cambio súbito en la voz de Girty, y durante un segundo se quedó tenso, sospechando que quizá era la señal.

—Lo siento, señor —dijo el masajista creyendo que le había hecho daño.

Pero Rafferty no volvió a relajarse hasta tener la certeza de que el cambio en la voz de Girty se debió a que estaba saludando a un amigo.

Rafferty miró y vio a otro hombre tan sonrosado como Girty, pero mucho menos gordo, tan viejo, pero mucho menos fofo, que avanzaba tan desnudo como un bebé y hablaba a Girty.

—Acuéstate con perros, imbécil —dijo Rafferty venenósamente y sin producir sonido—, y te levantarás con pulgas. Te lo advierto, adicto de Girty. Te mataré también con una navaja, que te sacaré el corazón antes de que te des cuenta, cerdos.

El masajista le dio la vuelta, y durante un momento a Rafferty le pareció que el hombre iba a descubrir la navaja. Pero no dijo nada. Tan sólo:

—Permanezca tranquilo, señor; dígame si soy demasiado brusco.

Rafferty estaba boca abajo en la mesa, mirando sus dedos que se crispaban en la tela al lado de su cara.

—Las manos también te pueden matar, Girty —

dijo sin voz—, pero la navaja es mejor. Corre y vete con tu adicto, Girty. Vayas a donde vayas yo estaré allí.

Girty y el adicto de Girty hablaban, y Rafferty escuchó la conversación. El amigo emitía quejas mientras que otro masajista le frotaba los músculos de los hombros. El amigo decía: —¿Sesenta horas? Es una buena semana de trabajo, sí, y les impide armar jaleo, no lo niego. Pero existe el factor cansancio, John. Después de sesenta horas un empleado cometerá probablemente equivocaciones.

Girty dijo:

—No si han sido adiestrados. Somételos al plan de la nueva era, y eso es todo.

Se rió con un chillido de cerdo.

—Me gustaría verlos equivocarse entonces.

El amigo dijo:

—Me disgusta someter a la gente a planes.

Girty dijo al cabo de un rato con una voz que seguía siendo la de un cerdo, pero la de un cerdo asombrado y severo: —¿Estará en contra de Mudgins?

Rafferty dejó de escuchar el diálogo porque, ¿qué diablos le importaba a él? El adicto de Girty empleaba un tono defensivo y superenfático, y el mismo Girty parecía hostil y únicamente se permitía sosegar con parsimonia. Hablaban de la jornada

larga y de los horrores de la vieja era y de la máquina, y el adicto de Girty insistía petulante en que el plan de educación por máquinas había tenido errores no específicos.

Rafferty no escuchaba. Los tratamientos aplicados por la nueva era consistían en máquinas que brillaban y zumbaban en sus oídos y martilleaban, martilleaban, martilleaban, hasta que no se podía cometer un error en lo que te habían enseñado a hacer. Porque al terminar te habían convertido en medio máquina, después que las máquinas habían moldeado y forjado tu mente. Y la jornada larga era tiempo suplementario en el proyecto y significaba el fin de..., del estudio o algo semejante, que representaba algo en la época de la máquina y del... del arte o cosa así.

Pero ¿para qué iba a escuchar Rafferty si no le importaba? Era mejor estar tumbado con el conocimiento secreto de que ocho pulgadas de acero afilado esperaban.

John Girty decía con su gruñido ronco de cerdo:

—Te lo digo; Mudgins nos salvó de ir al infierno en una cesta. ¡No te acuerdas bien de la vieja era! Amor. Iglesias. Y estúpidos que daban conferencias sobre cualquier cosa. Se podía votar a quien te apeteciera. Mudgins suprimió todo eso. Tenlos ocupados— decía y evitarás complicaciones. Se

deshizo de la máquina y puso a la gente a trabajar. Si no quieren trabajar como deben, se les obliga. Me acuerdo que el quinto...

Rafferty no escuchaba; no exactamente, pero las palabras eran alimento para su odio. El masajista terminó con él y le dio otra vez la vuelta, y de nuevo el universo se paró durante un segundo con el temor de que el hombre pudiera ver la navaja.

El masajista dijo jovialmente:

—Ya está, señor. Esto hará que se sienta mejor. ¿Qué me dice de unos rayos de sol para tonificar la piel?

Su mano estaba ya en el botón y el tubo de encima se encendió con una luz violeta. Rafferty miró rabioso a través de sus gafas, odiando la oscuridad y el reflejo brillante de la luz.

La voz de Girty resonó: —... Pero éste es el método que Mudgins emplea siempre... ¡Eh, oiga, perdóneme, pero..., eh!

Rafferty se quedó helado. Por el rabillo del ojo vio que Girty le tocaba imperativamente uno de sus flácidos brazos y le miraba con la duda reflejada en sus pequeños ojos entornados. ¡Girty era miope, pero había reconocido a Rafferty!

Era el momento de la navaja. Muy despacio Rafferty descolgó sus piernas hasta tocar el suelo.

—Cerdo sucio —dijo sin sonido. Sintió la navaja

lisa y pulida en su mano. Ocho pulgadas delgadas para matar.

—Sucio, sucio, sucio... —exclamó, pero esta vez en voz alta—. Sucio, sucio, te mataré, Girty.

Ya fuerte, con su propia voz.

Sí, trataron de impedirselo. Se habría reído de ellos de haberse acordado de cómo se reía. ¡Tratar de detener a Rafferty con una navaja de ocho pulgadas en la mano!

Todos empezaron a moverse, a gritar y a correr a la vez, y le sujetaron, pero él se desasíó como el hollín sucio se separa del aire. Y se interpusieron en su camino, aunque les costó trabajo, y él acuchillaba y apuñalaba y cortaba y sajava.

Era un Espartaco y una Lizzie Borden, espadachín y carnicero. Apuñaló a todos hasta el corazón y les abrió de abajo arriba, y por primera vez desde que podía recordar Rafferty fue Rafferty, el señor Rafferty, un hombre que una vez fue un ser humano y, al parecer, un artista, y no un simple trozo de carne adiestrado por una máquina contable. ¡Matar y cortar y llorar! Volcaban los muebles y se retorcían y gritaban como un caballo atado que daba coces contra las paredes en llamas de su establo. Pero él los mató a todos muchas veces; ese Rafferty que era Espartaco y Lizzie Borden... Y al final, también un guerrero samurai.

Cuando por último los hubo matado lo bastante como para calmar su fiebre, se mató a sí mismo. En la boca del estómago, y luego para arriba. Sintió la hoja penetrar y cortarle, demasiado aguda, demasiado afilada para rasgar sólo. El arma de un guerrero. Las ocho pulgadas de acero hicieron de su corazón y de sus pulmones y de sus intestinos comida de gato. Rafferty sintió la muerte, pero valía la pena, valía la pena, valía la pena más que nada en el mundo...

Después de suicidarse quedó sentado y vio cómo sus víctimas corrían a su alrededor. Transcurrieron varios segundos antes de que se diera cuenta de que no estaba muerto.

El amigo de Girty preguntó: —¿Aún sigues pensando que los adiestramientos por máquinas son buenos?

Girty dijo: —¡Uf! El hijo de... Me dio una buena paliza —se frotó la panza dolorida, mirando a la puerta por la que se llevaban al sollozante Rafferty.

—Has tenido suerte —dijo el amigo de Girty—, suponte que hubiera tenido una navaja de verdad en lugar de la colilla de cigarro que recogió. Suponte que a otra persona de tu proyecto le pasa lo mismo, sólo que lleva una pistola de verdad.

Girty dijo con petulancia: —¿Dónde iba a

conseguir nadie una pistola en estos tiempos?

Había vuelto a recobrar el aliento y la seguridad.

—Imagina que lo consiguiera —insistió su amigo.

Girty dijo amenazador:

—Ten cuidado, no puedo soportar que hablen contra la nueva era. Así es que Rafferty se desmoronó. Ya sabía yo que era un débil. No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos, y ¿qué más me da si el que se rompe es alguien como Rafferty?— midió sus palabras escrupulosamente—. La gente como Rafferty son agitadores, no quieren trabajar y no quieren la jornada larga. Les gustaba la vida blanda y podrida de la vieja era y de la máquina. Si no se les somete a adiestramientos adecuados, sin perder un minuto, armarán jaleo. Ya sé que algunos de ellos se desmoronan con mucha facilidad, inservibles. Mudgins sabe lo que hacer con los inservibles. Hace que se amolden o que se desmoronen.

—No me gusta Mudgins ni su sistema —dijo violentamente el amigo de Girty... sin voz.

Tomó asiento preocupado. No tenía la costumbre de hablarse a sí mismo y se preguntó si los demás se hablarían de esa manera.

Girty, que nada había oído, siguió remachando:

—Podría suponerse que hasta una basura como Rafferty desearía ser parte de un algo. ¿Por qué no?

Pues, no. Ha de trabajar con un resentimiento irrazonado... Intentar matarme. ¿Por qué? ¿Qué razones puede tener?

El amigo de Girty no podía contestarle, aunque intuía las razones. Mudgins podía haberle contestado y unos cuantos que rodeaban a Mudgins, también. Unos cuantos que ocupaban altos cargos y que nunca habían sido sometidos a los cursillos de las máquinas, podrían explicarle cuáles eran las razones de Rafferty. Pero sólo unos cuantos. Los demás, muchos millones, nunca podrían saber cuáles eran estas razones. Porque muchos de ellos no las habían conocido nunca y otros habían tenido que olvidarlas.

La ecuación de Einstein

Quizá podríamos haber logrado de una manera u otra hacer estallar el puente Oak o la instalación de Handord. Ciertamente podríamos haberlo intentado. Imagino que haciendo un esfuerzo habríamos encontrado la manera de hacerlo, pero no habría sido bastante. Ni mucho menos. El enemigo ya no era la bomba, sino el mismo $e = mc^3$. Mientras que la semilla estuviera allí el fruto podría resurgir.

Marin se ocupa de la máquina mientras que Lee metía el combustible metálico en el reactor. Marin era un hombre capacitado, así que podía descansar en él de la tensión de los últimos minutos antes de intentar salir a la cubierta de la embarcación.

Era un día despejado, el viento soplaba muy débil desde el interior al mar. Ante mis ojos se extendía la orilla de Staten Island. Árboles y elevaciones desnudas al borde del agua. A mi izquierda se hallaba el brillante lecho de estalagmitas de Nueva York. A pesar de haber transcurrido varias décadas no había nada verde. Las lluvias mojaron y lavaron los isótopos de Staten Island y los nuevos brotes se convirtieron en vapor en la isla de Manhattan. Tendrían que pasar varias décadas más antes de que la hierba creciese en las calles.

Uno de los obreros del astillero de Staten Island me saludó con la mano a un cuarto de milla de distancia del agua y le devolví el saludo. Nos deseaban suerte allí en la isla. Nosotros tres pasamos la tarde anterior con ellos y la conversación fue vibrante y larga.

¡Si pudiéramos tener éxito!

¡Si pudiéramos!

Brindamos con amargura y repetidamente por nuestro éxito, y todos los hombres, mujeres y niños del mundo brindaron con nosotros. Los ciento cincuenta mil y aún más; porque todos nosotros crecimos en la ruina y en el recuerdo de una época gloriosa y todos sabíamos lo que el éxito significaba.

—Jom. —Lee me llamaba por detrás—. Jom, estamos preparados.

Me apresuré a ir al puente de maniobras. Lee estaba en la puerta, y sin decir una palabra volvió a su puesto cerca del reactor. No se atrevía a abandonarlo durante mucho tiempo. Su trabajo en cierta manera era el más importante de todos. El reactor era complicado y peligroso y los «K-masons» que daban fuerza a la prueba procedían de una complicada fusión y fisión difícil de manejar y mortal si se perdía el control.

Marin estaba preparando las coordenadas. Miré

por encima de su hombro los brillantes colores de la pantalla. No había nada que se pudiera entender. Aún no.

—Tengo tiempo ahora —dijo Marin distraídamente cambiando el «bernoer» unos milímetros de su posición—. Pero las preparaciones tridimensionales son difíciles. Si hubiéramos empezado desde Suiza...

—¿Qué Suiza? —pregunté.

El montón de escoria de los Alpes no podría ser barrido en siglos.

Dijo con excitación:

—Ya llega, Jom.

Mantuvo un punto en la elevación de Lausana y bajó la mano a los controles de extensión y de desviación. Lentamente el torbellino empezó a tener sentido. Estábamos viendo una mancha y, de repente, la mancha se transformó en un paisaje montañoso, íbamos hacia una ciudad que aparecía en el horizonte. Marin dio una patada a un interruptor del suelo y un plano traslúcido de la ciudad de Lausana se iluminó en la pared delante de él.

La pantalla guiaba a través de un lago por entre un vacilante grupo de edificios y se detuvo en el interior de una sala de conferencias.

Marin gritó: —¡No lo veo claro! El campo visual...

—El campo visual está bien, Marin.

—Pero está tan oscuro...

Me atacó una risa histérica.

—Está oscuro porque las luces están apagadas, hombre. Tu precisión del tiempo está un poco equivocada, eso es todo. Muévelo de arriba abajo.

Por encima de su hombro me envió una sonrisa avergonzada y movió con cuidado la cuarta aguja. La pantalla sostuvo las figuras borrosas durante un momento; luego las luces se encendieron.

Figuras con aspecto de muñecos andaban hacia atrás en la sala de conferencias mientras que el telón del escenario se levantaba sobre los actores que saludaban. Evidentemente, Marin estaba retrocediendo en el tiempo.

—No demasiado lejos —le previne.

Asintió con la cabeza y delicadamente hizo girar el mando hacia atrás, luego hacia adelante. Una docena de veces se encendieron las luces en la pantalla y cada vez se vio un espectáculo, un ensayo o un concierto.

Luego Marin contuvo la respiración e instintivamente le sujeté del hombro. Ajusté los controles y nos quedamos silenciosos durante unos momentos contemplando lo que antiguamente, en el siglo xx, era una ceremonia suiza de graduación.

Los ojos de Marin fueron más veloces que los

míos. Dijo con calma:

—En la segunda fila; tercera... no, en la cuarta a la derecha. ¿Es él?

Conté. No tuve necesidad de comparar la foto arrancada de una vieja revista que habíamos clavado en la pared.

Era un hombre joven y delgado vestido con un extraño atuendo muy incómodo y un curioso sombrero cuadrado. Sus ojos absortos miraban a través de la gente como si estuviera embebido en un pensamiento remoto. No tenía pipa ni violín ni tampoco pelo espeso y blanco.

Nunca lo tendría.

Tardamos casi media hora una vez encontrados los vectores para que Lee cargara su reactor. Lee estaba absorto en sus máquinas. Marín permanecía cerca de la pantalla, aunque los controles estaban cerrados y era innecesario quedarse allí. Yo no tenía nada que hacer y me paseaba por el puente como un padre que esperara con una historia clínica de quinta generación de partos complicados. Cuando regresé al puente de maniobras Marín me dijo:

—Jora, no puedo hacerlo.

Lee continuaba con su trabajo. Si lo oyó hizo como si no lo oyera. Le dije enfadado:

—No seas idiota— quizá estaba enfadado porque tal vez también yo empezaba a sentir dudas.

Habíamos llegado a considerar que lo más importante en la Tierra era la conservación de la raza humana.

Marin temblaba. Me llené de improperios por haberlo dejado solo después de haber trabajado tanto como para volverse loco.

—Si pudiésemos viajar a través del tiempo... — empezó a decir.

—Viajar por el tiempo es imposible, olvídale.

—Pero ¡no podemos matar a un hombre!

—¿Por qué no?

Explotó: —¡El mayor genio de física teórica que vivió jamás! Un ser humano pacífico y bondadoso que nunca hizo mal a nadie.

Dije con tanto coraje como pude:

—Dos billones de muertos, Marín. Tres continentes desaparecidos y todos los hombres que siguen vivos sufren transformaciones. ¿Cuántos hermanos y hermanas tenías, Marín?

Dio un respingo.

—No sobrevivió ninguno —reconoció—, pero Einstein nada tuvo que ver con ellos. Las bombas fueron fabricadas por otros.

—Pero él les enseñó a hacerlas. No, Marin. El mundo sabía lo que iba a pasar. Mira los libros que aún se conservan, en ellos puedes ver las horribles predicciones de lo que sucedería si estallara una

guerra atómica. Tuvieron razón, ¿verdad? Y aunque sabían las consecuencias no hubo manera de evitar la guerra. Siempre hay guerras, Marín, pero no les dan importancia si sólo muere una parte de la población. Únicamente se les da importancia cuando aniquilan países completos.

Lee nos llamó tan tranquilo como si volviese de la Universidad.

—Preparados, Jom.

Nos miramos un momento y leí la repulsa en los ojos de Marín.

—¿Bien? —pregunté.

Marín tuvo que estar en el control; fue él quien había practicado y diseñado los controles, por lo tanto era el único en saber cómo funcionaban. Yo podría haber encontrado Lausana con bastante facilidad, pero nunca localizar las salidas del tiempo en aquella pequeña área de un cerebro humano donde pudimos hacer lo que habíamos hecho.

De haber sido posible viajar en el tiempo como le hubiese gustado a Marín, hubiéramos podido acercarnos al joven y tal vez razonar con él, quizá raptarle o quizá, si nada de esto hubiera dado resultado, desplazarlo del pasado. Pero el viaje en el tiempo era imposible por definición; la materia no puede dejar sus huellas en el Crono.

Pero los «K-masons», aquellas medio comprendidas y casi inmateriales partículas que eran ondas, no estaban regidas por las leyes de la materia pura. Y aunque no podíamos movernos en el tiempo podíamos enviar un chorro de «K-masons» que quemaban y destruían...

La voz de Marin sonó ronca.

—De acuerdo, Jom —dijo.

Le oí manipular los controles y luego, cuando el chasquido de los «K-masons» azotó y salieron disparados, también le oí, pero no quise mirar a la pantalla. Se me hacía muy duro matar a pesar del deber que me obligaba a hacerlo. No tenía estómago para comprobar como la pequeña figura de la pantalla se doblaba y se desplomaba; no tenía ningún deseo de ver como la luz desvaída moría en aquellos ojos distantes.

Aparte de todo no necesitaba mirar a la pantalla para ver lo que ocurría en el momento en que los «K-masons» ascendían para destruir un cerebro.

Había una ventana a mi lado y vi lo que pasaba fuera.

—¡Santo Dios! —exclamó Lee—, ¡mirad los barcos!

Era lo único que podíamos hacer por el momento: mirar. Dentro del campo de los «K-masons» éramos invulnerables e intocables.

Pero el mundo cambiaba a nuestro alrededor. El seco Manhattan volvía a la vida. El familiar cielo polvoriento y áspero se transformó en un cielo color azul con pequeñas nubes blancas, un cielo que yo conocí por descripciones en libros, pero que nunca soñé ver con mis propios ojos; y el puerto, el enorme y desierto puerto de Nueva York que nos parecía abarrotado con más de tres barcos anclados a la vez, estaba atestado de barcas grandes y pequeñas, lanchas con motor de todos los tamaños y embarcaciones fondeadas y un gigante flotante, casi invisible entre el abigarramiento y que parecía del tamaño de una ciudad.

El proceso de cambio fue completo y el campo de los «K-masons» se desvaneció.

Marin todavía con la cara blanca y temblando por la reacción murmuró:

—Jom, Jom, es un mundo completamente nuevo.

Y lo era. Un mundo que no habíamos conocido nunca. Un mundo donde había millones y aun billones de personas. Un mundo que no había sufrido nunca los horrores de una guerra nuclear.

Una potente lancha se dirigió a nosotros sembrando confusión entre otras menores, y una voz nos gritó por medio de una bocina: —¡Eh, ustedes, los de la embarcación de las marcas verdes!, acérquense y enséñennos su registro y su permiso de

anclar.

Se dirigía a nosotros. Iba a ser un buen golpe para él —pensé aviesamente— comprobar nuestros «documentos». ¿Nos creería? ¿Creería alguien en el mundo lo que habíamos hecho? Seguramente no. Pero tendrían que aprender. Tendrían que creerlo una vez tuviéramos la oportunidad de demostrarlo. Les llenaríamos de dudas porque, ¡sin Einstein no habrían existido las pilas nucleares! Sin los reactores productores no habrían sido posibles los pesados elementos que constituían el poderoso metal que alimentaba a nuestra máquina y soltaba los «K-masons».

Una embarcación más pequeña y más rápida apartó a la lancha de nuestro costado. Era un bote raquítico y remendado que arrastraba un trepidante motor; era ligero y se movía. Cosa extraña, no hacía mucho ruido. Advertí que el motor funcionaba por medio de una batería eléctrica.

Desde el bote, una voz ansiosa preguntó: — ¿Cigarrillos? ¿Golosinas? ¿De dónde sois vosotros?

Los tres que iban en el bote eran muchachos de quince o catorce años y llevaban unos pantalones andrajosos y nada más. Nos pedían tabaco, dinero o cualquier cosa. Lee les contestó y yo estaba a punto de hacerlo cuando Marín me lo impidió.

—Jom, no me gusta esto —dijo inquieto—, me

siento como si me estuvieran estrangulando.

Desde luego respiraba con fatiga y comprendí lo que quería decir. Había algo en aquella impresionante muchedumbre de gente, en los centenares de barcos grandes y pequeños que se movían a nuestro alrededor, en los imponentes edificios de Manhattan y del Staten Island. También yo me sentía oprimido como si estuviera aplastado por una montaña de seres humanos que se agitaban y retorcían. Pero dije, áspero, a Marin que se callara y me adelanté a recibir a la delegación de la potente lancha.

Creí que se trataba de una ocasión ceremoniosa.

—Bien venidos a nuestro barco, amigo de un mundo de paz y plenitud.

El hombre que estaba en la proa de la lancha se quedó con una pierna a medio levantar y me miró sorprendido. Luego alargó la pierna hasta nuestra embarcación.

—Documentos —dijo—. ¿Qué clase de cacharro es este?

—Es una embarcación utilizada para fines científicos —le explique—. Venimos de un mundo diferente. Nosotros...

Dijo con impaciencia: —¿Qué clase de combustible usan? ¿Electricidad? No trate de tomarme el pelo, joven, no se puede cruzar el

Atlántico con electricidad.

Moví la cabeza.

—Los motores llevan petróleo, claro, pero...

—¡Petróleo! —El hombre me miró amenazador. Llevaba un uniforme azul bastante deslucido. Me parece que no se movió, y en ese mismo momento me di cuenta de que llevaba una pistola en un bolsillo lateral.

—Enséñeme sus documentos —repitió—, rápido.

—No tenemos. —Estaba a punto de exasperarme—. No venimos de su época... Quiero decir que es la misma época, pero en una línea de probabilidades diferente. ¿Comprende usted? Nosotros...

Hubo algo de su expresión que me hizo detenerme y meditar unos instantes. Luego dije:

—Mire, si no me explico bien lo lamento. Créame, es algo importante y no puedo explicárselo. Me gustaría ponerme en contacto con un físico.

—¿Un qué?

—Un físico. Si puede ser, uno especializado en ciencias nucleares. O cualquier científico.

Me miró pensativo.

—No tienen permiso para anclar, ¿verdad?

—Desde luego que no.

—Ya veo. —Se acarició el mentón—. Espere un minuto —dijo.

Regresó a su barco. Miré preocupado a mis

compañeros consciente de haber cometido una torpeza en nuestro primer contacto con el mundo que habíamos hecho posible, pero no parecían mirarme muy severamente.

Marin seguía asustado. Lee estaba al otro lado de la embarcación arrojando monedas al agua y los muchachos del bote y gente de media docena de pequeñas embarcaciones, no todos jóvenes, se zambullían para recogerlas, salpicando mucho.

El hombre del uniforme azul volvió al cabo de un momento con otro hombre de uniforme marrón también deslucido.

—... Caso para los federales, no para nosotros—decía el del uniforme azul al acercarse—. Tienen petróleo, no tienen documentación y pretenden venir de fuera.

El del uniforme marrón asintió con la cabeza y dijo fríamente:

—Deberán acompañarnos.

El del uniforme azul preguntó suspicaz: —¿A dónde?

—Al Ayuntamiento de la ciudad de Nueva York, desde luego. Esta es una lancha de la Policía de Nueva York y...

—Dos patrullas del puerto del Estado, no lo olvides. Los conduciremos a Jersey City. Nadie de vuestras andrajosas familias se instalará en esta

embarcación. Necesitamos alojamientos tanto como vosotros.

—¿Y qué hay del petróleo? —gritó el del uniforme marrón—. ¡Nueva York tiene el 60 por 100 de la cuota! Tenemos derecho a cada gota que llega al puerto hasta que cambie y vosotros podáis...

El del uniforme azul se encogió de hombros súbitamente.

—Olvídalo —dijo en un tono distinto—. Podríamos haber llegado a un arreglo. Bueno, lo mismo da. Aquí vienen los federales, así que ya no tenemos nada que hacer ninguno de los dos.

Los federales vestían uniformes tan deslucidos como los otros, pero llevaban gorras de visera y nos condujeron a Nueva York ni a Nueva Jersey, sino al coloso flotante que resultó ser una especie de casco arrumbado y anclado que servía de fuerte y de centro administrativo.

No fue un viaje desagradable exceptuando que el color del agua era de un gris sucio y olía mal al removerse. Gracias a Dios íbamos muy de prisa y esto evitaba que salpicara demasiado.

Dije reconocido al oficial encargado del barco:

—Muchas gracias por habernos librado de aquellos dos. No parecían capaces de comprender lo que intentaba explicarles. Si usted lograra ponerme en contacto con cualquier científico, estoy seguro que

podría explicarle todo a él. Hemos estado haciendo experimentos con penetraciones paracrónicas. Experimentos muy importantes. No exagero al decirle que todos los hombres que viven hoy día nos deben la vida a nosotros. ¿Entiende usted? Es como si...

Me interrumpió: —¿Cuánto petróleo tienen ustedes?

Comprendí claramente que hablar con él también era perder el tiempo. Me limité, pues, a sentarme en silencio hasta llegar a las oficinas flotantes. Se habían negado a autorizar que yo o Lee o Marín nos quedásemos en la embarcación, así que estaba preocupado pensando en lo que los de las barcas pequeñas pudieran hacer en nuestro reactor. Se lo dije a Lee, que se apresuró a tranquilizarme.

—No tiene fuerza ni para herir a un gatito — afirmó convencido—. Lo vaciamos en el perno

—Imagínate que vuelvan a cargar el reactor — insistí.

—¿Con qué? Metimos en el astillero todo el combustible de reserva. Después de todo no podíamos dejarlo siempre al lado del reactor. No te preocupes, Jom, es posible que enreden un poco en los instrumentos, pero créeme, no habrá ninguna explosión nuclear. Tranquilízate. Mira a tu alrededor y disfruta. Esto es, Jom, el mundo con el que soñábamos. No hay ninguna ruina producida por la

bomba atómica. Es un mundo libre, limpio y puro.

Le miré suspicazmente pero no había signo de burla ni en su voz ni en sus ojos, y haciendo un esfuerzo empecé a darme cuenta de que tenía razón.

Cierto que las cosas no eran exactamente como yo soñé que serían en el nuevo mundo. No había tenido en cuenta las multitudes de gente, mayores que las dichas por los libros de historia, ni la evidente escasez de recursos y de materia prima. Pero no existían ruinas en el Nueva York de este mundo y si el Blanco Número Uno no hubiera sido disparado, seguramente el resto de la Tierra habría desaparecido.

Seguí el consejo de Lee: descansé.

Hasta que accedieron a lo que yo les hube pedido, y después de una irritante discusión, me pusieron en contacto con un científico especializado en ciencias nucleares.

—De modo que —silbó mirándome enfadado a través de los gruesos cristales de sus gafas, con la insignia de plata de clasificación de su cuello, brillando y bailando cada vez que tragaba saliva—. De modo que admite que tiene material clasificado en su embarcación.

Dije aburrido:

—Le repito que no tenemos nada clasificado.

Me miró fijamente.

—¿Nada clasificado en un reactor atómico? — preguntó. Hablaba de un modo cortado, dando a cada palabra un énfasis de enfado: ¿Nada. Clasificado. En. Un. Reactor. Atómico?

—Desde luego que no. No procedemos de aquí. Nosotros...

—¡Basta! —me zanjó—. Le voy a decir dos nombres: uno es W. S. Kretchwood. Y el otro... — Me miró hurón a través de sus lentes—. «Brasil». ¿Es correcto?

—¿El qué? —pregunté asombrado.

—No trate de engañarme. Ustedes vienen de Brasil y su reactor está basado en la primera ley de Kretchwood, no intente negarlo.

Me tragué mi ira y procuré aplacarle.

—En mi vida estuve en Brasil. Sé dónde está, sí, allí hay, había, quiero decir, una enorme población, más de quince mil. Pero ese Kretchwood del que me habla me es absolutamente desconocido. Nuestro reactor está basado en la ecuación de Einstein, pero me consta que usted nunca ha oído hablar de Einstein. Esa es la cuestión.

Volvía a explicarle todo otra vez.

Se pasó la mano por la frente.

—Casi empiezo a creerle; ya sé que es una tontería, pero...

—No, no es una tontería, es la pura verdad —

insistí—. Puedo probarlo. No tiene más que examinar nuestro puente de maniobras. Para ustedes, que no saben nada de energía atómica, les será difícil comprenderlo, pero...

—Sí sabemos.

—...Pero la materia y la energía son lo mismo...
¿Sí, qué?

—Sí conocemos la energía atómica —dijo—. Esa es la primera ley de Kretchwood: «E es mayor que e sub n más e sub o.»

Lo escribió en una hoja de papel: $E > en + e0$.

—Esto quiere decir que la energía total de un átomo es mayor que la energía agregada de sus partículas nucleares y orbitales. Eso quiere decir que la energía puede ser soltada por transmutación. W. S. Kretchwood, 1903-1986, si no recuerdo mal.

Le miré estupefacto. ¡Sabían como recoger energía; sabían de la fisión y la fusión; sabían!...

—Pero no deben —dije—. Quiero decir que hemos matado a un hombre... No, perdóneme, estoy un poco confuso. Usted dice que se dan cuenta de las aplicaciones militares y civiles de la energía atómica.

—Hay una fibra de torio debajo de sus pies —dijo.

—Uranio 235...

—Se puede mejorar —admitió—. Estamos

trabajando en el problema de la separación.

—¿Y se proponen hacer una bomba en la zona del viejo distrito de Manhattan?

—Lo llamamos proyecto 44.

Lee, Marín y yo intercambiamos unas miradas.

—Así que, después de todo, habrá una guerra atómica —dije sombrío—. Pero todo esto, ¿no es un secreto de Estado?

—Claro que lo es —dijo malhumorado el hombrecillo de la insignia en el cuello.

—Y, sin embargo, confía en nosotros.

—En el lugar a donde van a ir no tiene importancia. Tenemos lo que se puede llamar áreas especiales reservadas para personas que poseen información impropia sobre energía atómica. No tendrán oportunidad de divulgar lo que saben.

—¡Pero lo que sabemos no es impropio! Usted dijo que nos creía.

Se inclinó hacia adelante bruscamente.

—Si —dijo en un tono denso, lleno de odio—. Creo que por su culpa el mundo no sufrió una guerra atómica hace doscientos años. Y mientras permanezcan en las áreas reservadas acuérdense de esto: espero que se pudran allí.

Entonemos un canto fúnebre en honor de los ciento cincuenta mil hijos del cataclismo atómico.

Matamos a un hombre del pasado y al hacerlo eliminamos a todos ellos con su planeta destrozado y emponzoñado.

Y todo para nada.

No se está mal aquí en el área reservada, aunque somos demasiados.

La nuestra, la que llaman El Proyecto de repoblación Mojave, es la peor de todas porque no tiene ningún recurso natural. El suelo es bastante fértil porque nos traen lodo de Los Ángeles, pero la única agua que entra es la que viene mezclada con el lodo. Todos los sólidos se separan en los tanques de ajustamiento y eliminamos las sales con intercambio de iones. Sin embargo, el sabor y el olor del lodo persisten en el agua.

Pero no nos quejaríamos si fuésemos a continuar siempre así. No nos quejaríamos del sabor del agua o de las limitaciones a nuestra libertad o de la congestión de la tierra. ¡Catorce billones de personas!

Dicen que hace alrededor de un siglo hubo una gran campaña de control de natalidad cuando solamente existían cinco billones de personas. Cualquiera puede darse cuenta de lo que pasó: algunos segmentos de la población respondieron a la campaña, pero la mayoría no. El único resultado del esfuerzo fue que las generaciones siguientes aún

hicieron menos caso de la campaña.

Pero, como digo, no nos quejaríamos de no ver en el horizonte la silueta aplastada del grupo reciente de pilas productoras que pertenecían al Proyecto 44. No creo que duremos más de un año.

Marín duerme en la litera de arriba. Yo no duermo mucho. Durante toda la noche le oigo agitarse y dar vueltas y murmurar. Si escucho con atención puedo descifrar sus palabras que son siempre las mismas.

—Pobre doctor Einstein —dice sordamente. Y después se vuelve a dormir.

¡Pobre doctor Einstein!

¡Pobres de nosotros!

El abuelo Orville

Mahlon engendró a Timothy y Timothy engendró a Nathan y Nathan engendró a Roger y los días de sus años fueron largos en la tierra. Pero luego Roger engendró a Orville y Orville era un sinvergüenza. Engendró a Augustus, Wayne, Walter, Benjamín y Cari, que fue mi padre, y supongo que se estaba pasando de la raya porque entonces apareció Gideon Upshur para arreglar las cosas.

Yo estaba besando a Lucille en el hall cuando sonó el timbre de la puerta y a ella no le hizo ninguna gracia la interrupción. Era un viejo alto con la cara quemada por el sol. Sacudió la nieve de sus zapatos, me miró guiñando sus ojos azules y me preguntó: — ¿Orvie?

Dije:

—Mi nombre es George.

—Límpiate el carmín de la cara, George —dijo, y entró.

Lucille se levantó de prisa y empezó a arreglarse las puntas del pelo. El la miró una vez, se quitó despacio el abrigo, lo colocó en el respaldo de una silla cerca del fuego y luego se sentó.

—Me llamo Upshur —dijo—. Gideon Upshur. ¿Dónde está Orville Dexter?

Hasta entonces yo había pensado echarle, pero al oírle lo pensé mejor. Era la primera vez en un año que alguien llegaba buscando a Orville Dexter.

Le dije, recobrando el aliento:

—Es mi abuelo, señor Upshur. ¿Qué ha hecho ahora?

Me miró.

—¿Eres tú su nieto? ¿Y me preguntas qué es lo que ha hecho? —Movi6 la cabeza—. ¿D6nde est6?

Le dije la verdad.

—Hace cinco a6os que no vemos al abuelo Orville.

—¿Y no sabes d6nde est6?

—No, no lo s6, se6or Upshur, nunca dice a nadie d6nde va. Y a veces ni siquiera nos lo dice cuando vuelve.

El viejo apret6 los labios, se retrep6 en el sill6n enfrente de Lucille y se sirvi6 un whisky de la botella que hab6a sobre la mesa.

—Juro —dijo con una voz vieja, alta y chillona— que estos Dexter son un peligro. Vete a casa.

Se lo dijo a Lucille. Ella le mir6 malhumorada y abri6 la boca, pero yo me adelant6.

—Es mi novia —aclar6.

—¡Ah!, por supuesto —dijo 6l—. Bien, no tengo otra cosa que hacer m6s que esperar a Orvie. ¿Est6 hecha la cama en el cuarto de invitados?

Protesté.

—Señor Upshur, no es que no nos alegre ver a los amigos del abuelo, pero Dios sabe cuándo regresará a casa. Puede ser que llegue mañana, puede que dentro de seis meses o dentro de años.

—Esperaré —repitió por encima del hombro mientras subía las escaleras.

Tenerle de invitado no resultó demasiado molesto al cabo de dos semanas. Telefoneé al tío Wayne para contárselo y me dio la impresión de que la noticia le excitaba.

—¿Un viejo alto y fuerte? —preguntó—. ¿Muy moreno?

—Ese es —dije—. Conoce muy bien la casa.

—Naturalmente. ¿Por qué no la iba a conocer?

El tío Wayne guardó silencio unos momentos.

—Voy a decirte lo que tienes que hacer, George. Reúne a tus hermanos y...

—No puedo, tío Wayne —dije—. Harold está en el servicio militar y William no sé adonde se ha ido.

Volvió a guardar silencio.

—Bien, no te preocupes; te llamaré tan pronto como vuelva.

—¿Vas a algún sitio, tío Wayne? —le pregunté.

—Claro que sí —dijo, y colgó.

De manera que allí estaba yo solo en la casa con Mr. Upshur. Era el inconveniente de ser el más joven

de la familia. Y Lucille tampoco quería venir a mi casa. Fui a la suya un par de veces, pero hacía demasiado frío para conducir el Jaguar, y William se había llevado el Sedán cuando se fue y Lucille se negaba a acompañarme a ningún sitio en el «jeep». Así que lo único que podíamos hacer era sentarnos en su cuarto de estar al lado de su madre que hacía punto y breves comentarios sobre el abuelo Orvie y aquella chica de Eatontown.

Por eso me alegré tanto cuando se abrió la puerta de la cocina y apareció el abuelo Orvie.

—¡Abuelo! —grité—. ¡Cómo me alegro de verte! Hay un hombre...

—Calla, George —dijo—. ¿Dónde está?

—Arriba. Suele acostarse un rato después de subirle yo la bandeja con la comida.

—¿Le subes tú la comida? ¿Qué pasa con los sirvientes?

Carraspeé.

—Bueno, abuelo, después de aquel jaleo en Eatontown, ellos...

—Es igual —me atajó—, sigue con lo que estabas haciendo.

Acabé de echar en el triturador de basuras los desperdicios de los platos y los metí en el fregaplatos. El abuelo estaba sentado con el abrigo puesto y me miraba.

—George —dijo por fin—, soy un hombre viejo.
Un hombre muy viejo.

—Sí, abuelo.

—Mi abuelo es mucho más viejo que yo y su abuelo aún más.

—Por supuesto —dije sensatamente—. Yo no los he visto nunca, ¿verdad, abuelo?

—No, George, por lo menos no creo que hayan vivido mucho por casa en estos últimos años. El abuelo Timothy estuvo aquí en el ochenta y seis, pero no creo que tú hubieras nacido todavía. Pensándolo bien, ni siquiera tu padre había nacido entonces.

—Papá tiene sesenta años —le dije—. Yo tengo veintiuno.

—Así es, George, y tu padre piensa mucho en ti. Precisamente me lo decía hace un par de meses. Me dijo que estás llegando a una edad en que debemos contarte todo sobre los Dexter.

—Contarme, ¿el qué, abuelo Orvie? —pregunté.

—Caramba, George, es lo que estoy haciendo. ¿No te das cuenta de que trato de contarte algo? Lo que pasa es que es difícil de explicar.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Gideon Upshur desde la puerta.

El abuelo Orville se levantó frunciendo el ceño.

—Te agradeceré, Gideon Upshur, que no te mezcles en un asunto de familia.

—También es mi familia, jovencito —dijo Gideon Upshur—, y por eso precisamente estoy aquí. Advertí al primo Mahlon, pero no me escuchó; advertí a Timothy, pero se largó a América. Y he aquí su obra.

—Un hombre tiene derecho a que su nombre se perpetúe —dijo el abuelo Orville con orgullo.

—Una vez, sí. Nunca he dicho que un hombre no deba tener un hijo, aunque sabes que yo nunca he tenido ninguno, Orvie. ¿Adonde llegaría el mundo si todos nosotros tuviéramos tres o cuatro niños como habéis hecho vosotros los Dexter? Primero cuatro, dieciséis cuando éstos tengan hijos y sesenta y cuatro cuando nazcan los nietos. De este modo en cuatrocientos o quinientos años existirían trillones de nosotros. El mundo entero estaría repleto de inmortales retorciéndose y agitándose. Y yo...

—Cállate, hombre —aulló el abuelo Orvie—, no hables delante del chico.

Gideon Upshur se levantó y le gritó a su vez:

—Ya es hora de que lo sepa. Te advierto Orville Dexter que o cambias tus costumbres o yo te las haré cambiar. No he venido aquí para hablar. Estoy decidido a actuar con mano dura si es preciso.

—Hiena apestosa —empezó a decirle el abuelo Orville. Pero inmediatamente, al darse cuenta de mi presencia me ordenó—: Sal de aquí, George, sube a

tu cuarto hasta que te llame. Y en cuanto a ti, viejo idiota, debes saber que estoy tan preparado como tú y si llega la ocasión...

Me fui. El asunto se estaba poniendo feo y no me gustaba abandonar al abuelo Orville, pero las órdenes son órdenes. Mi padre me lo había enseñado. Los ruidos que llegaban de la cocina eran terribles, pero poco a poco se fueron apagando. Todo permaneció silencioso durante mucho tiempo. Un par de horas después empecé a inquietarme, bajé sigilosamente y entreabrí la puerta de la cocina.

El abuelo Orville estaba sentado a la mesa con la mirada perdida. A Mr. Upshur no se le veía. El abuelo Orville me miró y dijo con voz cansada:

—Entra, George, estaba recobrando el aliento.

—¿Dónde se fue Mr. Upshur? —pregunté.

—Fue en defensa propia —dijo precipitadamente—, se creía tan insustituible que se pasó de la raya.

Le miré con fijeza.

—¿Le ha ocurrido algo a Mr. Upshur? —pregunté.

Suspiró.

—A veces pienso que la sangre vieja corre cada vez más débil. Y ahora no me molestes con ninguna otra pregunta hasta que descanse un poco.

Las órdenes son órdenes, como dije antes.

Me di cuenta que el triturador de basura estaba

funcionando y fui a pararlo.

—¡Qué raro! —comenté—. Creí haberlo parado antes.

El abuelo Orville dijo inquieto:

—No te preocupes de eso, olvídalo. Dime, George, no han instalado ningún nuevo desagüe desde que me fui, ¿verdad?

—Ninguno, abuelo. Siguen el pozo seco y la cisterna purificadora de siempre.

—Es una pena —rezongó—. Bueno, no tiene importancia.

Yo le escuchaba distraído porque acababa de descubrir que el suelo estaba recién fregado.

—Abuelo —le dije—, no tienes por qué fregar el suelo. Aunque los sirvientes se hayan marchado, me las arreglo bien.

—Deja en paz a los sirvientes —replicó irritado—. George, he estado meditando. Hay muchas cosas que deberíamos explicarte, pero éste no es el momento oportuno y quizá es tu padre quien debiera hacerlo. Te conoce mejor que yo. Francamente, George, yo no sé cómo decirte las cosas de manera que las puedas comprender. ¿No te diste cuenta nunca de que nosotros los Dexter somos distintos en muchos aspectos?

—Bueno, somos muy ricos.

—No me refiero a eso. Por ejemplo, aquella vez

que te pilló un camión cuando eras niño, ¿no te hizo sospechar nada que curases tan rápidamente?

—Pues no, abuelo —contesté haciendo memoria—. Papá me dijo que nosotros los Dexter siempre nos reponíamos muy de prisa.

Miré bajo la mesa a la que estaba sentado el abuelo.

—Eso que está ahí parecen ropas viejas. ¿No es un traje igual al que llevaba Mr. Upshur?

El abuelo Orville subió los hombros cansado.

—Lo dejó para ti —aclaró—. No me hagas más preguntas ya porque tengo que irme y voy a llegar tarde. Si tu tío Wayne vuelve dale las gracias por haberme avisado que Mr. Upshur estaba aquí. Saludaré a tu padre de tu parte si me lo encuentro.

Bueno, esto sucedió el invierno pasado. Me gustaría que el abuelo volviera para no preocuparme más del problema que me dejó aquí.

Como a Lucille nunca se le pasó el enfado me casé con Alice a mitad de febrero. Me hubiese gustado que algún miembro de la familia asistiese a la boda, pero ninguno de ellos estaba en la ciudad en aquel momento ni han vuelto desde entonces y realmente no eran necesarios, porque yo ya había alcanzado la mayoría de edad.

Fui feliz con Alice desde el primer momento y lo que es aún más importante, comprendí lo que el

abuelo y el señor Upshur estuvieron tratando de explicarme. Sobre nosotros los Dexter quiero decir.

Alice es una chica muy atractiva y una buena ama de casa, lo que resulta muy ventajoso si se tiene en cuenta que no conseguimos que volviera ningún sirviente. Por una parte es mejor, porque la obliga a permanecer mucho en casa.

Caminamos hacia el buen tiempo y me cuesta bastante trabajo apartarla de la tercera terraza, donde está el pozo seco y la cisterna purificadora, puesto que si va allí será inevitable que oiga los ruidos.

No sé. Quizá lo que podría hacer sería retirar la piedra que tapa la cisterna y dejar que lo que está allí dentro agitándose saliera.

Pero temo que esté muy enfadado.

El túnel por debajo del mundo

En la mañana del 15 de junio Guy Buckhardt despertó de un sueño gritando. Era el sueño más real que había tenido en su vida. Aún podía oír la aguda explosión metálica y sentir la violenta sacudida que le arrojó bruscamente de la cama con una abrasadora ola de calor.

Se sentó convulso y miró a su alrededor sin creer en lo que veía: el cuarto tranquilo y la brillante luz del sol que se filtraba por la ventana.

Gruñó: —¿Mary?

Su mujer no estaba en la cama de al lado. Las ropas estaban caídas y en desorden como si se acabara de levantar, y el recuerdo del sueño era aun tan vivo que instintivamente se puso a buscar por el suelo para ver si la explosión la había tirado de la cama. Pero no estaba allí.

«Desde luego que no está», se dijo, contemplando las familiares zapatillas, la ventana intacta y la pared lisa. Sólo había sido un sueño.

—¿Guy? —Su mujer, preocupada, le llamó desde las escaleras—. Guy, querido, ¿te encuentras bien?

El contestó débilmente:

—Sí.

Luego hubo una pausa y Mary dijo dudosa:

—El desayuno está preparado. ¿Te encuentras bien? Me pareció oírte gritar.

Buckhardt contestó ya más tranquilo:

—Tuve una pesadilla, querida, ahora mismo voy.

En la ducha, mientras se frotaba con su colonia preferida, reconoció que el sueño había sido muy extraño, aunque en realidad las pesadillas, especialmente las pesadillas de explosiones, eran muy corrientes. En los últimos treinta años de bombas de hidrógeno, ¿quién no soñaba con explosiones?

Incluso Mary las había tenido, ya que cuando empezó a contarle su sueño ella le atajó: —¿De verdad?— su voz parecía asombrada—. ¡Qué raro, querido, yo he soñado lo mismo! Bueno, no exactamente lo mismo, yo no oí nada. Soñé que algo me despertaba y luego como un golpe brusco y algo me hirió en la cabeza. Eso fue todo. ¿Era el tuyo así?

Buckhardt carraspeó:

—Bueno, no— dijo.

Mary no era una mujer fuerte como un hombre ni valiente como un tigre. Era innecesario —pensó— desmenuzar los pequeños detalles que ayudaron a que el sueño pareciese tan real. No había necesidad de mencionar las costillas abriéndose, ni la bola de sal en su garganta, ni la convicción de que aquella agonía era la de la muerte.

Dijo:

—Puede que efectivamente haya habido una explosión en la ciudad y es posible que el oírlo nos provocara ese sueño.

Mary se inclinó y le acarició la mano distraídamente.

—Puede ser —dijo—. ¿No crees que deberías darte prisa, querido? De lo contrario llegarás tarde a la oficina. Son casi las ocho y media.

Engulló la comida, besó a su mujer y salió corriendo, no tanto para llegar a tiempo como para comprobar si su suposición era cierta. Pero Tylerton tenía el mismo aspecto de siempre. Desde el autobús, Buckhardt miró atentamente por las ventanillas en busca de las huellas de alguna explosión. No había ninguna. Si acaso, Tylerton tenía mejor aspecto que nunca. Era un día claro y fresco, el cielo estaba sin nubes, los edificios limpios y acogedores. Observó que el edificio de Power and Light, el único rascacielos de la ciudad, estaba ennegrecido. Era el inconveniente de tener la principal instalación de productos químicos Contro en las proximidades del centro de la ciudad; el humo de las destilerías dejaba su marca en los edificios de piedra.

Ninguno de los viajeros habituales iba aquel día en el autobús, de modo que Buckhardt no pudo preguntar a nadie sobre la explosión. Y cuando se

apeó en la esquina de Fifth and Lehihg y el autobús se hubo alejado con un quejido amortiguado de motor Diesel, estaba plenamente convencido de que todo había sido pura imaginación.

Se detuvo en el estanco de la entrada del edificio, pero Ralph no estaba detrás del mostrador. El hombre que le vendió el paquete de cigarrillos era un desconocido.

—¿Dónde está el señor Stebbins? —preguntó Buckhardt.

El hombre contestó cortésmente:

—Está enfermo, señor, pero vendrá mañana. ¿Quiere usted hoy un paquete de Marlins?

—Chesterfield —le corrigió Buckhardt.

—Muy bien, señor —dijo el hombre.

Pero lo que alcanzó del estante y le entregó por encima del mostrador fue un extraño paquete verde y amarillo.

—Pruebe éstos, señor —le propuso—. Contienen un elemento antitós. ¿No ha notado usted que los cigarrillos corrientes le hacen toser a veces?

Buckhardt dijo desconfiado:

—Nunca he oído hablar de esta marca.

—Claro que no, son nuevos.

Buckhardt vaciló y el hombre le dijo persuasivo:

—Mire, pruébelos bajo mi responsabilidad. Si no le gustan devuélvame el paquete vacío y yo le

devolveré el dinero. ¿Le parece bien?

Buckhardt se encogió de hombros.

—No pierdo nada, pero deme también un paquete de Chesterfield.

Abrió el paquete y encendió un cigarrillo mientras esperaba el ascensor. No eran malos, aunque desconfiaba de los cigarrillos elaborados con algún producto químico. Sin embargo, no se preocupó demasiado y pensó que el negocio de cigarrillos en el estanco de Ralph progresaría asombrosamente si aquel hombre procuraba convencer a todos los clientes de la misma manera que a él.

Al abrirse la puerta del ascensor se oyó una música amortiguada. Buckhardt y dos o tres personas más se metieron y él saludó en tanto se cerraban las puertas. El hilillo de música cesó de pronto y la voz del locutor que llegaba del techo de la cabina dio comienzo a sus anuncios habituales.

No, no eran los anuncios habituales. Buckhardt se dio cuenta. Había escuchado tantos anuncios durante tanto tiempo que ya su oído no les prestaba atención, pero aquel día los precedentes del programa grabado en la planta baja de aquel mismo edificio le chocaron, no sólo por el hecho de serle desconocidas la mayor parte de las marcas, sino también por tener una modalidad distinta.

Se oían repiqueteos con un ritmo insistente y fuerte anunciando bebidas carbónicas que nunca había probado; también una rápida charla entre, al parecer, dos chicos de unos diez años de edad, relativa a unas golosinas, seguida de un autoritario y grave murmullo que decía: «Vaya corriendo y obtenga un delicioso chocolate y cómase ahora mismo su sabroso Chocobite. ¡Esto es Chocobite!». Se oyó después una quejumbrosa voz femenina: «¡Ojalá tuviera un congelador Feckle! ¡Haría cualquier cosa por un congelador Feckle!».

Buckhardt llegó a su planta y abandonó el ascensor a mitad del último anuncio. Le produjeron una impresión desagradable. Los anuncios no eran de marcas conocidas y no le daban la sensación familiar de siempre.

Afortunadamente la oficina era la misma, con la excepción de que faltaba el señor Barth. La señorita Mitkin, que bostezaba en la mesa de recepción, ignoraba el motivo.

—Llamaron de su casa, dicen que vendrá mañana.

—A lo mejor se fue a la instalación. Está muy cerca de su casa.

Ella le miró indiferente.

—Puede ser.

A Buckhardt le asaltó un pensamiento.

—¡Hoy es 15 de junio! Es el día de pago de los impuestos trimestrales. Tenía que haber venido para firmarlos.

La señorita Mitkin se encogió de hombros para indicar que eso era problema de Buckhardt y no suyo. Siguió arreglándose las uñas.

Exasperado Buckhardt se dirigió a su mesa. No era que no pudiera hacerlo tan bien como Barth — pensó con resentimiento—. Lo que ocurría es que aquél no era su trabajo. Era responsabilidad de Barth como encargado de la oficina central de productos químicos Contro.

Por un momento pensó en llamar a Barth a su casa o tratar de localizarlo en la fábrica, pero rápidamente desechó la idea. No le agradaba la gente de la fábrica y cuanto menos trato tuviera con ella mejor. Había ido una vez allí con Barth y fue una experiencia extraña que en cierto modo le asustó, Exceptuando a un grupo del personal administrativo y de ingenieros, en la fábrica no había un alma; mejor dicho —se corrigió Buckhardt recordando las explicaciones de Barth—, ni un ser viviente. Sólo máquinas.

Según Barth, cada máquina estaba controlada por una especie de computador que reproducía en su engranaje electrónico la memoria y el cerebro de un ser humano. Era desagradable pensarlo. Barth, riendo, le aseguró que no se trataba de un negocio a

lo Frankenstein, robar cadáveres y trasplantar los cerebros en las máquinas. Era cuestión de trasladar el patrón de los hábitos de un hombre, de las células del cerebro a las células de un conducto vacío. Eso no perjudicaba al hombre y tampoco convertía a la máquina en un monstruo.

Pero a Buckhardt le seguía produciendo la misma sensación molesta.

Apartó de su pensamiento a Barth, la fábrica y todo el resto de pequeñas complicaciones y se enfrentó con el pago de los impuestos. Estuvo comprobando números hasta el mediodía. «Barth podía haberlo hecho de memoria y consultando su libro privado, en diez minutos», recordó con resentimiento.

Los metió en un sobre y se dirigió a la señorita Mitkin:

—Como el señor Barth no está será mejor que vayamos a comer por turnos— le dijo—. Vaya usted primero.

—Gracias.

La señorita Mitkin sacó lánguidamente su bolso de un cajón de Ja mesa y empezó a maquillarse. Buckhardt le tendió el sobre.

—¿Le importaría echar esto en correos? ¡Ah, espere un momento! Me pregunto si debería telefonar al señor Barth para consultarle. ¿Le dijo su

mujer si se le podía telefonear?

—No lo dijo —la señorita Mitkin se limpió los labios cuidadosamente con un «kleenex»—. De todos modos, no fue la mujer quien llamó. Fue su hija.

—¿La niña? —Buckhardt frunció el ceño—. Creí que estaba fuera en un colegio.

—Fue ella la que llamó, es todo lo que sé.

Buckhardt volvió a su mesa y contempló con fastidio el correo sin abrir. Le desagradaban las pesadillas. Le estropeaban el día entero. Debía de haberse quedado en la cama como Barth.

De regreso a su casa tuvo un encuentro singular. En la esquina donde usualmente cogía el autobús se había aglomerado la gente. Alguien vociferaba acerca de una nueva marca de congeladores, de modo que anduvo una manzana más allá. Vio acercarse el autobús y echó a correr. Pero a su espalda alguien le llamaba por su nombre. Miró por encima del hombro y vio a un hombrecillo que iba apresuradamente hacia él.

Buckhardt dudó un momento, pero al fin lo localizó. Se trataba de un conocido suyo llamado Swanson. Buckhardt vio contrariado que el autobús se alejaba. Dijo: —¡Hola!

La expresión de Swanson era desesperadamente ansiosa.

—¿Buckhardt? —preguntó con rara intensidad.

Luego se quedó allí de pie, en silencio, mirando la cara de Buckhardt con una avidez expectante que se transformó en una débil esperanza y al final en decepción. «Está buscando algo, esperando algo», pensó Buckhardt. Pero fuera lo que fuese, Buckhardt no sabía cómo complacerle.

Buckhardt tosió y dijo otra vez: —¡Hola, Swanson!

Swanson ni siquiera respondió al saludo. Se limitó a dar un profundo suspiro.

—No hay nada que hacer —murmuró aparentemente para sí mismo.

Saludó distraído a Buckhardt con un movimiento de cabeza y se marchó. Buckhardt vio cómo los hombros hundidos desaparecían por entre la muchedumbre. «Ha sido un día muy extraño», pensó. Un día que no le había gustado. Las cosas no marchaban bien.

Mientras iba en el autobús caviló sobre ello. No es que hubiera ocurrido nada terrible ni desastroso; era simplemente algo que estaba al margen de sus costumbres. Uno vive su vida como cualquier otro y forma un molde de impresiones y reacciones. Se esperan las cosas de antemano. Al abrir el armarito del cuarto de baño se espera que la maquinilla de afeitarse esté en el segundo estante; cuando se cierra la puerta de la casa se sabe que hay que dar un tironcito

especial para terminar de encajarla.

Las cosas que marchan bien y son perfectas no son las familiares en tu vida. Son las cosas que funcionan algo mal: el último tironcito a la puerta, el interruptor de la luz en el descansillo de la escalera, que hay que apretar un poco más porque tiene el muelle algo flojo; la alfombra que resbala bajo los pies...

No es que las cosas fueran mal en la rutina de Buckhardt. Lo que pasaba era que estas pequeñas cosas que funcionaban mal ese día no funcionaban como siempre. Por ejemplo, Barth, que siempre iba a la oficina, no había ido hoy.

Buckhardt siguió cavilando durante la cena. Caviló a pesar de los esfuerzos de su mujer durante toda la tarde para que se interesara en la partida de bridge con los vecinos. Los vecinos eran gente que le gustaba. Anne y Darley Dennerman. Los conocía desde siempre, pero aquella noche también estaban raros y preocupados, y casi no prestó atención a las quejas de Dennerman por no haber conseguido un buen servicio telefónico, o a los comentarios de su mujer sobre lo molesto que era tanta cantidad de anuncios publicitarios en la televisión en los últimos días.

Buckhardt estaba a punto de conseguir un récord de abstracción permanente cuando de pronto,

alrededor de medianoche y con una vertiginosidad que le sorprendió —se dio cuenta de lo que pasaba— dio media vuelta en la cama e instantáneamente se quedó profundamente dormido.

En la mañana del 15 de junio Buckhardt se despertó gritando. Había tenido el sueño más real de su vida. Aún podía oír la explosión y sentir la violenta sacudida que le había incrustado en una pared. No le parecía natural encontrarse sentado en la cama de un cuarto tranquilo.

Se oyó el taconeo de su mujer que subía las escaleras.

—Querido —gritó—, ¿qué te pasa?

El murmuró:

—Nada, una pesadilla.

Ella respiró con la mano en el corazón. En tono de reproche empezó a decir:

—Me has dado un susto...

Un ruido en el exterior la interrumpió. Se oía el lamento de sirenas y tintineo de campanas. El ruido era fuerte e impresionante.

Los Buckhardt cambiaron una mirada y se abalanzaron asustados a la ventana. No había coches de bomberos en la calle, únicamente una furgoneta que circulaba despacio. Encima llevaba altavoces relucientes de los que surgía el sonido chillón de las sirenas creciendo en intensidad y mezclándose con el

ronquido de los pesados camiones y el tintineo de las campanas. Era una grabación perfecta de tanques de bomberos llegando al lugar del siniestro.

Buckhardt dijo estupefacto:

—Mary, esto va contra la ley. ¿Te das cuenta de lo que hacen? Emiten grabaciones de un fuego. ¿Qué es lo que pretenden?

—Quizá es una broma —sugirió su mujer.

—¿Una broma? ¿Despertar a todo el vecindario a las seis de la mañana? —Movi6 la cabeza—. La Polic6a estar6 aqu6 dentro de diez minutos —dijo—, ya lo ver6s.

Pero la Polic6a no lleg6 ni al cabo de diez minutos ni m6s tarde. Quien quiera que fuese el que hab6a organizado aquello ten6a, al parecer, permiso de la Polic6a para hacerlo.

La furgoneta se situ6 en medio de la calle y permaneci6 silenciosa durante unos minutos. Luego se oy6 un crujido en el altavoz y un vozarr6n cant6: «¡Congeladores Feckle! ¡Congeladores Feckle! ¡Tiene usted que tener un congelador Feckle! Feckle, Feckle, Feckle, Feckle, Feckle...».

Sigui6 y sigui6. Ya, entonces, hab6a caras en todas las ventanas de las casas. La voz no era solamente fuerte, era casi ensordecedora.

Buckhardt grit6 a su mujer por encima del ruido: —¿Qu6 diablos es un congelador Feckle?

—Alguna clase de congelador, imagino, querido —respondió ella sin cooperar.

Bruscamente el alboroto cesó y la furgoneta guardó silencio.

Era una mañana brumosa; los rayos del sol llegaban horizontalmente a través de los tejados. Era imposible creer que sólo momentos antes el silencioso barrio había estado dominado por los bramidos que anunciaban un congelador.

—Es un estúpido truco de publicidad —dijo amargamente Buckhardt.

Bostezó y se apartó de la ventana.

—Deberíamos vestirnos. Me imagino que éste es el fin de...

El bramido le pilló de espaldas. Fue casi como un golpetazo en sus oídos. Una voz desgarrada y chillona, más potente que la trompeta del Arcángel, aulló: «¿Tiene usted un congelador? Es una porquería. Si no es un congelador Feckle es una porquería. Si es el congelador Feckle del año pasado, es una porquería. Únicamente el modelo Feckle de este año es el bueno. ¿Sabe usted quién posee un congelador Ajax? Los estúpidos tienen congeladores Ajax. ¿Sabe usted quién tiene un congelador Triplecold? Los maleantes tienen congeladores Triplecold. Cualquier congelador excepto el nuevo congelador Feckle es una

porquería».

La voz chilló con rabia: «Le estoy previniendo, salga y compre un congelador Feckle ahora mismo. Dese prisa. Apresúrese a comprar un Feckle. Apresúrese a comprar un Feckle, apresúrese, apresúrese, apresúrese. Feckle, Feckle, Feckle, Feckle, Feckle».

Por fin se calló. Buckhardt se humedeció los labios. Empezó a decir a su mujer:

—Quizá deberíamos llamar a la Policía y...

Los altavoces vomitaron de nuevo. Le cogió desprevenido. Estaba previsto que le cogieran desprevenido. Chillaban: «Feckle, Feckle, Feckle, Feckle, Feckle, Feckle. Los congeladores baratos arruinarán su comida, le harán enfermar y vomitar, le harán enfermar y morir. Compre un Feckle. Compre un Feckle. Compre un Feckle. Compre un Feckle. ¿No ha sacado usted nunca un pedazo de carne de su congelador y ha visto lo blanda y podrida que está? Compre un Feckle. Compre un Feckle. Compre un Feckle. Compre un Feckle. ¿Quiere usted comer aumentos podridos, apestosos? ¿O quiere usted ser razonable y comprar un Feckle, Feckle, Feckle?».

Esto le decidió. Con dedos temblorosos consiguió al fin marcar el número de la comisaría. Estaban comunicando. Al parecer no era el único a

quien se le había ocurrido la idea. Y mientras volvía a marcar, agitado de indignación, el ruido cesó. Miró por la ventana. La furgoneta se había ido.

Buckhardt se aflojó la corbata y pidió otro refresco «Frosty Flip» al camarero. ¡Si no hiciera tanto calor en el café Crystal! Ya era suficiente tener que soportar la nueva decoración de rojos apagados y amarillos cegadores para que encima hubieran cometido el error de creer que se hallaban en enero en lugar de junio y la calefacción tuviera cinco grados más que la temperatura del exterior.

Apuró el refresco en dos sorbos. Tenía un sabor peculiar, pero no era malo. Verdaderamente refrescaba, tal como había dicho el camarero. Pensó comprar una caja de «Frosty Flip» de regreso a su casa. A Mary le gustarían. Las cosas nuevas le interesaban siempre.

Al ver que la chica cruzaba el restaurante hacia él se levantó con torpeza. Era la muchacha más bonita que había visto nunca en Tylerton. Iba erguida, tenía el pelo de la tonalidad de la miel y un cuerpo espléndido. Fácilmente se advertía que lo único que llevaba encima era el ligero vestido. Se notó enrojecer cuando ella le saludó.

—Señor Buckhardt —la voz sonaba como lejanos tantanes—, es muy amable por su parte permitir que le hable después de lo de esta mañana. El se aclaró

la garganta y dijo: —Nada de eso. ¿Quiere usted sentarse, señorita...?— April Horn —murmuró sentándose, no en el sitio que le había señalado enfrente, sino a su lado—. Llámeme April, por favor.

Buckhardt, con la poca claridad de mente que aún le quedaba, notó que ella usaba perfume. No era justo que ella pudiera llevar perfume tan bien como cualquier otra cosa. Intentó entablar conversación cuando se dio cuenta de que el camarero se alejaba ya con un pedido de solomillos para dos. —¡Eh!— objetó.

—Por favor, señor Buckhardt —su hombro estaba junto al suyo, su cara vuelta hacia él, su aliento era tibio, su expresión tierna y solícita—. Esto corre a cuenta de la compañía Feckle. Por favor, déjelo, es lo menos que pueden hacer.

Notó que le introducía algo en el bolsillo. —He metido el dinero de la comida en su bolsillo— susurró con complicidad—. Por favor, hágalo por mí. Pero le agradeceré que sea usted quien pague al camarero porque soy anticuada en según qué cosas. Sonrió melosa y después remedó burlonamente la actitud de una mujer de negocios.

—Debe aceptar el dinero —insistió—, hará usted un favor a Feckle si lo hace. Podría sacarles todo el dinero que quisiera por haberle molestado esta mañana como lo hicieron.

Aturdido, como si acabase de ver que alguien hacía desaparecer un conejo en un sombrero de copa, dijo:

—Bueno, realmente no fue para tanto, April, un poquito ruidoso pero...

—¡Oh, señor Buckhardt! —Los ojos azules se abrieron admirados—. Sabía que usted lo iba a entender. Es que, verá usted: se trata de un congelador tan maravilloso que algunos de los empleados salieron para hablar de él. Tan pronto como la oficina central se enteró de lo que pasaba mandó representantes a los vecinos del barrio para pedir disculpas. Su mujer nos dijo dónde podríamos telefonarle a usted y estoy tan contenta de que me permita comer juntos para poder disculparme... Porque realmente, señor Buckhardt, es un congelador fantástico. No debería decirle a usted esto, pero... — Los ojos azules se bajaron avergonzados—. Yo hago cualquier cosa por los congeladores Feckle. Para mí es algo más que un simple trabajo —levantó la vista. Era encantadora—. Estoy segura de que usted piensa que soy tonta, ¿verdad?

Buckhardt tosió.

—Bueno, yo...

—¡Oh, no se esfuerce en ser amable! —Movi6 la cabeza—. No, no lo haga. Usted cree que es una tontería, pero señor Buckhardt, no lo creería así si

conociera más detalles sobre Feckle. Déjeme enseñarle este pequeño catálogo...

Buckhardt volvió a la oficina con una hora de retraso. No sólo fue la muchacha quien le hizo llegar tarde. Había tenido un curioso encuentro con un hombrecillo llamado Swanson, al que apenas conocía y que le paró en la calle con una urgencia desesperada y desapareció después dejándole suspenso.

Pero no había que darle mucha importancia. El señor Barth, por primera vez desde que Buckhardt trabajaba allí, no había ido a la oficina, dejándole el trabajo de firmar los pagos de los impuestos trimestrales.

Lo más importante —pensó— era que sin saber por qué había firmado el pedido de un congelador Feckle de doce pies cúbicos, último modelo, con descongelación automática y por un precio de 625 dólares con el descuento «de cortesía» del diez por ciento «como compensación al desagradable asunto de esta mañana, señor Buckhardt», le aclaró ella.

Lo que no sabía era cómo explicárselo a su mujer.

No tenía por qué haberse preocupado. Al entrar, su mujer le dijo casi inmediatamente:

—Me pregunto si podemos permitirnos un nuevo congelador, querido. Vino aquí un hombre para

disculparse por el alboroto de esta mañana y...
Bueno, empezamos a hablar y...

También había firmado una hoja de pedido.

«Ha sido un día condenado», pensó Buckhardt a la hora de acostarse. Pero el día no había acabado, En las escaleras, el muelle flojo del conmutador se negó a funcionar. De mal humor lo apretó repetidamente y acabó por estropearlo por completo. Los plomos se fundieron y la casa se quedó sin luz.

—Demonio —masculló Guy Buckhardt.

—¿Se ha ido la luz? —preguntó la mujer medio dormida—. Déjalo para mañana, querido.

Buckhardt movió la cabeza.

—Vuelve a la cama, en seguida termino.

No era que tuviese mucho interés en arreglar los plomos, pero estaba demasiado nervioso para irse a dormir. Quitó la llave estropeada con un destornillador y andando a tientas por la cocina encontró la linterna en la oscuridad. Bajó las escaleras del sótano con cuidado. Localizó lo que quedaba del plomo, arrastró un baúl vacío bajo el contador de la luz y subido a él desenroscó la tuerca del plomo viejo.

Cuando puso el nuevo oyó el ruidito que se reiniciaba y el murmullo sordo del refrigerador de la cocina. Retrocedió hasta las escaleras, pero se detuvo.

En el sitio donde había estado el baúl viejo, el suelo del sótano brillaba con extraña intensidad. Bajo la luz de la linterna lo inspeccionó. —¡Por todos los diablos!— exclamó Buckhardt. Movi6 la cabeza con incredulidad. Se acerc6 m6s, pas6 un dedo por los bordes de la chapa met6lica y se cort6. Los bordes estaban afilados.

El pavimento del s6tano era s6lo una fina costra de cemento. Encontr6 un martillo y golpe6 en una docena de sitios: por todas partes hab6a metal.

El s6tano era completamente una caja de metal. Hasta los ladrillos de las paredes eran tan s6lo una capa sobre el metal. Estupefacto atac6 a una de las vigas. Al menos 6sta era de madera. Tambi6n el cristal de la ventana era cristal aut6ntico.

Se chup6 el dedo que le sangraba e hizo la prueba en el primer pelda6o de las escaleras. Madera de verdad. Tante6 los ladrillos de debajo de la caldera. Tambi6n eran ladrillos de verdad, pero los que cubr6an las paredes y el suelo eran falsos.

Parec6a como si alguien hubiese apuntalado la casa con un marco de metal y luego, cuidadosamente, tratado de ocultarlo. La mayor sorpresa fue la lancha vuelta del rev6s que ocupaba medio fondo del s6tano, reliquia de un breve per6odo de trabajos manuales por el que hab6a pasado Buckhardt hac6a un par de a6os. Contemplada del rev6s parec6a completamente

normal. En su interior, sin embargo, donde debieran de haber estado los travesaños, los asientos y las gavetas, había un revoltijo de abrazaderas burdas y sin terminar.

—¡Pero si yo mismo la construí! —exclamó Buckhardt olvidado de su dedo.

Mareado se apoyó contra la lancha, tratando de reflexionar sobre el fenómeno. Por alguna causa, ajena a su comprensión, alguien se había llevado su barca y su sótano y quizá su casa entera, y lo había reemplazado con una hábil imitación de los objetos primitivos.

—Esto es una locura —dijo en el sótano vacío. Miró alrededor a la luz de la linterna. Murmuró—: ¿Por qué demonios habrán hecho esto?

La razón se negaba a darle una respuesta: no había ninguna respuesta razonable. Durante largos minutos Buckhardt dudó de su propia cordura. Volvió a mirar el bote con la esperanza de que todo fuese un error producto de su imaginación. Pero el montón de burdas abrazaderas sin terminar seguía allí. Se agachó para ver mejor y tocar incrédulo la madera rugosa. ¡Completamente imposible!

Tras apagar la linterna inició la marcha. No llegó a hacerlo. Entre el instante que decidió marcharse y el que sus piernas empezaron a moverse sintió que una súbita dejadez le invadía.

Cayó en la inconsciencia, no de golpe, sino poco a poco, y un momento después Buckhardt estaba dormido.

En la mañana del 16 de junio Guy Buckhardt se despertó en una postura retorcida bajo el cascarón de su lancha en el sótano, y cuando estuvo arriba, en el piso, descubrió que era el 15 de junio.

Lo primero que había hecho fue inspeccionar rápida y frenéticamente el bote, el falso suelo del sótano y las piedras de imitación. Todas estaban como las recordaba. Completamente increíble.

La cocina se hallaba tan plácida y normal como siempre. Las agujas del reloj eléctrico avanzaban monótonamente alrededor de la esfera. Marcaban casi las seis de la mañana. Su mujer estaría a punto de levantarse.

Buckhardt abrió la puerta principal y miró a la calle tranquila. El periódico de la mañana había sido arrojado con descuido contra las escaleras y al desdoblarlo vio que su fecha era la del 15 de junio.

Pero eso era imposible. «Ayer fue 15 de junio». No era una fecha de la que uno pudiera olvidarse; era el día del pago de los impuestos trimestrales.

Entró en el hall y cogió el teléfono. Marcó el número de información meteorológica y oyó una voz bien modulada que decía: «... y fresco, algunas precipitaciones. La presión atmosférica, 30.40,

subiendo... La oficina meteorológica de los Estados Unidos transmite el 15 de junio. Calor y sol con...». Colgó el auricular. 15 de junio.

—Santo Dios —dijo Buckhardt implorante. Las cosas eran realmente muy extrañas. Oyó el timbre del despertador de su mujer y subió rápidamente las escaleras.

Mary Buckhardt estaba sentada en la cama con la expresión de terror y de incompreensión propias del que acaba de despertar de una pesadilla.

—¡Oh! —gimió al entrar su marido en la habitación—. Querido, acabo de tener un sueño terrible. Era como una explosión...

—¿Otra vez? —preguntó Buckhardt sin mucha cordialidad—. Mary, algo marcha mal. Ayer noté algo raro durante todo el día y...

Empezó a contarle que el sótano era una caja de metal y que alguien había hecho una imitación de su lancha. Mary pareció asombrada, luego alarmada, luego trató con susto de aplacarle. Dijo:

—Querido, ¿estás seguro? Yo estuve limpiando el baúl viejo la semana pasada y no advertí nada.

—Estoy completamente seguro —dijo Guy Buckhardt—. Lo empujé hasta la pared para subirme y cambiar el plomo cuando se apagaron las luces y...

—¿Cuándo qué?—. Mary estaba más que alarmada. —Cuando se fundieron los plomos; cuando se rompió

la llave de la luz de la escalera. Bajé al sótano y...

Mary se sentó en la cama.

—Guy, la llave no se ha roto nunca. Anoche yo misma apagué las luces.

—Estoy absolutamente seguro de que no lo hiciste. Ven aquí y compruébalo.

La condujo al descansillo de la escalera y teatralmente señaló la llave estropeada que había destornillado y dejado colgando la noche anterior.

Pero no estaba. Estaba como siempre había estado. Incrédulo Buckhardt la pulsó y las luces de la escalera se encendieron.

Mary, pálida y preocupada, le dejó ir a la cocina y dar principio al desayuno. Buckhardt contempló largo rato el conmutador. Su capacidad mental estaba fuera del punto de incredulidad y sorpresa. Simplemente: no funcionaba.

Se afeitó, vistió y desayunó en un estado de introspección abotargada. Mary no le interrumpió. Se mostraba recelosa, pero sosegadora. Le despidió con un beso, sin decir palabra, cuando él se apresuraba a ir hacia el autobús.

La señorita Mitkin le saludó con un bostezo desde la mesa de recepción.

—... días —murmuró medio dormida—. El señor Barth no vendrá hoy.

Buckhardt fue a decir algo pero se dominó.

Seguramente ella ignoraba que Barth no había ido el día anterior, puesto que estaba arrancando de su calendario la hoja del 14 de junio para dejar sitio a la hoja del «nuevo». 15 de junio.

Sentado a su mesa miró sin ver el correo de la mañana. Aún no estaba abierto, pero él ya sabía que el sobre de los distribuidores de la fábrica contenía un encargo de veinte mil pies de nuevas tejas acústicas y el de Finebeck and Sons una queja.

Después de un buen rato se impuso la obligación de abrirlos. Tenía razón.

A la hora de comer, arrastrado por un desesperado sentido de urgencia, Buckhardt hizo que la señorita Mitkin fuera a comer la primera —el 15 de junio del día de ayer él había ido el primero—. Se fue ella vagamente preocupada por su singular insistencia, pero esto no cambió el estado de ánimo de Buckhardt. El teléfono sonó y Buckhardt lo cogió distraído. —Productos químicos. Buckhardt al habla. La voz dijo—: Soy Swanson —y se calló.

Buckhardt esperó expectante, pero eso fue todo. Dijo: —¿Oiga?

Otra pausa. Luego Swanson preguntó con triste resignación: —¿Todavía nada, verdad?

—¿Nada de qué, Swanson? ¿Quiere usted algo? Ayer me vino con la misma cantinela; usted... La voz estalló: —¡Buckhardt, santo cielo, se acuerda usted!

Espéreme allí, estaré con usted en media hora—. ¿Qué significa todo esto?

—No se preocupe —dijo el hombrecillo con voz radiante—. Ya se lo diré cuando le vea. No diga nada por teléfono, alguien puede estar escuchando. Espéreme ahí. Un momento. ¿Estará usted solo en la oficina?

—Bueno, no; probablemente estará la señorita Mitkin...

—¡M...! Oiga, Buckhardt, ¿dónde come usted? ¿Es un sitio ruidoso?

—Me parece que sí. En el café Crystal. Está a una manzana...

—Ya sé dónde está. Lo encontraré allí dentro de media hora.

La comunicación se cortó.

El café Crystal ya no estaba pintado de rojo, pero la temperatura seguía siendo muy alta. Habían añadido música interrumpida por anuncios. Se anunciaban Frosty Flip, cigarrillos Marlin —están purificados, decía el locutor— y una especie de golosinas llamadas Chocobite, que Buckhardt no recordaba haber oído nunca; pero en ese rato oyó bastante sobre ellas.

Mientras esperaba a Swanson una chica vestida con falda de celofán de vendedora de cigarrillos de

club nocturno cruzó el restaurante con una bandeja llena de golosinas envueltas en papel escarlata.

—Chocobite son sabrosos —murmuraba al acercarse a su mesa—. Chocobite son más que sabrosos.

Buckhardt, que miraba a ver si descubría al extraño hombrecillo que le había telefoneado, no prestó atención; pero cuando ella alargaba un puñado de golosinas a los ocupantes de la mesa de al lado, con una sonrisa, la vio de refilón y se volvió para mirarla.

—¡Caramba, señorita Horn!

La chica dejó caer la bandeja de golosinas. Buckhardt se inclinó sobresaltado hacia la muchacha.

—¿Qué ha pasado?

Ella se alejó corriendo.

El «maître» del restaurante contempló a Buckhardt con suspicacia. Este volvió a sentarse tratando de disimular. ¡El no había insultado a la chica! Tal vez ella era una joven muy puritana a pesar de las largas piernas desnudas bajo la falda de celofán y cuando se dirigió a ella imaginó que era un fresco. Ridícula idea. Buckhardt se agitó incómodo y se dedicó a mirar el menú.

—Buckhardt... —Fue un susurro penetrante. Buckhardt miró por encima de su menú, sorprendido. En el asiento de enfrente estaba el hombrecillo

llamado Swanson, con una calma tensa.

—Buckhardt —volvió a susurrar el hombrecillo —, salgamos de aquí. Ahora van detrás de ti. Si quieres seguir viviendo, vámonos. No había nada que discutir.

Buckhardt dirigió una sonrisa forzada al sorprendido «maître» y siguió a Swanson afuera. El hombrecillo parecía saber adonde iba. En la calle agarró a Buckhardt por el hombro y lo empujó calle abajo.

—¿La vio usted? —preguntó—. A la mujer Horn en la cabina de teléfonos. Hará que vengan dentro de cinco minutos, créame, así que démonos prisa.

Aunque la calle estaba llena de gente y de coches, nadie se fijaba en Buckhardt y Swanson. El aire era fresco, más propio de octubre que de junio —pensó Buckhardt a pesar de lo que había informado el parte meteorológico—. Se sentía un poco ridículo siguiendo a aquel absurdo hombrecillo calle abajo para escapar de ciertos «ellos» hacia... ¿Hacia qué? Pudiera ser que el hombrecillo estuviese loco, pero estaba verdaderamente asustado. Y el miedo es contagioso. —Aquí es— indicó el hombrecillo. Era otro restaurante, más bien un bar, una especie de local de segunda clase que Buckhardt no había visto nunca.

—Entra recto hasta el fondo —susurró Swanson.

Y Buckhardt, como un niño obediente, se deslizó a través del grupo de mesas hasta el fondo del restaurante.

Tenía forma de ele con salidas a dos calles que formaban ángulo recto la una con la otra. Salieron por el otro lado después de haber lanzado Swanson una fría mirada al asombrado cajero y cruzaron a la acera de enfrente.

Estaban bajo la marquesina de un cine. La expresión de Swanson empezó a relajarse.

—¡Los despistamos! —exclamó con suavidad—. Casi hemos llegado.

Se acercó a la ventanilla y compró dos entradas. Buckhardt le siguió hasta el interior del cine. Era una función matinal de día corriente y el cine estaba casi vacío. De la pantalla llegaban ruidos de disparos y cascos de caballos. Un solitario acomodador apoyado contra una columna los miró fugazmente y volvió a contemplar con aburrimiento la película, mientras Swanson hacía descender a Buckhardt por unas escaleras de mármol alfombradas.

Llegaron a un vestíbulo que estaba vacío. Había una puerta destinada a señoras y otra a caballeros. En una tercera puerta se indicaba «manager» con letras doradas. Swanson escuchó en aquella puerta, la abrió con suavidad y echó una ojeada al interior.

—Vamos —dijo, haciendo un gesto.

Buckhardt le siguió por el despacho vacío hasta otra puerta, la de un armario probablemente, porque no tenía ninguna indicación.

Pero no era un armario. Swanson la abrió con cautela, miró al interior e hizo señas a Buckhardt de que le siguiera.

Era un túnel con paredes de metal y luz brillante. Vacío, se alargaba indefinidamente a derecha e izquierda.

Buckhardt desorientado miró a su alrededor. De algo estaba seguro, completamente seguro: No existía ningún túnel así debajo de Tylerton.

En el túnel había una habitación con sillas, una mesa de despacho y lo que parecían ser pantallas de televisión.

Swanson se derrumbó en una silla con un suspiro de alivio.

—Aquí estaremos seguros durante un rato —jadeó—. No suelen venir a menudo por aquí. Si lo hacen les oiremos llegar y podremos escondernos.

—¿Quiénes? —preguntó Buckhardt.

El hombrecillo dijo:

—Marcianos.

Su voz desfalleció al pronunciar esta palabra y la vida pareció huir de él. En un tono muy débil continuó:

—Bueno, creo que son marcianos, aunque puede que tú tengas razón. He tenido mucho tiempo para pensar en ellos estas últimas semanas después que se te llevaron, y después de todo es posible que sean rusos. De cualquier modo...

—Empieza por el principio. ¿Quién se me llevó y cuándo?

Swanson suspiró.

—De manera que tenemos que empezar otra vez por el principio. De acuerdo. Hace alrededor de dos meses llamaste a mi puerta una noche bastante tarde. Estabas lleno de golpes y muerto de miedo. Me pediste que te ayudara.

—¿Yo?

—Como es natural, no te acuerdas de nada de esto. Escúchame y lo entenderás. Me contaste una historia fantástica: que te habían raptado y amenazado y que habían matado a tu mujer y después vuelto a la vida. Y muchas otras cosas sin sentido. Imaginé que estabas loco. Pero, bueno, siempre te he respetado mucho. Me pediste que te escondiera, y yo tengo una habitación ciega. Solamente puede cerrarse desde el exterior. También yo me metí contigo. Así que fuimos allí sólo para tranquilizarte y hacia las doce de la noche, quince o veinte minutos después, nos morimos.

—¿Nos morimos?

Swanson asintió.

—Los dos. Fue como si nos golpearan con un saco de arena. ¿No te pasó eso mismo anoche?

—Creo que sí. —Buckhardt movió la cabeza dudoso.

—¡Claro! Y luego, de repente, nos despertamos otra vez y tú me dijiste que me ibas a enseñar algo muy raro. Salimos y compramos un periódico. La fecha era 15 de junio.

—¿Quince de junio? Esa es la fecha de hoy. Quiero decir...

—¡Eso es, amigo, siempre es hoy!

Le costaba trabajo asimilarlo. Buckhardt dijo con preocupación: —¿Durante cuántas semanas hemos estado escondidos en ese cuarto oscuro?

—¿Cómo voy a saberlo? Cuatro o cinco quizá. He perdido la cuenta. Y siempre lo mismo, siempre quince de junio, siempre mi patraña la señora Keefer barriendo las escaleras, siempre los mismos titulares en los periódicos de la esquina. Se hace monótono, amigo.

La idea fue de Buckhardt y Swanson la despreció, pero le siguió. Era la clase de persona que siempre sigue.

—Es peligroso —gruñó inquieto—; suponte que venga alguien, pueden vernos y...

—¿Qué podemos perder?

Swanson se encogió de hombros.

—Es peligroso —volvió a decir, pero le siguió.

La idea de Buckhardt era muy sencilla. Únicamente estaba seguro de una cosa: el túnel llevaba a algún sitio. Lo que sucedía con Tylerton —marcianos o rusos, complot fantástico o alucinación de locos— tenía que tener una explicación y el lugar donde podía buscarse era el final del túnel.

Echaron a andar. Recorrieron más de una milla antes de empezar a vislumbrar el final. Tuvieron suerte. Por lo menos nadie apareció en el túnel y los descubrió. Pero Swanson había dicho que el túnel parecía ser utilizado sólo a determinadas horas.

Siempre el 15 de junio. ¿Por qué? Buckhardt se lo preguntaba. No importaba el «cómo». Importaba el «¿por qué?».

Al parecer todos se dormían involuntariamente al mismo tiempo. Y nadie se acordaba de nada. — Swanson refirió con cuánta ansiedad volvió a ver a Buckhardt la mañana siguiente en que éste se demoró, imprudentemente, cinco minutos más en volver al cuarto oscuro. Cuando Swanson llegó Buckhardt se había ido. Swanson lo encontró en la calle por la tarde, pero Buckhardt no se acordaba de nada.

Swanson había llevado una existencia de ratón durante semanas, escondiéndose en el cuarto oscuro por la noche, saliendo durante el día para buscar a

Buckhardt con angustiada esperanza, escurriéndose alrededor del borde de la vida para tratar de evadirse de los ojos muertos de «ellos».

«Ellos». Uno de «ellos» era la chica llamada April Horn. El verla meterse despreocupadamente en una cabina de teléfonos y no verla salir fue la causa por la que Swanson encontró el túnel. Otro de «ellos» era el hombre del estanco en el edificio de las oficinas de Buckhardt. Había más, Swanson conocía o sospechaba por lo menos de una docena.

Resultaban bastante fáciles de descubrir cuando se sabía lo que se buscaba, porque únicamente «ellos» en Tylerton cambiaban de «papel» cada día. Buckhardt estaba en el autobús de las 8:51 cada mañana de cada día 15 de junio sin un pelo ni un ademán distintos. Pero April Horn iba a veces llamativa con una falda de celofán o repartía dulces o cigarrillos. A veces vestía normalmente. A veces Swanson no la veía.

¿Rusos? ¿Marcianos? Fuera lo que fuesen, ¿qué esperaban obtener de aquella loca mascarada?

Buckhardt desconocía la respuesta, pero quizá la encontrasen tras la puerta del final del túnel.

Escucharon con atención y oyeron sonidos distantes que no podían localizar, pero no parecían peligrosos. Se deslizaron adentro.

Después de atravesar una cámara amplia y de

subir unos tramos de escaleras se encontraron en una planta que Buckhardt reconoció como la de productos químicos Contro.

No había nadie. Eso de por sí no era muy chocante; en la fábrica automática nunca hubo muchas personas. Pero Buckhardt recordaba de la única visita que había hecho allí el movimiento incesante e infinito de la planta, las válvulas que se abrían y se cerraban, los tanques vaciándose y llenándose automáticamente que al hervir producían un gorgoteo, y por un procedimiento químico ensayaban los líquidos en ebullición que contenían. La planta nunca estaba llena de gente, pero nunca estaba silenciosa. Pero en aquel momento sí que lo estaba. Exceptuando los sonidos lejanos no había aliento de vida en ella. Los cerebros electrónicos cautivos nada ordenaban. Los cables eléctricos estaban inmóviles.

Buckhardt dijo:

—Vamos.

Swanson le siguió de mala gana a través de los complicados pasillos entre columnas y tanques de acero inoxidable.

Anduvieron con la impresión de hallarse en presencia de la muerte. En cierto modo lo estaban, porque, ¿qué eran los robots que un día dirigieron la fábrica, sino cadáveres? Las máquinas estaban controladas por computadores que en realidad no lo

eran, sino análogos electrónicos de cerebros vivos. Y si los desconectaban, ¿no era como si los matasen? Porque cada uno de ellos había sido una vez un cerebro humano.

Atrape a un químico especializado en petróleo con enorme habilidad para separar aceite crudo en fracciones, sujétele e intente sondear en su cerebro con agujas electrónicas. La máquina examina los modelos de su mente y los traduce en gráficos y en ondas sinuosas. Imprima estas ondas en el computador de un robot y obtendrá un químico. O mil copias del mismo químico si lo desea, con todos sus conocimientos y habilidades y sin ninguna limitación humana. Instale una docena de estas copias en una planta y la dirigirán por entero durante las veinticuatro horas del día siete días a la semana sin cansarse, sin descuidar nada ni olvidarse de nada.

Swanson se acercó a Buckhardt.

—Tengo miedo —dijo.

Habían cruzado la estancia y los ruidos eran más fuertes. No eran ruidos de máquinas, sino de voces. Buckhardt se acercó sigilosamente a una puerta y osó echar un vistazo.

Era una habitación más pequeña llena de pantallas de televisión y en cada una de ellas —una docena o más— un hombre o una mujer sentado delante miraba a la pantalla dictando notas a un

magnetófono. Los que miraban cambiaban continuamente de canal. No había dos pantallas que tuvieran la misma imagen.

Las imágenes parecían tener muy poco en común. Una de ellas era la de una chica vestida como April Horn que mostraba congeladores; otra era una serie de modelos de cocina. Buckhardt vio otra de soslayo que parecía ser el estanco del edificio de sus oficinas.

Era asombroso y a Buckhardt le hubiese encantado quedarse allí y mirar, pero el sitio estaba demasiado concurrido y corría el riesgo de que alguien volviese la cabeza o al salir le encontrase.

Descubrieron otra estancia. Estaba vacía. Era una oficina grande y suntuosa. Una de las mesas estaba cubierta de papeles. Buckhardt los miró distraídamente al principio, pero luego las palabras escritas en uno de ellos retuvieron su interés con incrédula fascinación.

Cogió la hoja primera y la examinó y después otra, en tanto Swanson buscaba frenético por los cajones. Buckhardt lanzó un juramento de incredulidad y volvió a dejar los papeles.

Swanson, sin prestar atención, gritó con entusiasmo: —¡Mira!— sacó una pistola del cajón—, y está cargada.

Buckhardt le miró sin verle tratando de asimilar lo que había leído, Al darse cuenta de lo que acababa de decir sus ojos brillaron.

—Estupendo —exclamó—, nos la llevaremos. Vamos a salir de aquí con la ayuda de esta pistola, Swanson, y no iremos a la Policía, no a los «polis» de Tylerton, pero sí quizá al F. B. I. Mira esto.

La hoja que alargó a Swanson tenía por título: «Informe de los progresistas del test del área. Tema: campaña de cigarrillos Marlin». Estaba cubierta de números que no tenían sentido para ellos, pero al final del informe se leía: «Aunque el test 47-k 3 arrastró a casi el doble de nuevos clientes que cualquiera de los otros test ensayados, es probable que no pueda ser empleado en el terreno a causa del cambio local en las ordenanzas de control».

«Los tests del grupo 47-k 12 están en segundo lugar y recomendamos que vuelvan a probarse con este estímulo en cada una de las tres mejores campañas sin y con la ayuda de nuestras técnicas».

«Otra sugerencia es proceder directamente con el estímulo mayor en las series k 12 si el cliente no desea gastar en los tests adicionales».

«Todos estos productos tienen un ochenta por ciento de probabilidades de realizarse dentro del medio uno por ciento de los resultados previstos, y más del noventa y nueve por ciento de

probabilidades de éxito dentro del cinco por ciento».

Swanson dirigió la mirada desde el papel a los ojos de Buckhardt.

—No lo entiendo —se quejó.

Buckhardt dijo:

—No me choca, es absurdo pero encaja con los hechos, Swanson, encaja con los hechos. No son rusos ni marcianos. ¡Esa gente son personas dedicadas a la publicidad! De algún modo, ¡Dios sabe cómo!, se han apoderado de Tylerton. Nos han atrapado entre sus garras a todos nosotros, a ti y a mí y a veinte o treinta mil más. A lo mejor nos hipnotizan o puede que sea otra cosa, pero lo hagan como lo hagan lo cierto es que no nos dejan vivir más que un día y vuelcan publicidad sobre nosotros durante todo ese condenado día. Al finalizar el día comprueban los resultados. Luego borran de nuestras mentes el día entero y vuelven a empezar el día siguiente con una publicidad distinta.

La boca de Swanson estaba abierta. Consiguió cerrarla y tragó saliva.

—¡Caramba! —dijo débilmente.

Buckhardt movió la cabeza.

—Ya sé que esta explicación parece ilógica, pero todo este asunto es completamente ilógico. ¿Qué otra explicación podríamos encontrar? No puede negarse

que la mayoría de la gente de Tylerton vive el mismo día una y otra vez. Tú lo has visto. Y esa es la parte ilógica que tenemos que admitir como cierta, a no ser que los locos seamos nosotros. Una vez admitido que alguien, de alguna manera, puede lograr esto, el resto es absolutamente verosímil. Piénsalo bien Swanson, prueban cada uno de los detalles antes de gastarse un céntimo en publicidad. ¿Tienes idea de lo que eso significa? Dios sabe cuánto dinero está en juego, pero yo sé de buena tinta que algunas compañías se gastan veinte o treinta millones de dólares al año en publicidad. Multiplícalo, digamos por cien compañías. Imagínate que cada una de ellas supiera cómo reducir el gasto de su publicidad en un diez por ciento. Y eso es para cacahuets, créeme. Si conocen de antemano los resultados, pueden reducir sus gastos en la mitad y tal vez a más de la mitad, no lo sé. Eso significaría ahorrar doscientos o trescientos millones de dólares por año, y si gastan sólo el diez o el veinte por ciento de esa suma en el asunto de Tylerton, sigue siendo asquerosamente barato para ellos, pero supone una fortuna para el que se haya apoderado de Tylerton.

Swanson se humedeció los labios. —¿Quieres decir— sugirió escéptico— que somos..., bueno, una especie de oyentes cautivos?

Buckhardt frunció el ceño.

—No exactamente —quedó pensativo unos segundos—. ¿Sabes cómo comprueba un doctor algo como la penicilina, por ejemplo? Coloca una serie de pequeñas colonias de gérmenes en discos de gelatina y les hace la prueba a unas después de otras, variándolas un poco cada vez. Bueno, nosotros somos los gérmenes, Swanson. Sólo que aquí es más eficiente. No han de ensayar más que en una sola colonia, porque pueden utilizarla una y otra vez.

Era demasiado difícil de entender para Swanson. Únicamente dijo: —¿Y qué podemos hacer?

—Iremos a la Policía. No pueden utilizar a seres humanos como a conejillos de Indias.

—¿Y cómo llegaremos hasta la Policía?

Buckhardt dudó un momento.

—Creo... —empezó a decir con lentitud—. ¡Ya sé!

Este es el despacho de alguien importante. Tenemos una pistola, esperaremos hasta que venga. Y él nos sacará de aquí.

Era una solución sencilla y directa. Swanson buscó y encontró un sitio donde sentarse contra la pared y fuera del alcance de la puerta. Buckhardt se colocó detrás de la misma puerta.

Y esperaron.

La espera no fue tan larga como podría haber

sido. Media hora quizá. Al cabo Buckhardt oyó voces que se aproximaban, pero le dio tiempo a dirigir una breve advertencia a Swanson antes de pegarse contra la pared.

Eran las voces de un hombre y de una chica. El hombre decía:

—¿Razón por la cual no podías informarnos por teléfono? ¡Estás estropeando las pruebas del día entero! ¿Qué diablos te pasa Janet?

—Lo siento, señor Dorchin —dijo ella en un tono dulce y claro—. Pensé que era importante.

El hombre gruñó: —¡Importante! ¡Una unidad perdida entre veintiún mil!

—Pero es que de nuevo se trata de Buckhardt, señor Dorchin, y por la manera que tuvo de escabullirse creo que recibió ayuda de alguien.

—Bueno, bueno, no importa, Janet, el programa de Chocobite está fuera de proyecto. Ya que has llegado hasta aquí, ven al despacho y rellena tu hoja de trabajo. Y no te preocupes por el asunto de Buckhardt, probablemente está por ahí dando vueltas sin entender nada. Le cogemos esta noche y...

Entraron en el despacho y Buckhardt cerró la puerta de una patada, apuntándoles con la pistola.

—¡Eso es lo que usted se imagina! —dijo triunfante.

Valían la pena las horas de terror, la agobiadora

sensación de locura, la confusión y el miedo. Era el momento de mayor satisfacción que Buckhardt había tenido en su vida. La expresión del hombre le era conocida a través de las lecturas, pero no la había visto nunca hasta entonces. La boca de Dorchin estaba totalmente abierta, sus ojos se desorbitaron y aunque logró emitir un sonido que podría haber sido una pregunta, no consiguió pronunciar palabra.

La chica estaba casi tan asombrada como él. Buckhardt al mirarla comprendió por qué su voz le había sonado tan familiar. Era la chica que se le había presentado con el nombre de April Horn.

Dorchin se repuso rápidamente.

—¿Es éste? —preguntó con voz aguda.

La chica dijo:

—Sí.

Dorchin asintió con la cabeza.

—Me retracto de lo que dije, tenías razón. Usted..., Buckhardt, ¿qué quiere?

Swanson saltó:

—Pon cuidado, puede tener otra pistola.

—Regístrale —ordenó Buckhardt—. Le diré lo que quiero, Dorchin. Queremos que venga con nosotros al F. B. I. y que les explique cómo puede salirse con la suya después de haber raptado a veinte mil personas.

—¿Raptado? —inquirió Dorchin—. Eso es

ridículo, hombre. Aparte esa pistola de ahí, no puede hacer esto.

Buckhardt asió la pistola ceñudamente. —Creo que sí puedo.

Dorchin parecía furioso y enfermo; pero, cosa curiosa, no estaba asustado.

—¡Demonio! —empezó a gritar. Luego cerró la boca y tragó saliva—. Escuche —dijo persuasivo—, comete usted un gran error, no he raptado a nadie, créame.

—No le creo —dijo Buckhardt sombríamente—. ¿Por qué iba a creerle?

—Porque es verdad, le doy mi palabra. Buckhardt movió la cabeza.

—El F. B. I. puede creerle si quiere. Ya lo veremos. Ahora, ¿cómo se sale de aquí?

Dorchin abrió la boca para discutir. Buckhardt se exaltó.

—¡No me contradiga! Estoy deseando que me dé motivos para matarle. ¿O es que no lo entiende? He pasado dos días infernales y cada segundo se lo debo a usted. ¿Matarle? Sería un placer y no tengo nada que perder. ¡Sáquenlos de aquí!

El semblante de Dorchin se había ensombrecido. Pareció que iba a moverse, pero la chica rubia a la que había llamado Janet se deslizó entre él y la pistola.

—Por favor —imploró a Buckhardt—, usted no lo entiende, no debe disparar. —Quítese de ahí—. Pero señor Buckhardt...

No pudo terminar. Dorchin, con gesto inescrutable se dirigió a la puerta. La excitación de Buckhardt había llegado demasiado lejos. Agitó la pistola gritando. La chica le llamó con voz aguda. El rozó el gatillo. Acercándose apenada y con un ruego en sus ojos, ella volvió a interponerse entre el hombre y la pistola.

Instintivamente Buckhardt apuntó bajo para herir y no para matar, pero su puntería no fue acertada.

La bala de la pistola se hundió en la boca del estómago de Janet.

Dorchin había escapado cerrando la puerta tras de sí. El rumor de sus pasos se perdía por el pasillo.

Buckhardt lanzó la pistola al otro lado del cuarto y se abalanzó hacia la chica.

Swanson gemía.

—Con esto se termina todo, Buckhardt. ¿Por qué lo hiciste? Podíamos haber salido, podíamos haber ido a la Policía. Prácticamente estábamos fuera de aquí. Nosotros...

Buckhardt no le oía. Se había arrodillado al lado de la chica. Ella estaba caída boca arriba con los brazos desmadejados. No había sangre ni casi huella de la herida, pero su postura ningún ser humano

podría haberla adoptado.

Sin embargo, no estaba muerta.

No estaba muerta, y Buckhardt, tembloroso, a su lado, pensó: tampoco está viva.

No tenía pulso, pero latían unas pulsaciones rítmicas en los dedos de una mano.

No respiraba, pero emitía un silbido entrecortado.

Su ojos abiertos y puestos en Buckhardt no expresaban ni dolor ni miedo. Solamente una compasión más profunda que la compasión.

Ella dijo a través de los labios contraídos:

—No se preocupe..., señor Buckhardt, estoy... muy bien.

Buckhardt giró únicamente el busto mirándola con fijeza. Donde debía haber sangre había un corte limpio en una materia que no era carne, y un rizo fino de alambre dorado.

Buckhardt se mojó los labios.

—Usted es un robot —dijo.

La chica trató de asentir con la cabeza. Sus labios contraídos dijeron:

—Sí, lo soy. Y usted también.

Swanson, después de un único sonido inarticulado, fue hacia la mesa y se sentó mirando fijamente a la pared. Buckhardt se balanceaba atrás y

adelante junto a la muñeca caída en el suelo. Le faltaban palabras.

La chica consiguió decir:

—Lamento que haya pasado todo esto.

Los encantadores labios se retorcieron en un rictus burlón que resultaba estremecedor en su cara joven, hasta que consiguió dominarlos.

—Lo siento —volvió a decir—. El nervio principal estaba donde me hirió la bala. Ahora es muy difícil controlar este cuerpo.

Buckhardt asintió automáticamente, admitiendo la disculpa. Robots. Era obvio ahora que lo sabía. Por otra parte, era inevitable. Pensó en sus místicas nociones de hipnosis o en los marcianos o en algo aun más extraño. Todo eso era absurdo por la simple razón de que los robots creados encajaban con los hechos mejor y más económicamente.

Había tenido la evidencia delante de sus ojos. La fábrica automática con sus cerebros trasplantados. —¿Y por que no trasplantar un cerebro en un robot humanizado y dotar a su dueño original de formas y rasgos?—. ¿Sabría él que era un robot?

—Todos nosotros —dijo Buckhardt sin darse cuenta de que hablaba en voz alta—, mi mujer y mi secretaria, y tú y los vecinos. Todos nosotros igual.

—No —la voz era un poco más fuerte—, todos nosotros no somos exactamente iguales. Yo lo escogí,

yo... —Esta vez la convulsión de los labios no era una contorsión desatinada de los nervios—. Yo era una mujer fea, señor Buckhardt, y tenía casi sesenta años. La vida se había terminado para mí. Y cuando el señor Dorchin me ofreció la oportunidad de vivir otra vez como una joven atractiva me agarré a la oportunidad. Créame, me agarré a pesar de los inconvenientes. Mi cuerpo de carne está todavía vivo. Duerme mientras que yo estoy aquí. Podría volver a él, pero nunca lo hago.

—¿Y todos nosotros?

—Diferentes, señor Buckhardt. Yo trabajo aquí. Sigo las órdenes del señor Dorchin. Hago gráficos de los resultados de los tests de publicidad y vigilo cómo usted y los demás viven de la manera que les hace vivir. Yo lo hago porque lo he escogido, pero ustedes no pueden escoger porque están muertos.

—¿Muertos? —exclamó Buckhardt casi en un grito.

Los ojos azules le miraron sin pestañear y Buckhardt comprendió que era cierto. Tragó saliva maravillándose de los complicados mecanismos que le permitían tragar, sudar y comer. Dijo: —¡Oh! ¡La explosión de mi sueño!—. No fue un sueño. Tiene usted razón: la explosión. Fue verdadera y se produjo en este departamento. Los tanques saltaron y lo que no alcanzó la onda expansiva fue eliminado poco

después por los vapores. Casi todo el mundo pereció en la explosión. Veintiuna mil personas. Usted murió con ellas y esa fue la oportunidad de Dorchin.

—¡Condernado cerdo! —dijo Buckhardt. Los hombros retorcidos se encogieron con una gracia extraña.

—¿Por qué? Estaba muerto, usted y todos los otros. Era lo que Dorchin quería: una ciudad entera, un perfecto pedazo de América. Es fácil transmitir un modelo de un cerebro muerto a uno vivo. Muy fácil; el muerto no puede decir que no. Costó trabajo y dinero, la ciudad estaba íntegramente destruida, pero fue posible reconstruirla por completo, especialmente porque era innecesario reproducir con exactitud todos los detalles. Hubo casas en las que hasta el cerebro fue completamente destruido y esas casas están huecas y no hace falta que los sótanos estén intactos, y hay calles que no tienen interés. De todos modos, esto sólo duró un día, el 15 de junio una y otra vez; y si alguien descubre que algo no va bien, no le da tiempo de propagar el descubrimiento ni de destruir la validez de los tests porque todos los errores se olvidan a medianoche.

La cara trató de sonreír

—Ese es el sueño, señor Buckhardt. El día 15 de junio que en realidad nunca vivió. Es un regalo del señor Dorchin, un sueño que le proporciona y le

arrebatada al final del día cuando ya tiene los resultados de cómo responden todos ustedes a los diferentes estímulos; y los controladores van por debajo del túnel a través de toda la ciudad borrando el nuevo sueño con sus pequeños limpiadores electrónicos; y luego el sueño vuelve a empezar. El 15 de junio. Siempre el 15 de junio, porque el 14 de junio es el último día que pueden recordar haber vivido. A veces los controladores se olvidan de alguien, como se olvidaron de usted porque estaba debajo de su lancha. Pero no importa. Los que son olvidados se delatan y si no se delatan eso no afecta al test. Pero a nosotros, los que trabajamos para Dorchin, no nos ocurre lo mismo. Nos dormimos cuando desconectan el control lo mismo que a ustedes, mas al despertar recordamos el día anterior —la cara se contorsionó salvajemente—. ¡Ojalá pudiera olvidar!

Buckhardt dijo casi sin poder creerlo: —¡Y todo esto para vender productos! Debe de haber costado millones.

El robot llamado April Horn dijo:

—Desde luego, pero también ha producido millones a Dorchin. Y este no es el final. Cuando descubra las palabras claves que hacen actuar a la gente, ¿cree usted que se parará ahí? ¿Cree usted?...

La puerta se abrió interrumpiéndoles. Buckhardt

dio un respingo. Al acordarse de la huida de Dorchin fue en busca de la pistola.

—No dispare —ordenó la voz calmosa.

No era Dorchin. Era otro robot que no estaba disfrazado con plásticos ni cosméticos y que brillaba. Dijo con voz metálica:

—Olvide eso Buckhardt, no conseguirá nada. Deme esa pistola antes de hacer más tonterías. Démela ahora mismo.

Buckhardt gritó enfurecido.

El brillo del torso del robot era de acero. Buckhardt no estaba seguro de que sus balas pudieran atravesarlo o hacerle daño alguno si lo atravesaban. Tendría que probarlo.

A sus espaldas se levantó un torbellino plañidero y chillón. Era Swanson histérico de miedo. Empujó a Buckhardt y le hizo caer al tiempo que la pistola saltaba por los aires.

—Por favor —suplicó Swanson incoherentemente postrado delante del robot de acero —, le habría herido. Por favor, no me haga daño. Déjeme trabajar para usted como esa chica. Haré cualquier cosa, cualquier cosa que usted me diga.

La voz del robot dijo:

—No necesito su ayuda— dio dos pasos precisos y se paró delante de la pistola. La apartó de una patada y la dejó en el suelo.

El robot rubio y contorsionado dijo sin entonación:

—Me parece que no podrá aguantar mucho, señor Dorchin.

—Desconéctese, si lo necesita —aconsejó el robot de acero.

Buckhardt parpadeó.

—¡Pero si usted no es Dorchin!

El robot de acero dirigió hacia él sus profundos ojos.

—Sí que lo soy —dijo—. No en carne, pero éste es el cuerpo que utilizo en este momento. Es imposible que usted pueda hacer daño a este cuerpo con una pistola. El otro cuerpo de robot era más vulnerable. Ahora, ¿quiere usted ser razonable? Me disgustaría verme obligado a hacerle daño. Me resulta demasiado caro. ¿Va usted a sentarse y permitir que los controladores le compongan?

Swanson balbució: —¿No va a castigarnos?

El robot de acero no tenía expresión, pero su voz sonó casi escandalizada: —¿Castigarles?— repitió con una nota aguda—. ¡Cómo!

Swanson se encogió como si la palabra hubiera sido un latigazo. Pero Buckhardt saltó: — ¡Compóngale a él, si se deja, pero a mí no! Tendrá que hacerme daño, Dorchin. No me importa lo que le cueste ni lo que suponga para usted tener que

volverme a arreglar. Voy a salir ahora mismo por esa puerta. Si quiere detenerme tendrá que matarme. De ningún otro modo conseguirá que me pare.

El robot de acero avanzó medio paso hacia él y Buckhardt, involuntariamente, se cubrió con un brazo. Quedó quieto, calmoso, pero temblando, dispuesto a morir, dispuesto a atacar, dispuesto a cualquier cosa que surgiera. Dispuesto para todo excepto para lo que pasó. Porque el cuerpo de acero de Dorchin dio un paso al lado de entre las pistola y Buckhardt y dejó la puerta libre.

—Váyase —invitó el robot—, nadie va a detenerle.

Una vez al otro lado de la puerta, Buckhardt, sorprendido, pensó que era una locura por parte de Dorchin dejarle marchar. Fuese un robot o un ser humano, una víctima o un beneficiado, no existía nada capaz de impedirle ir al F. B. I. o a cualquier otro cuerpo legal al margen del imperio impactético de Dorchin y referir la historia. Seguramente las corporaciones que pagaban a Dorchin por el resultado de los tests ignoraban la infame técnica que éste utilizaba. Dorchin se veía obligado a esconderle porque de saberse en alguna parte lo que pasaba tendría que interrumpirlo todo inmediatamente.

Salir afuera quizá significaba morir, pero en este

momento de su seudovida la muerte no asustaba a Buckhardt.

El pasillo estaba solitario. Vio una ventana y miró por ella. Allí estaba Tylerton, una ciudad fantástica, pero que a Buckhardt le resultaba tan real y tan familiar que casi estuvo a punto de creer que todo el episodio había sido un sueño. Sin embargo, no era un sueño. Tenía la seguridad y estaba igualmente seguro de que nada ni nadie en Tylerton podía ayudarle.

Necesitaba tomar otra dirección.

Tardó un cuarto de hora en encontrar un camino, pero lo encontró escurriéndose a través de los pasillos, sobresaltado con el rumor de sus propios pasos; con la certeza de que se escondía en vano, puesto que, sin duda, Dorchin estaba al tanto de cada uno de sus movimientos. Pero nadie le detuvo y encontró otra puerta.

Por fuera era una puerta bastante corriente, pero al abrirla y entrar en el interior se encontró con algo distinto a cuanto había visto hasta entonces.

Lo primero que vio fue una luz, una luz deslumbrante, increíble y cegadora. Buckhardt parpadeó asustado y sorprendido.

El estaba sobre una capa de metal suave y pulido. A una docena de metros, a sus pies, terminaba bruscamente. No se atrevía a acercarse al borde,

pero desde donde se hallaba podía ver que no existía un final en el precipicio que se extendía delante de él. Y el abismo se prolongaba en el infinito por ambos lados.

¡Ahora ya sabía por qué Dorchin le concedió la libertad tan fácilmente! Desde la fábrica no se podía ir a ninguna otra parte. Pero ¡qué increíble era este fantástico abismo! ¡Qué inconcebibles los cien soles blancos y esplendorosos que pendían de arriba!

Una voz a su lado preguntó: —¿Buckhardt?

Y el nombre resonó estruendoso a uno y a otro lado del abismo.

Buckhardt se humedeció los labios.

—S-s-s-sí... —murmuró.

—Soy Dorchin. Esta vez no soy un robot, sino Dorchin en carne y hueso, que te habla desde un micrófono. Ahora ya has visto, Buckhardt. ¿Serás razonable y permitirás que los controladores hagan su trabajo?

Buckhardt se quedó paralizado. Una de las montañas movibles formadas por el reflejo cegador avanzaba hacia él. Se levantó a centenares de pies sobre su cabeza.

Buckhardt miró hacia la cima bizqueando, impotente bajo la luz.

Parecía...

¡Imposible!

La voz que llegaba del altavoz de la puerta dijo:
—¿Buckhardt?

Pero él fue incapaz de responder.

Se oyó retumbar un suspiro.

—Ya veo —dijo la voz— que por fin comprendes. No hay ningún sitio adonde ir. Ahora ya lo sabes. Pude habértelo dicho, pero no me habrías creído y por eso es mejor que lo hayas visto por ti mismo. Después de todo, Buckhardt, ¿por qué iba yo a reconstruir una ciudad como estaba antes? Soy un hombre de negocios y tengo en cuenta el dinero. Si algo ha de hacerse en gran escala, así lo hago, pero aquí no era necesario.

De la montaña que se alzaba ante él, Buckhardt, desamparado, vio una garra que descendía lentamente hacia él. Era larga y oscura y en su principio tenía algo blanco. Cinco uñas blancas.

—Pobre pequeño Buckhardt —tronó el altavoz mientras el eco retumbaba en el enorme espacio que en realidad era tan sólo un taller—. Debe de haber sido un choque muy fuerte para ti darte cuenta de que estabas viviendo en una ciudad construida sobre la superficie de una mesa.

En la mañana del 15 de junio, Guy Buckhardt se despertó de un sueño gritando.

Había tenido un sueño monstruoso e incomprensible, con explosiones y figuras

fantasmagóricas que no eran hombres, y había sentido un terror inexpresable.

Se desentumeció y abrió los ojos.

En la ventana una voz potente y amplificada bramaba anuncios. Buckhardt se acercó y miró afuera. Hacía un frío impropio de la estación. Más bien de octubre que de junio, pero cuanto vio era normal excepto la furgoneta con altavoces que recorría el barrio.

El locutor rugía: «¿Eres un cobarde? ¿Eres un loco? ¿Vas a dejar que políticos ineptos te roben el país? NO. ¿Vas a soportar durante cuatro años más los robos y los crímenes? NO. ¿Vas a votar directamente al partido federal en todas las elecciones? SI. ¡Apuesto lo que sea a que lo vas a hacer!».

A veces chilla, a veces halaga, amenaza, suplica, lisonjea... Pero su voz se sigue oyendo un 15 de junio tras otro.

¿Que haré hasta que vuelva el psicólogo?

He mandado a mi secretaria a buscarme un café y me ha traído una limonada.

Realmente ella no tiene la culpa. Nadie tiene la culpa de nada, excepto yo. Hazel fue una buena secretaria durante quince años. Experta mecanógrafa y hábil en librarse de la gente que yo no quería ver. Ahora tiene la cabeza un poco ida la mayor parte del tiempo, claro está. ¡Pero después de todo!...

Lo único que puedo decir en mi favor es que no sabía exactamente en dónde iba a parar todo. Sin duda ustedes recuerdan... Bueno, voy a empezar esta frase otra vez, porque naturalmente hay una cierta duda. Quizá, digamos, ustedes recuerden el artículo en primera página de dos doctores hablando sobre los cigarrillos y el cáncer de pulmón. Fue un golpe muy duro en Vanden Blumer & Silk, porque hemos estado ocupándonos de la compañía Mason-Dixon Tobacco durante veinte años. Sólo necesito decir que nuestro quince por ciento se elevaba a más de diez millones netos al año. Al principio todo fueron beneficios, porque, naturalmente, lo primero que hizo el cliente fue echarse las manos a la cabeza, coger su talonario de cheques e invertir un par de millones de

dólares para contrarrestar la mala prensa; pero eso no podía durar. Nosotros lo sabíamos. V. B. & S. es conocida en el mundo de los negocios como una agencia de publicidad que prevé el futuro; nos damos cuenta en seguida que si el cliente está en peligro, ningún esfuerzo de publicidad momentáneo va a salvarle, y era hora de que subiéramos a la cima de la vieja montaña y echáramos un buen vistazo al paisaje de alrededor.

El jefe convocó una reunión aquella mañana y nos expuso el asunto.

—Está sonando la alarma de fuego —dijo— y somos nosotros los que tenemos que apagarlo. Les escucho, así que empiecen a hablar.

Baggot se aclaró la garganta y dijo sombríamente:

—Puede que sea el papel, jefe. Si los fabricaran sin papel...

Es el representante de Masson-Dixon, así que no se le puede reprochar el que defienda el punto de vista del cliente.

El jefe parpadeó.

—Si los fabrican sin papel ya no serán cigarrillos. No nos salgamos por la tangente, muchachos. Sigo escuchando.

Ninguno de nosotros queríamos salirnos por la tangente, así que miramos condescendentemente a Baggot por un momento. Por fin, Ellen Silk levantó la

mano.

—No quiero que usted piense —dijo— que porque papá me dejó algunas acciones voy a intentar imponer mi punto de vista, señor Vanden-Blumer, pero..., bueno, ¿tienen intención de encontrar algo que desvíe la opinión pública del artículo?

Hay que admirar al jefe.

—¿Es ese tu consejo, querida? —preguntó cariñosamente, devolviéndole la pelota.

Ella dijo débilmente:

—No lo sé. Estoy hecha un lío.

—Naturalmente, querida —sonrió—. Todos lo estamos. Veamos si Charley puede ayudarnos un poco. ¿Eh, Charley?

Me estaba mirando. Dijo inmediatamente:

—Me alegro que me haya preguntado mi opinión, jefe. He estado pensando sobre esto y he aquí a lo que he llegado —conté las diferentes ideas con los dedos—: uno, el tabaco produce tos; dos, el licor produce resaca; tres, las drogas y cosas así... Bueno, digamos solamente que están en contra de la ley —golpeé con los tres dedos la palma de mi otra mano—. Así que, ¿qué podemos hacer, jefe? Esa es mi pregunta. Podemos sacar algo nuevo, algo diferente, algo que ni sea perjudicial para la salud ni produzca resaca, ni forme un hábito y, por tanto, no vaya contra la ley.

El señor Vanden Blumer dijo con aprobación:

—Eso es una buena idea, Charley. Cuando oyes la alarma te pones inmediatamente en movimiento.

Baggot levantó la mano. Dijo:

—Quiero aclarar una cosa, jefe. ¿Lo que Charley quiere decir es que recomendemos a Masson-Dixon que abandonen la fabricación de tabaco y empiecen con otra cosa?

El viejo le miró suavemente por un momento.

—¿Por qué tendría que ser Masson-Dixon? —preguntó con suavidad.

Lo dejó ahí para que nosotros pensáramos por qué no tenía que ser Masson-Dixon. Después de todo la lealtad al cliente es una cosa, pero también hay que pensar en uno mismo.

El jefe estuvo callado unos momentos y luego se volvió hacia mí:

—Bien, Charley— dijo—. Te hemos oído señalar lo que necesitamos. ¿Tienes alguna idea concreta?

Todos me miraban para ver si tenía algo concreto que ofrecerles.

Desgraciadamente, lo tenía.

He pedido a Hazel me trajera el informe sobre Leslie Clary Coud, y me ha traído una copia del contrato que le hice hace dos años.

—Eso es todo lo que había en los archivos —dijo soñadoramente moviendo las mandíbulas.

No sirve de nada discutir con ella, así que le tendí la limonada y le pedí que fuera a cambiarla y me trajera café, C-A-F-E, café. He intentado buscarlo yo mismo en los archivos mientras estaba fuera, pero es perder el tiempo.

Así que tendré que hablarles de Leslie Clary Cloud basándome en mis recuerdos. Vino a la oficina sin cita previa, y aún no me explico cómo Hazel le dejó entrar. Pero lo hizo. Nada más entrar me dijo:

—Me han despedido, señor McGory. Despedido. Después de once años trabajando como químico en el Wyoming Bureau of Standards.

—Es una pena, doctor Cloud —dije arreglando los papeles de mi despacho—, pero me temo que nuestra organización no...

—No, no —dijo apresuradamente—, no sé nada de publicidad. Me dedico a la química orgánica, pero tengo una idea para un proceso que puede interesarle. Ustedes se encargan de Masson-Dixon Tobacco, ¿verdad? Bueno, en la tesis de mi doctorado...

Soltó un incomprensible discurso sobre moléculas de cadena larga y moléculas de cadena corta y azúcares y plantas comunes de jardín. Me costó un poco pero le escuché pacientemente y empecé a darme cuenta adonde quería llegar. Había, me estaba diciendo, una sustancia en una planta común que, trabajada químicamente, podía

convertirse en otra sustancia que parecía tener muchas propiedades comunes con una especie de droga llamada a veces «salto», «nieve» o «polvo de alegría».

Le miré sorprendido.

—Doctor Cloud —le pregunté—. ¿Sabe usted lo que está sugiriendo? Si añadiéramos ese producto a los cigarrillos de nuestros clientes violaríamos la ley ¡Es la cosa más disparatada que jamás he oído! Además, ya lo habíamos pensado antes, y el presupuesto se elevaría a...

—¡No, no! —volvió a decir—. No me entiende, señor McGory. —No es una droga corriente, es algo nuevo y distinto.

—¿Distinto?

—No crea un hábito, por ejemplo.

—¿No crea hábito?

—En absoluto. Químicamente no está relacionada con ningún narcótico de la farmacia. Legalmente..., bueno, no soy hombre de leyes, pero le juro, señor McGory, que no va contra ningún reglamento. No hay ninguna razón para que fuera. No perjudica al consumidor, no crea un hábito, es barato de fabricar, es...

—Espere —dije poniéndome de pie—, no se vaya..., quiero coger al jefe antes de que se vaya a comer.

Hablé con el jefe, que me miró pensativamente. No, no quería que lo propusiera a Masson-Dixon aún y si, podía haber posibilidades, y ciertamente, ponga a este hombre en la lista de pagos y vea si da resultado.

Así lo hicimos y así lo hizo él.

La comprobación de cuentas rebasó lo previsto cuando los fiadores empezaron a venir, pero los mandé al jefe y él los calmó. Nos costó mucho dinero y tardó casi seis meses. Pero una mañana, Leslie Clary Cloud me llamó y dijo:

—Venga aquí, señor McGory. Ya lo tengo.

El sitio que le habíamos acondicionado estaba en la parte baja del lado este y apestaba a vegetales podridos. Me propuse mentalmente verificar de nuevo la clorofila y subí los dos tramos de escalera que conducían al cuarto privado de Cloud. Estaba sentado en un banco de laboratorio, sonriéndome y bostezando.

—Perdóneme —dijo parpadeando amablemente—, he estado probando nuestro querido producto.

Le miré con atención. Que había estado tomando algo era evidente. Pero su aliento no olía a whisky, sus pupilas no estaban dilatadas, no temblaba, no le pasaba nada. Estaba relajado y feliz y eso era todo.

—Pruebe un poquito —me invitó señalando a las probetas.

Bueno, hay veces en las que hay que pagar las deudas. V. B. & S. se habían portado muy bien conmigo, y si tenía que tragarme algo desconocido para justificar la confianza que el jefe tenía en mí, no tenía más remedio que hacerlo. De todos modos, dudé un momento.

—¡Oh! —dijo Leslie Clary Cloud—, no se asuste. Mire, acabo de tomar una dosis, pero me tomaré otra.

Cogió uno de los tubos de ensayo del estante y tarareando una musiquilla echó un poco del líquido incoloro en un recipiente que contenía otro líquido incoloro, agua me imagino. Lo bebió y se relamió.

—Sabe muy mal —comentó alegremente—, pero lo arreglaremos. ¡Huy!

Le volví a mirar y me miró muerto de risa.

—Demasiado fuerte —dijo animadamente—, estaba demasiado fuerte. Pero también eso lo arreglaremos.

Mezcló los tubos y los recipientes sin propósito, mientras que yo respiraba hondo y me preparaba para tomarlo.

—Muy bien —dije.

Cogí el recipiente de su mano y me lo tragué de golpe. Tenía un sabor terrible como él me había dicho. Oía igual que las plantas bajas, pero eso fue todo lo que noté en el momento. No pasó nada

durante un rato, excepto que Cloud me miraba pensativo y frunciendo el ceño.

—Oiga —me dijo—. Creo que debería haberlo diluido.

Yo también creo que debería haberlo diluido.

Pero un par de horas más tarde me encontraba perfectamente.

Cloud estaba desolado.

—Sin embargo —me dijo a modo de consolación, acercándose al banco de laboratorio donde yo estaba tendido— esto prueba una cosa: la dosis que usted tomó es equivalente a diez mil dosis normales y tiene que admitir que no le ha hecho daño.

—¿De verdad? —pregunté y miré al doctor. Este estaba guardando su estetoscopio y me miró encogiéndose de hombros.

—No tiene ningún mal orgánico, señor McGory; por lo menos yo no lo encuentro. Euforia, sí. Pulsaciones rápidas temporalmente, también. Deliró un poco, pero casi nada. No creo ni tenga un dolor de cabeza ya.

—No lo tengo —admití. Me senté con aprensión. Pero nada me martilleaba en la cabeza. Tuve que confesarlo—: Me encuentro maravillosamente.

Decidimos entre los dos lo que sería una dosis normal, lo suficiente para sentirse animado; saturó una especie de polvos, los enrolló en bolitas, las

prensó y salió algo que se parecía más a una aspirina que a cualquier otra cosa.

—Probablemente también funcionarán como tales —dijo—. Un dolor de cabeza psicogénico desaparecerá en cinco minutos con una de éstas.

—Lo tendré en cuenta —dije.

Entre una cosa y otra no pude ver al viejo aquel día. Y al día siguiente era sábado y no se puede molestar al jefe los fines de semana, así que no pude verle a solas para contarle todo hasta el lunes por la tarde. Parecía contento.

—¡Vaya, vaya! —Parpadeó—. ¡Tanto de tan poco! Se diría que no son nada.

—Pruebe una, jefe —sugerí.

—A lo mejor sí. ¿Comprobó el aspecto legal?

—Sí. Es absolutamente limpio.

Asintió con un movimiento de cabeza y tocó con el dedo las píldoras. Me rasqué el cuello tratando de disimular, pero al jefe no se le escapa ni una. Me miró intrigado.

—Urticaria —le expliqué incómodo—. Es que... tomé una dosis excesiva la primera vez. No entiendo mucho de esto, pero me dijeron en la clínica que me había producido una alergia.

—¿Alergia? —El señor Van Blumer me miró pensativamente—. No nos conviene propagar alergias con este producto, ¿verdad?

—¡Oh! No hay peligro, jefe. La culpa la tiene Cloud, porque me dio una dosis no diluida y me la bebí toda. En la clínica estaban muy seguros de una cosa. Ni siquiera veinte o treinta dosis juntas pueden hacer ningún daño.

—¡Hum! —Hizo rodar una de las píldoras entre su pulgar e índice y la olió pensativamente—. ¿Cuánto tiempo le va a durar la urticaria?

—Ya se me pasará. Tengo que mantenerme alejado del producto. No podré tomarlo ahora, pero..., bueno, me gustó tanto que me tomé otra dosis ayer —tosí y añadí—, va muy bien y además he aquí las ventajas, jefe. No puedo tomarlo, y le juro que no siento ninguna ansiedad ni temblores ni síntomas de debilidad. Bueno, me gustaría poderlo disfrutar como cualquier otro, claro está, pero aquí estoy para testificar que Cloud dijo la verdad: no crea hábitos.

—¡Hum! —volvió a decir, y eso fue el final de la conversación.

¡Oh! El jefe era un hombre prudente. Me dio órdenes: no decir ni media palabra. Me parece que estaba esperando ver qué pasaba con mis alergias y si se desarrollaba algún hábito y los resultados de las pruebas que Cloud estaba haciendo con animales, pero sobre todo creo que estaba esperando la época exactamente apropiada para lanzarlo.

Igual que el día de la reunión, al día siguiente del

artículo del médico y del pánico en Masson-Dixon. Y así nació Cheery-Gum.

Hazel ha vuelto con el vaso de papel de la tienda, y por la falta de humo y la humedad de los lados, me he dado cuenta de que no es el café que le pedí.

—¡Eh! —le grité cuando es deslizaba soñadoramente por la puerta—. Vuelva aquí.

—Ahora mismo, señor —dijo alegremente dando dos pasos atrás—. ¿Qué pasa? —Contuve mi mal humor.

—Abra esto —ordené—. Mire lo que hay dentro.

Sonrió y levantó la tapa del vaso. La mitad del contenido se derramó por la mesa.

—Dios mío —dijo Hazel—, lo siento. Voy a buscar una bayeta.

—No se preocupe por la bayeta —dije limpiando el líquido con mi propio pañuelo—. ¿Qué hay ahí?

Miró intrigada el vaso durante un momento, luego dijo:

—Francamente, jefe, ya veo lo que quiere decir. Son esos idiotas de la tienda, que han tomado más pastillas de las que pueden soportar y están atontados de la mañana a la noche. Siempre digo que si no se es capaz de soportarlas, no se deberían tomar durante las horas de trabajo. Lo siento, jefe. ¡Mira que no poner limón! ¿Cómo pueden llamarlo limonada

cuando se olvidan de poner el...?

—Hazel —dije—, lo que yo quería era café
¡Café!

Me miró.

—Entonces, ¿la que me equivoqué fui yo?
¡Cuánto lo siento, señor McGory! Ahora mismo
vuelvo y se lo traigo.

Sonrió arrepentida y se fue tarareando hacia la
puerta. Con su mano en el agarrador de la puerta se
paró y se volvió hacia mí.

—De todos modos, jefe —dijo—, es una mezcla
muy rara. Café y limonada. Pero haré lo que pueda.

Se ha ido a buscar Dios sabe qué extraña mezcla.
¿Pero qué se le va a hacer? No, eso no es una
solución, ya sé qué es lo que usted haría. Pero a mí
me produce urticaria.

La primera semana estábamos encantados, la
segunda triunfantes y la tercera millonarios.

La sexta semana iba andando por la calle hacia la
casa de Leslie Clary Cloud cuidadosamente. Aun así
por poco me atropella un conductor de camión que se
metió adormiladamente contra la ventana de una
cafetería. A una o dos yardas de mí.

Cuando vi a Cloud en su despacho, con los pies
encima de la mesa, las manos cruzadas detrás de la
cabeza, los ojos entornados, me dieron ganas de
besarle. Porque sus mandíbulas no se movían. Era el

único en Nueva York, además de mí, que no estaba mascando Cheery-Gum.

—¡Gracias a Dios! —Dije sinceramente.

Parpadeó y me sonrió.

—Señor McGory —dijo lenta y amablemente—.

¡Qué alegría!

Sus modales me confundieron y le miré más atentamente.

—¿No habrá tomado la pastilla, verdad?

Dijo suavemente: —¿Parece que lo hubiera tomado? Nunca masco el producto.

—¡Estupendo! —desdoblé el periódico que había traído desde Madison Avenue y le mostré las páginas interiores, aquellas que no eran una mera mancha de tinta.

—Mire esto Cloud. Aviones que se estrellan en Radio City. Autobuses cayéndose por el puente de George Washington. Barcos que se hunden cerca de La Salterrie. Nosotros lo hicimos, Cloud, usted y yo.

—¡Oh, yo no me preocuparía tanto, viejo! —dijo reconfortante—. ¿Es todo local, verdad?

—¿No le parece bastante? Y además no es sólo local..., no puede ser. Lo que pasa es que no hay comunicaciones entre ninguna ciudad, creo. Las cargas de Cheery-Gum son lo único que se distribuye por todas partes. Porque es lo único que importa a la gente, y fue culpa nuestra, suya y mía.

Dijo comprensivo:

—Es una pena, McGory.

—¡Maldito sea! —le grité—. ¡Usted dijo que no era una droga! ¡Usted dijo que no creaba hábito! ¡Usted dijo...!

—Vamos, vamos... —dijo con suavidad pero con firmeza—. ¿Por qué no masca una pastilla?

—¡Porque no puedo! ¡Me da urticaria!

—¡Oh, es verdad! —Lo decía compungido—. Bueno —dijo por fin soñadoramente—. Creo que ésta es la talla, McGory.

Volvía a mirar al techo.

—¿Qué es el qué?

—¿Qué es lo que es el qué?

—¿Qué es la...? ¡Oh, al diablo todo! Cloud, usted nos metió en todo esto y tiene que sacarnos. Debe de haber alguna manera de curar este hábito.

—Es que no hay ningún hábito que curar, McGory —señaló.

—Sí que lo hay.

—Calma —dijo vagamente y cogió un tubo de ensayo de su mesa—. Se lo bebió entero y tiró el tubo a la papelera. —¿Ve usted? —dijo severamente—. Yo no masco nunca Cheery-Gum.

Entonces acudí a una autoridad mayor. En el siglo XVII hubiera acudido a la Iglesia. En el siglo XIX, al Estado. Me dirigí a un despacho enfrente del Central

Park, con una placa de bronce en la puerta que decía: «Theodor Yust, Psicólogo».

No fue fácil. Casi me di la vuelta cuando vi que sus mandíbulas se movían tan rítmicamente como las de su secretaria. Pero, como Cloud repite, su producto no es una droga y aunque relaje y haga feliz y, si se toma mucho, emborrache, no incapacita para sostener una conversación. Así que contuve mi mal humor, el único mal humor que quedaba, y le dije lo que quería.

Se rió de mí de una manera amistosa.

—¿Terminar con el Cheery-Gum? ¿Señor McGory?

—Pero los accidentes de aviones...

—No hay más suicidios, señor McGory.

—Los choques de trenes...

—No ha habido ni un asesinato, ni un crimen en todo un mes.

Dije desesperanzado: —¡Pero está mal!

—¡Ah! —dijo en el tono de haber hecho un descubrimiento—. Esa es la cuestión. ¿Por qué está mal, señor McGory?

Por segunda vez estuve a punto de marcharme. Pero dije:

—Vamos a aclarar una cosa. No quiero que usted se ocupe de mis problemas. No estoy aquí para eso. Cheery-Gum está mal, y no es porque yo tenga ningún

prejuicio en contra. Puede que no le dé importancia a los accidentes y las muertes violentas, pero ¿qué me dice de las muertes lentas? Por todo el país, por todas partes la gente descuida su trabajo. A nadie le importa nada. Nadie hace nada. Son felices. ¿Qué pasará cuando empiecen a tener hambre porque los granjeros se encuentren demasiado bien como para sembrar la cosecha?

Suspiró pacientemente. Sacó una bolita de goma de su boca, la envolvió cuidadosamente en un «kleenex» y la tiró a la papelera. Luego sacó una pastilla nueva de un cajón y la empezó a desenvolver, pero se paró al ver que le estaba mirando. Se rió entre dientes.

—¿Cree usted que es mejor que no lo tomara, señor McGory? Bueno, muy bien, ¿por qué no voy a complacerle? Después de todo no crea hábito — volvió a meter la pastilla en el cajón y dijo—: Contestando a su respuesta, le diré que nadie se va a morir de hambre. Los granjeros trabajan en su granja, los obreros en sus fábricas, los policías siguen actuando, y yo sigo analizando. Y usted se preocupa. ¿Por qué? El trabajo se hace.

—Pero mi secretaria...

—Olvídese de su secretaria, señor McGory. Seguro que tiene la cabeza un poco ida y las ideas un poco confusas. ¿Quién no? Pero va al trabajo,

porque, ¿por qué no iba a hacerlo?

—Viene, pero...

—Pero es feliz. Déjela ser feliz, señor McGory.

Le miré escandalizado.

—¡Usted, un doctor! ¿Cómo puede decir eso? Suponga que usted tuviera las ideas confusas cuando un paciente le necesitara desesperadamente...

Me detuvo:

—Usted es el primero que ha venido en las tres últimas semanas.

Cambié de táctica.

—Muy bien. Usted es un psicólogo. ¿Qué me dice de los otros médicos o de los cirujanos?

Se encogió de hombros.

—Puede ser —concedió—, puede ser que en un caso entre mil, alguien herido en un accidente, digamos, llegue demasiado tarde al hospital o que el cirujano cometa un pequeño error. Puede ser. Pero no un caso entre mil, sino un caso entre un millón quizá. Pero Cheery-Gum no es una droga. Con un cuarto de gramo de amital sódico el cirujano está como nuevo.

Distraídamente cogió la pastilla que estaba en el cajón.

—¡Y usted decía —dije acusadoramente— que no creaba hábitos!

Se detuvo cuando estaba a punto de metérselo en la boca.

—Bueno —dijo haciendo una mueca—, sí que es un hábito. No confunda los términos, señor McGory, no es igual que los narcóticos. Si no tuviera más en este mismo momento lo sentiría mucho..., tanto como si por alguna razón no pudiera volver a jugar al bridge, pero no más.

Volvió a meter la pastilla en el cajón y revolvió por los cajones hasta que encontró una polvorienta cajetilla de cigarrillos.

—Antes fumaba tres cajetillas diarias —dijo tosiendo a la primera chupada —se limpió los ojos llorosos—. ¿Sabe usted, señor McGory? —dijo secamente—. Me parece que usted es un aguafiestas. No le gusta que la gente sea feliz.

—¡Yo!...

Me detuvo antes de que explicara.

—¡Espere! No piense que es usted la primera persona que se preocupa por la humanidad. La primera vez que oí hablar de Cheery-Gum me preocupé —apagó el cigarrillo con desagrado, y siguió hablando—. La euforia es buena y está bien —me dijo—. Pero ¿qué se hace con las emergencias? Miré alrededor y vi que no había ninguna. Todo seguía funcionando, quizá lentamente y mal, pero seguía funcionando. Y luego me dije, en el plano moral está bien y es bueno, pero ¿qué pasará con el último destino del hombre? ¿Debería el mundo estar

lleno de alegres estúpidos? Eso me preocupó hasta que empecé a mirar a mis pacientes —sonrió pensativamente—. Los trataba a todos, señor McGory. Nombre a alguien y seguro que venía a verme dos veces por semana. Los peores casos psicológicos que usted haya oído jamás, que se contorsionaban y se deformaban y se destruían a sí mismos. Ahora han parado. Han parado de destrozarse con preocupaciones, miedo y tensión. Ya no son mis pacientes. Y lo que es más, no son estúpidos. Si se les estimula, responden. Si se les interesa por algo, reaccionan. La otra noche jugué al bridge con una mujer que era una demente el mes pasado. Tuvimos que meterle la primera pastilla de Cheery-Gum en la boca a la fuerza. Había un matemático que venía aquí que..., bueno, no importa, era un caso malo, ahora es tan feliz como una ostra y la última vez que le vi acababa de terminar un trabajo que había empezado hace diez años que no podía tocar. Si se les estimula, responden. Cuando las cosas van mal..., Cheery-Gum. No hay nada mejor.

Le miré sombrío y dije:

—Así que no puede usted ayudarme

—No he dicho eso. ¿Quiere usted que le ayude?

—¡Claro que sí!

—Entonces conteste a mi pregunta: ¿por qué no toma Cheery-Gum?

—¡Porque no puedo! —le conté todo, el día de la reunión y el trabajo de Leslie Clary Cloud y la dosis no diluida y la urticaria—. Una alergia terrible — recalqué—, ni siquiera las antiestaminas surten efecto; dicen en la clínica que los anticuerpos formados después de una masa inicial...

Dijo tranquilamente:

—Fisiología más psicología, ¿eh? Bueno, ¿y qué esperaba usted? Pero créame, señor McGlory, las alergias son psíquicas, ahora, si usted...

—Bueno, si no puedes vencerlos, únete a ellos, es lo que solía decir el viejo.

Pero yo no me podía unir a ellos. Theodor Yust me invitó, pero fui muy mal educado con él. Y cuando, por fin, volví dispuesto a pedir perdón y a someterme, me encontré con un papel encima de la placa de bronce que decía: «Se ha ido a pescar».

Traté de hablar con el jefe, abrí la puerta de la sala de juntas y allí estaba con Baggot y Wayber, el director de Masson-Dixon. Allí estaban tallando barcos de madera y tan metidos en lo que estaban haciendo que casi no se dieron cuenta de mi presencia. Al cabo de un momento el jefe dijo perezosamente: —¿Hemos quebrado ya?

Pasó un rato y por fin Wayber contestó distraídamente:

—Creo que sí. Tengo que rellenar unos papeles o

algo así.

Siguieron tallando.

Les hablé ásperamente, y cuando me miraron parecían «rockettes»: metieron al mismo tiempo la mano en el bolsillo, sacaron la pastilla, la desenvolvieron y se la metieron en la boca. Naturalmente, no podía hablar con ellos después de eso. Así que, ¿qué me queda por hacer?

¡No! No puedo.

Hazel no viene casi nunca por la oficina; la regañé: —¿Qué pasaría— la pregunté— si tuviera que escribir una carta?

Pero ella se limitó a sonreírme soñadoramente.

—No ha llegado una carta desde hace un mes — me señaló con amabilidad—, pero no se preocupe. Si me necesita, vendré en seguida. Este producto no me ha creado un hábito y puedo parar de tomarlo en cualquier momento. No tiene más que decirlo y la vieja Hazel estará aquí...

Y tiene razón, porque mirándolo bien es verdad. No crea hábito. Así que, ¿cómo romperlo?

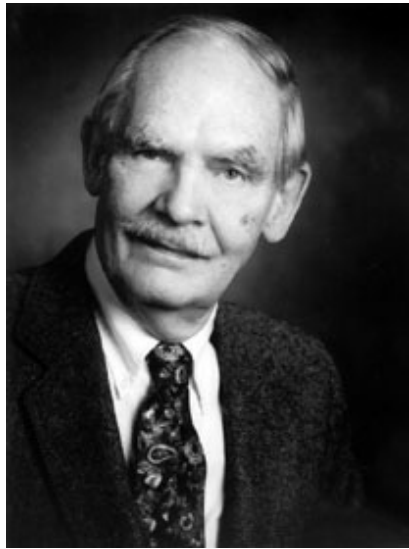
Se puede dejar de tomar Cheery-Gum en cualquier momento. Se puede dejar de tomar ahora mismo o dentro de cinco minutos o mañana.

Así, ¿por qué van a preocuparse?

Es completamente voluntario, completamente bajo control, no perjudica ni pone enfermo.

¡Ojalá volviera Theodor Yust! O quizá me corte la garganta.

FIN



FREDERIK POHL nació en Nueva York en 1919 y falleció el 2 de septiembre de 2013 en Palatine, Illinois; pese a una escasa formación académica, sus lecturas le han otorgado una cultura enciclopédica que le ha valido en 1982 ser elegido miembro de la Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia y de la Sociedad Interplanetaria Británica.

Pohl ha ganado la mayoría de los premios que el campo de la ciencia-ficción puede ofrecer, incluyendo los *Memorial Edward E. Smith* y *Donald A. Wollheim*, el *International John W. Campbell* (dos veces), el premio francés *Apollo*, el *Vizija* yugoslavo, el *Nebula* (tres veces - incluyendo el *Nebula Gran*

Maestro por sus contribuciones de por vida al campo) y el *Hugo* (seis veces - siendo la única persona en haberlo ganado como escritor y editor). Así como premios externos a la comunidad de la ciencia ficción, como el *Premio del Libro Americano*, el premio anual de la *Asociación de Cultura Popular*, y el premio de la *Sociedad de Escritores de las Naciones Unidas*.

Su actividad en la ciencia ficción se inició como aficionado fundador del mítico grupo *Futurians* junto a **C. M. Kornbluth**, **Damon Knight** e **Isaac Asimov** entre otros. Fue editor de *Astonishing Stories* y *Super Science Stories* a los diecinueve años. Como agente literario tuvo a Asimov entre sus clientes. Como editor de *Galaxy* y de *If* desde 1961 a 1969 revolucionó la ciencia ficción dando entrada a temas de tipo político y sociológico por primera vez en el género, como fruto de sus intereses progresistas. Obtuvo por ello tres veces el premio *Hugo*.

Como autor colaboró con el prematuramente fallecido **Cyril M. Kornbluth** en *MERCADERES DEL ESPACIO* (1953), *BÚSQUEDA EN EL CIELO* (1954), *EL ABOGADO GLADIADOR* (1955) y *LA LUCHA CONTRA LAS PIRÁMIDES (WOLFBANE*

1959, recientemente reeditada en versión revisada por **Pohl**) entre otras. También colaboró con *JACK WILLIAMSON* en varias trilogías como *UNDERSEA QUEST* (1954), *UNDERSEA FLEET* (1955) y *UNDERSEA CITY* (1958), y *THE STARCHILD TRILOGY: THE REEPS OF SPACE* (1954), *STARCHILD* (1965) y *ROGUE STAR* (1969).

En esta misma época es autor en solitario de *NAVE DE ESCLAVOS* (1957), *LA MARCHA DEL BORRACHO* (1960), *THE AGE OF PYSSYFOOT* (1969) y varias antologías de relatos entre las que cabe destacar *CORRIENTES ALTERNAS* (1956), que incluye el relato *EL TÚNEL DEBAJO DEL MUNDO*, en el que se hace patente su interés y preocupación por el mundo de la publicidad en el que había trabajado profesionalmente.

Fue presidente de la *Asociación de Escritores de Ciencia Ficción de América* entre 1974 y 1976 y después vuelve con renovadas fuerzas a la escritura. Sus libros más destacados en este último y fructífero período son: *HOMMO PLUS* (1976, premio *Nebula*), la tetralogía de la saga de los Heeche: *PÓRTICO* (1977, que obtuvo los premios *Nebula*, *Hugo*, *Locus* y el *John W. Campbell Memorial*),

TRAS EL INCIERTO HORIZONTE (1980), *EL ENCUENTRO* (1984) y *LOS ANALES DE LOS HEECHES* (1987).

También escribió en este período la continuación de la famosísima *MERCADERES DEL ESPACIO*; *LA GUERRA DE LOS MERCADERES* (1984), y otras novelas como *JEM* (1979), *STARBUST* (1984), *LOS AÑOS DE LA CIUDAD* (1984, premio *John W. Campbell Memorial*), *TERROR* (1986), *LA LLEGADA DE LOS GATOS CUÁNTICOS* (1986) y *TCHERNOBYL* (1987).

Sus relatos han proliferado en las revistas del género y cabe destacar su antología *POHLSTARS* (1984) con la novela corta *THE SWEET, SAD QUEEN OF THE GRAZING ISLES*. Posteriormente, el relato *FERMI Y FROST* (1985) le ha merecido el premio *Hugo* de 1986. Otras antologías han sido: *DAY MILLION* (1970), *THE GOLD AT THE STARBOW'S END* (1972, que incluye la novela corta del mismo título, premio *Locus* de ese año), *THE BEST OF FREDERIK POHL* (1975, editado por **Lester del Rey**), *IN THE PROBLEM PIT* (1976) y *CRITICAL MASS* (1977), que recoge relatos escritos junto a **C. M. Kornbluth**. También ha obtenido el premio *Hugo*

por la publicación del relato *LA REUNIÓN* (1973), escrito en curiosa colaboración póstuma con su amigo **Kornbluth**, fallecido en 1958.

También ha publicado una interesantísima autobiografía con el título *THE WAY THE FUTURE WAS: A MEMOIR* (1978), en la que describe, desde adentro, los primeros cincuenta años de la ciencia ficción.

Muchos de los trabajos de **Pohl** se han adaptado para la radio, la televisión o el cine, comenzando con la versión en dos partes para el aire de la obra clásica *MERCADERES DEL ESPACIO* en 1953. En Europa, algunas de sus historias han sido televisadas por la BBC y su novela *THE MIDAS PLAGUE*, se convirtió en un especial de tres horas en la televisión alemana. En 1981, la película de dos horas para televisión de la NBC, *THE CLONEMASTER*, estaba basada en un concepto original suyo, su novela *PÓRTICO* se ha dramatizado en teatro, *EL TÚNEL DEBAJO DEL MUNDO* fue filmada en Italia y *HOMMO PLUS* y *PÓRTICO* están actualmente en proceso de desarrollo para películas en los Estados Unidos (*PÓRTICO* también fue realizada como juego de computadoras bajo título *PÓRTICO DE FREDERIK*

POHL por *Legend Entertainment*; un segundo juego, *PÓRTICO II: EL MUNDO HOGAR*, fue lanzado un año más tarde).

Aparte de el campo de la ciencia ficción, él es un conocido conferenciante, profesor en el área de estudio del futuro, y es autor, entre otros trabajos de no ficción, de *PRACTIC POLITICS*, un manual del proceso político americano.

Ha viajado extensamente, a veces como conferencista a nombre del departamento de estado de EEUU o para asistir a conferencias internacionales sobre ciencia ficción en lugares como Corea del Sur, Canadá, la República Popular de China, Australia, Brasil, la antigua Unión Soviética, la antigua Yugoslavia y la mayor parte de Europa Occidental. Es actualmente representante del Medio Oeste en el Gremio de Autores, sirviendo por nueve años como miembro del Consejo antes de mudarse.

Seudónimos: *Edson McCann; James MacCreigh; S. D. Gottesman; Dirk Wylie; Charles Satterfield; Paul Flehr; Elton Andrews; Paul Dennis Lavond; Donald Stacy; Jordan Park; Walt Lasly; Lee Gregor; Warren F. Howard; Ernst Mason.*